Karla Suárez

Carroza para actores

CUENTO

Karla Suárez

Carrozas para actores

Cuento

Edición: Marilyn Bobes
Diseño: Elisa Vera Grillo
Ilustración de cubierta: Pedro Pablo Oliva, fragmento del (tríptico) *Nueva historia para Mamá Inés*, 2006
Diagramación: Onelia Silva Martínez
© Karla Suárez, 2011
© Sobre la presente edición: Ediciones UNIÓN, 2011
ISBN 978-959-308-004-0

Créditos

Obra en cuatro actos o movimientos para una sinfonía:

Allegro ma non troppo

Adagio

Andante

Andante cantabile

Los actores

ellos

vosotros

nosotros ella y él

tú y

yo

Música

Salsa cubana (grupo no identificado)

Joni Mitchell—*Blue*

La Marsellesa

Cantos gregorianos

Música romántica de la radio

Martirio—*Martinete a Don Juan*

Francesco de Gregori—*La donna cannone*

Jazz tocado por un saxofonista principiante

Tom Jobim—*Desafinado*

ALLEGRO MA NON TROPPO

La coleccionista

El era un famoso cantante de salsa. Ella coleccionaba cosas y hacía algún tatuaje. El estaba casado con una rica empresaria japonesa. Ella tenía un amante francés.

Se conocieron por casualidad. Ella intentaba convencer al empleado de una cafetería de que cinco centavos no determinaban nada en el precio de una cajetilla de cigarros. El empleado, por su parte, respondía con su amplia sonrisa y una rotunda negativa. Los cinco centavos llegaron de una mano que se extendía sobre el hombro de Ella. Ella miró atrás, sonrió reconociendo el rostro y dijo "gracias" mientras guardaba apresurada la caja de *Marlboros*. El sonrió y la invitó a una cerveza. Ella prefirió caminar y caminaron.

—La salsa no me gusta, pero te conozco, todo el mundo te conoce.

Todo el mundo lo conocía porque era un famoso de sonrisa agradable y ojos interesantes. Ella no era famosa, su pasatiempo preferido era coleccionar. Coleccionaba copas robadas de distintos bares, corchos de botellas abiertas en fechas memorables, arena de las playas, lápices raros, velas traídas de iglesias del mundo entero y algunas construidas por Ella, coloreadas con medicinas y que usaban como moldes cascarones de huevos, tubos de desodorante, cualquier cosa. Cualquier cosa coleccionaba y hacía tatuajes, a veces, cuando le parecía.

—Tengo un amante francés, viene todos los meses y bebemos vino, me regala libros y velas, es escritor.

El quiso saber su nombre, por si lo conocía, quién sabe, pero Ella se negó.

—Nunca reveles la identidad de tus amantes, además... es casado, como tú.

Los famosos no tienen vida privada. Todo el mundo sabía de su esposa japonesa y suspiró pensando que la libertad es no tener rostro. Andar por la calle sin que nadie te mire y admire el nuevo

carro que acaba de regalarte tu mujer, unos años mayor que tú, esa mujer que ya no te interesa y pasa casi todo el año de viaje, como tú, pero en latitudes distintas.

—Ton, ton —dijo Ella golpeando su corazón—. Te has quedado tan callado, ton, ton, corazoncito triste, yo pensé que todos los salseros eran bien divertidos.

El quiso ser divertido y la invitó a un concierto, pero Ella detestaba los conciertos de salsa y la farándula de ropas de *boutique* y bajarse de un carro que casi nadie tiene y sentir desde la mesa cómo todos la observan.

—Dime una cosa, ¿qué prefieres, la noche o la mañana?

—Soy músico, animal nocturno.

—¿El invierno o el verano?

—Verano tenemos todo el año, yo prefiero el invierno y basta de preguntas que de periodistas estoy harto.

—Una más, sólo una, ¿los gatos o los perros?

El sonrió.

—En casa de mi madre tengo dos gatos: Ochún y Changó.

Ella sonrió mordiéndose los labios.

—OK, no iré a tus conciertos, pero podemos vernos, a solas...

Y se siguieron viendo. Ella esperaba su llamada después de los conciertos y se iban a la playa, lejos de la ciudad. El le traía copas y escribía la fecha en los corchos de las botellas que bebían juntos. Luego, y durante y antes y después, hacían el amor. Él cantaba baladas a su oído mientras Ella besaba pedacito a pedacito los poros de su cuerpo.

El primer mes que vino el francés, Ella previno la ausencia de una semana.

—¿Lo amas? —preguntó El y Ella sonrió sin decir nada—. Si no lo amas ¿por qué no lo dejas y te quedas conmigo?

—Ton, ton, corazoncito egoísta, mi escritor viene para verme, cuando regrese la japonesa también tú tendrás vacaciones.

El quiso decir algo, pero se mordió la lengua. Al otro día le escribió una canción y estuvo esperando toda una semana. Los meses entonces se construyeron a pedazos, una semana para el francés, algunos días para la esposa japonesa, tiempo de giras, el resto quedaba para estar juntos.

Cierta vez coincidieron en una Marina lejos de la ciudad. Ella bebía un agua tónica con mucho hielo, junto a la piscina. El escritor francés leía tomando el sol a su lado. El se bajó del carro y caminó

con su esposa del brazo. La empresaria japonesa reconoció al escritor y se detuvo. El reparó en Ella. Su esposa acercó la boca para decirle al oído quién era el canoso de la revista. El asintió callado, no lo conocía. La pareja siguió andando y, al pasar junto a los otros, la japonesa hizo un gesto de saludo al escritor que acababa de alzar la cabeza. El bajó la vista. Ella bebió su agua tónica. El escritor sonrió molesto por ser reconocido.

De aquel encuentro nunca hablaron. El prefirió callar. Ella besó los poros de su cuerpo y le hizo el amor en español.

—Ton, ton —dijo El golpeando el corazón—. Yo te quiero, ¿sabes?

Ella le regaló una vela con forma de caracol.

Una noche llegó muy feliz. Traía un libro que su escritor acababa de dedicarle. Se vendía en toda Europa y en la primera página estaba su nombre. El libro era de Ella y para Ella.

—Lo hace para agradarte —dijo El—. Yo, de muy buena gana te dedicaría un disco, pero mi mujer querría saber quién eres tú y como dijiste, “nunca reveles la identidad de tus amantes”...

Ella rió complacida, besó el libro y luego besó la boca de su cantante de salsa. Su amante que empezó a telefonearla cuando andaba de giras y le hablaba del frío y de las noches y las botellas que compraba para beber con Ella. Al regresar traía periódicos y revistas donde salía su foto, las críticas de prensa, la promoción de los discos y los lápices raros que se había empeñado en encontrar para la colección de Ella. En uno de esos regresos, la encontró un poco extraña, preocupada.

—No es nada —dijo Ella—. Necesito colores, debo hacer un tatuaje, pero no tengo colores, es muy importante, ¿sabes?

El la ayudó a conseguirlos e hizo que desapareciera su tristeza. Estaba feliz. Tatuar era algo que hacía solo en ocasiones especiales, algún día, si Él quería, podría hacer algo en su cuerpo. Ella no tenía ninguno, pero los hacía muy bien, le gustaba.

Una semana después regresó la japonesa y Él dejó de verla. Su esposa permaneció más de un mes en casa y El solo consiguió llamadas telefónicas y una corta visita a golpe de malabares. El matrimonio se convirtió en un hastío donde apenas se alcanzaba la armonía cuando hablaban de próximas giras y contratos. La japonesa lo notó demasiado distante y Él culpó al calor. Percibió que en sus nuevas canciones predominaban las baladas y El aludió a “un bache creativo”. Descubrió unas velas extrañas encima del

armario y El se justificó con la crisis energética. En el aeropuerto lo abrazó. Él besó su frente deseándole buen viaje y dos segundos después de verla desaparecer tras el cristal, montó en el carro y fue a buscarla a Ella.

Pero Ella no estaba. La noche siguiente se encontraron y estuvieron felices de tocar sus cuerpos. Ella no sabía que la japonesa había partido y contó que no estaba en casa porque conoció a un cineasta español, un tipo interesante con el que conversó largas horas.

El quería que permanecieran juntos el mayor tiempo posible y preguntó cuándo venía el francés.

—Ya no vendrá más, se acabó —dijo Ella—. Está loco, la última semana dijo que su mujer lo sabía todo, él mismo se lo contó porque quería abandonar a su familia y llevarme a París para vivir juntos, pero yo no quiero, no lo amo, entonces, se acabó.

El suspiró con cierto alivio nada disimulado y la abrazó muy fuerte.

—Ton, ton, corazoncito loco, ahora te quedarás conmigo.

Ella sonrió y mojó con su lengua la punta de la nariz de El. Dijo que quería beber un agua tónica y hacer el amor en las sábanas de la japonesa, y fue la primera vez que se amaron en aquel cuarto. El no quiso que se fuera al otro día, quiso que esperara en casa a que terminara el concierto de la noche. Y así hizo Ella, lo esperó desnuda y con incienso encendido en todos los rincones. El regresó muy tarde y vertió ron en el cuerpo que lamió hasta emborracharse. En la mañana, aún desnudos y cansados, le escribió otra canción y no quiso que se fuera. Ella no se fue. Desde su casa vio el concierto por televisión donde estrenaba la música hecha a la mujer más maravillosa nunca antes conocida. Ella estuvo feliz y El regresó amándola.

Luego vino una corta gira a Japón donde su esposa lo recibió con un posible contrato de seis meses por Europa para promover el disco que recién comenzaba a grabar. El se entusiasmó, pero no quería a la empresaria japonesa, la quería a Ella. Ella, que lo recibió con una botella de vino español y muchas ganas de su cuerpo, no quiso quedarse esta vez en casa. Él comenzaba a grabar y permanecía casi todo el día en el estudio. Acordaron verse cuando el trabajo diera espacio. Él dejaba todas sus energías en cada canción. Pensando en Ella haría bailar al mundo entero, haría estremecer a la vieja Europa.

El día que terminó la grabación fue a buscarla con flores. Compró una caja de ron, dos de agua tónica y propuso grandes celebraciones. Se encerraron en el cuarto. El puso la contestadora telefónica y bajó el timbre del teléfono. Ella quemó incienso y se quitó la ropa. Cuando la primera botella estaba casi terminada, El dijo que tenía una sorpresa.

—Me tienes loco, estoy loco —dijo—. Cambiaste mi vida, me viraste al revés y no es justo ocultar lo que siento... el disco está dedicado a ti, ya lo están imprimiendo, tu nombre va a salir en la carátula de un disco que se venderá en todo el mundo —sonrió y dio golpecitos en el corazón de Ella—. Ton, ton, estoy enamorado, corazoncito loco...

Ella abrazó su cuello lamiéndole las orejas. Se estremeció porque las manos de El volvían a recorrer su espalda y la envolvían toda. Besó sus labios.

—Soy feliz —dijo apartándose un poco—. Quiero darte algo muy importante, quiero pedirte una cosa que nos mantendrá unidos para siempre, quiero estar en ti para siempre... déjame hacerte un tatuaje.

El sintió una emoción extraña y se mordió los labios. Bebió de la botella, casi a punto de estallar de la alegría y aceptó. El dibujo era en la nuca, un extraño dibujo, pequeño, particular. Cuando terminó, estaba borracho y exhausto por la posición de la cabeza y las tantas horas sin dormir. Ella acarició su rostro y se levantó a beber agua tónica mientras lo veía adormecerse.

La gira de seis meses por Europa quedó confirmada para el mes siguiente. El disco estaba a punto de salir. La japonesa vino a ultimar detalles y partió con la promesa de una larga conversación cuando terminara el ajetreo, a causa del raro comportamiento de su esposo en los últimos tiempos.

—Este disco será un éxito, lo sé —dijo El tendido sobre la arena mirando el atardecer.

—Cambiará tu vida, te lo auguro —dijo Ella, tendida junto a El.

—Cambiar... —dijo El y giró su cuerpo para mirarla—. Ton, ton, corazoncito mío... estaba pensando, ¿qué tal si vienes conmigo?, seguimos juntos, al diablo mi matrimonio, yo te quiero a ti.

Ella se incorporó y estiró la espalda. Sonrió.

—Se acabó, yo no te amo.

El cerró los ojos y volvió a abrirlos. Algo dijo, pero Ella lo interrumpió agregando que además tenía otro amante, no diría su

nombre, era un cineasta español, solo eso. Tampoco le parecía una buena acción eso de abandonar a la empresaria japonesa en medio de una gira tan importante. El se frotó la cara, no quiso creer. —Pero ¿y entonces? todo esto... lo nuestro... Ella le acarició el rostro y se levantó sacudiéndose la arena. Dijo que no se preocupara por acompañarla, no era tarde, y su amante español vendría a recogerlamuy cerca de allí. El se levantó para decir algo pero terminó tragando en seco.

—Ton, ton, corazoncito tonto —dijo Ella golpeándole el corazón—. ¿Alguna vez dije que te amaba? —besó su mejilla húmeda de sudor y dio unos pasos —¿Sabes?, es que... yo colecciono personas, me gusta, es en verdad mi pasatiempo preferido... tú que andas por el mundo podrás reconocer mi marca, hay muchos por ahí con ese dibujo en la nuca... —sonrió— Y todos son famosos...

El era un famoso cantante de salsa y la gira por Europa fue todo un éxito. Ella coleccionaba personas y les tatuaba su marca. El estaba divorciado de una rica empresaria japonesa. Ella tenía un amante.

Joni mitchell estaba cantando *blue*

Blue, here is a shell for you
Inside you '11 hear a sigh
A foggy lullaby
There is your song from me
JONI MITCHELL (*Blue)*

Joni cantaba un *blues* en la habitación del otro lado. Del lado de acá estaba yo tarareando. Entre mi habitación y la de Joni había un pasillo largo. En el pasillo estabas tú que caminabas de un lado a otro y volvías a empezar. Murmurabas frases entrecortadas y rabiosas. Bufabas una inconformidad apenas declarada. No sé qué te pasaba, pero de seguro debería ocurrirte algo como cada noche. Mientras tanto, yo era toda oídos (para Joni). Tú caminabas así, como si de tanto andar se hiciera un surco grande que atravesara los pisos más abajo y te llevara al centro de la tierra y en el centro de la tierra quizá encontrarías algo que aquí arriba, ciertamente, no te empeñabas en buscar.

Joni cantando y yo cerré los ojos. Cerrar los ojos es transportarse hacia otro sitio. Es colocarse en el lugar justo, donde desde afuera puedes observarte y descubrirte. Tú seguiste caminando y repartiendo colillas por el piso que no se me ocurría pensar quién barrería luego. Mientras, el vecino de los bajos comenzó a golpear levemente porque en su techo se sentían pasos continuados y esto le impedía dormir. Dormir es también transportarse hacia otro sitio. Cuando no se puede dormir uno se molesta y el vecino de los bajos golpeó entonces más fuerte para que cesara el rumor encima de su cabeza.

Nosotros no percibimos el ruido. Joni Mitchell rasgaba la guitarra y sentí que mi concentración alcanzaba un punto extremo. Hay un momento del día en que el cotidiano debe quedar excluido para no morir de estrés. Mi cuerpo astral comenzó a levitar. Tú aplastaste la colilla con el tacón del zapato. El tacón dio tal golpe en

el techo del vecino que este no pudo hacer otra cosa que salir al balcón y pedir silencio a gritos. Tanto aire tenía en los pulmones, que el niño de la vecina de al lado del vecino de los bajos interrumpió su sueño bruscamente y comenzó a llorar. La vecina encendió la luz y fue a calmar al bebé mientras su marido salió al balcón furiosamente para callar al de al lado que no dejaba dormir a estas horas de la noche.

Joni no cesaba de cantar y tiene una voz tan dulce que apenas sentí tus injurias cuando por poco te quemas con el nuevo cigarro que acababas de encender. Tú, pendiendo siempre de bastones terrenales, sin saber que es más fácil intentar entrar en armonía con uno mismo para alcanzar el equilibrio. El vecino de los bajos discutía balcón a balcón con su vecino mientras el niño lloraba fuerte, y cada vez más, hasta que la señora de los altos se despertó. La señora de al lado de nosotros, esa que padece todas las enfermedades. Abrió los ojos en medio de la noche y al sentir al bebé de los bajos y los gritos de los otros, pensó que en el edificio había fuego, gimió aterrorizada y se desmayó.

Su nieta se levantó corriendo al sentir el grito y, al descubrir a la abuela en el piso, salió al balcón a pedir socorro.

Yo sonreí porque Joni hace con la voz lo que le da la gana. Me permite andarme lejos, un poco lejos de los otros y más cerca de mí misma. En un sitio distante donde solo hay una voz que canta y todo es consonancia. Tú tosiste como cada vez que fumas en exceso. El vecino de los bajos amenazó al vecino de al lado con darle un bofetón. El bebé lloraba desconsoladamente, pero su madre sintió los gritos de socorro de la nieta de la señora de arriba y también salió al balcón. Su marido invitaba al vecino de al lado a darse unos puños en la calle. La nieta de arriba pedía una ambulancia y entonces en el edificio de enfrente comenzaron a encenderse algunas luces. El padre de los gemelos salió a la calle en pijama preguntando qué ocurría. Los gemelos aprovecharon para salir al portal.

Cada vez que Joni canta siento como si el mundo fuera otra cosa. Y en realidad es otra cosa, un poco más simple, un poco más humano. Solo que tenemos demasiados vicios. Demasiadas preguntas sin respuesta. Un exceso de materialidad y cierto terror a lo precario. Tú fumas y caminas como si no pasara nada, siempre nervioso, sin sentir esta paz adonde me transporto. Sin sentir ni siquiera las malas palabras de la gorda madre de los gemelos para

hacerlos entrar en casa en el mismo momento en que el marido de la vecina tiró una maceta al balcón del vecino de los bajos. El bebé gritó más fuerte porque su madre lo zarandeaba intentando sostener a su marido mientras la de arriba voceaba tristemente pidiendo una ambulancia y el padre de los gemelos, con ese timbre potente, invitó a los del barrio a telefonear. En esos momentos, claro, luego de las malas palabras de la madre de los gemelos, ya el edificio de enfrente estaba en pie. Unos, de parte del vecino de los bajos. Otros, del padre del bebé. Otros, de la nieta de la señora desmayada. Y otros, en contra de la gorda madre de los gemelos más insoportables de todo el edificio.

No sé por qué tanta gente olvida que existen los poetas, pero Joni no. Ella hace poesía y yo recuesto la cabeza. El último día del mundo existirá un poeta que escribirá la historia. Luego todo tendrá que empezar. Recomenzarán los signos y las emociones. Entonces volverás a caminar y a fumar, pero quizá encuentres soluciones o al menos esperanzas. Hoy solo caminas mientras el vecino de los bajos sale a la calle acompañado por el de al lado y se empieza a sentir la sirena de la ambulancia que viene de muy lejos y toda la cuadra está en pie. Los muchachos de la esquina hacen apuestas por el de los bajos o por el marido de la madre del niño. Y la madre del niño está también en la calle con una bata transparente y, en brazos, su bebé, que no cesa de llorar mientras la madre de los gemelos se acerca para calmarla. Los gemelos aprovechan para salir otra vez y su padre se une a otros hombres fuertes para buscar a la señora desmayada. Las esposas de los hombres fuertes quieren todas consolar a la pobre nieta que ahora grita, porque descubre que su abuela se ha levantado y en medio de tanta confusión ha llamado a los bomberos. Y ya se siente la sirena.

Tan simple Joni. Todo tan simple y cuánto cuesta entenderlo. Mientras sigas cantando para mí, me mantendré a salvo. Las cosas más complejas suelen tener las explicaciones más simples. Transmitir un sentimiento puede resultar lo más natural del mundo y de tan natural necesitamos inventarnos sentimientos ajenos. Cosas difíciles como el silencio y la incomodidad de él que camina por el pasillo y vuelve aplastar fuertemente una colilla contra el techo del vecino de los bajos. Pero el vecino de los bajos no se molesta, porque acaba de recibir un piñazo en el centro del estómago del puño del padre del bebé, que ahora está en brazos de la madre de los gemelos. Y los gemelos se divierten observando los cuerpos

detrás de las batas transparentes de las mujeres que están en la calle. Uno de los esposos de las mujeres dice que esto no puede continuar y llama a la Policía, mientras la nieta de la señora de los altos de los vecinos que viven al lado del vecino de los bajos trata de disculparse con los hombres fuertes que fueron a socorrer a su abuela. Su abuela siente la sirena y nadie puede definir si es la ambulancia, los bomberos o la Policía.

Es la última canción. Cuando se acerca el final, algo se me queda adentro. Algo que es mío y soy yo. Cuando abra los ojos, el mundo será distinto, Joni. Cada imagen primaria es una imagen diferente y tiene que ser mejor. Tú enciendes el último cigarro y tiras la cajetilla al piso para hacerle compañía al montón de colillas que no se me ocurre pensar quién barrerá mañana. Mañana será diferente. Seguramente el vecino de los bajos recuperará el aire de sus pulmones en el hospital adonde lo conduce la ambulancia. El vecino de al lado del vecino de los bajos pagará la multa que le puso la Policía por escándalo público. Los bomberos se contarán la historia del rescate de dos gemelos subidos en un poste para tratar de verle el blúmer a la muchacha del primer piso del edificio de la esquina. La nieta de la señora de al lado, que vive en los altos de la madre del niño de al lado del vecino de los bajos, dará pastillas a su abuela para que tenga un sueño feliz. El padre de los gemelos peleará con su mujer acusándola de irresponsable y, además, de haber salido a la calle exhibiendo sus carnes. Los hombres fuertes se darán los buenos días y sonreirán pensando que vieron a las mujeres de los otros casi en ropa interior. Las mujeres irán al mercado a comprarse nueva ropa interior (mejor que la de sus vecinas). Yo volveré a escuchar el disco *Blue* de Joni Mitchell. Tú seguirás fumando. Seguramente mañana será distinto. Ahora el disco ha terminado y yo incorporo la cabeza.

—¿Te sucede algo?

—Estoy un poco preocupado, cada día que pasa siento que las cosas van peor, no sé, siento que esta ciudad me asfixia, el mundo todo me asfixia, y para colmo se me acabaron los cigarros.

—No te preocupes, mi amor, mañana será otro día, ahora vamos a dormir.

Desvaríos

Hay, madre, en el mundo un sitio
que se llama París
CÉSAR VALLEJO

Cada vez que se rascaba la cabeza preguntaba si había algo de comer. —Imbécil —pensaba yo, mirándolo con el rabillo del ojo y seguía en mis cuentas. Comer: *baguette*, 4,20 F; un *paté*, 7,90 F; cerveza, 8 F. Total, 20,10 francos. Con 20 francos y 10 centavos podríamos comer. Yo debía hacer las cuentas mientras él murmuraba entre dientes. Lo hacía para molestarme, lo sé, entonces me aferraba al mocho del lápiz y seguía contando.

—¿No habrá por ahí otra manta?, este frío se me cuela en los huesos y con tanta hambre, no puedo resistirlo.

No hace más que decir estupideces. Afortunados deberíamos sentirnos por conservar aún estos abrigos viejos. Un abrigo, 200 F; se pueden encontrar a 100 F en un mercado de la calle. Total: 120 francos con 10 centavos. La última manta que conseguí me costó un morado en el ojo izquierdo. Ya vivíamos solos cuando eso y era yo quien tenía que ocuparse. Antes la niña lo resolvía todo, y no me dejaba ayudarla con las cuentas. Menos mal que aprendí sola. Aquel día éramos cuatro hurgando en el mismo basurero, yo descubrí la manta, pero uno de ellos quiso arrebatármela y se armó la bronca. Los otros dos aprovecharon para entrar en el litigio. Cuando el tipo me golpeó la cara, caí, pero alcancé con mi mano un pedazo de inodoro roto y se lo lancé. La sangre empezó a brotarle y los otros se asustaron. Recogí la manta y me fui corriendo. El morado duró semanas y ahora este viene conque si no habrá otra manta por ahí, porque tiene frío, yo también tengo frío, idiota, aquí todos tenemos frío. El invierno es fuerte y con la barriga vacía se soporta menos. Debo contar: ¿cuántos inviernos hace que estamos aquí?, no sé, es toda la vida. (Anotar como cuenta pendiente.)

—Un día subiré al último piso de La Torre y allí me construiré

un apartamento, la ciudad desde arriba debe ser una cosa bella, y sin frío, mucho mejor.

La Torre, 57 francos para llegar al último nivel. Total: 177 francos con 10 centavos. ¿Quién le habrá dicho que allá arriba lo dejarán vivir? Es un cretino que no hace más que soñar, eso dijo la niña antes de irse, pero de sueños nadie vive, por eso no tenemos nada. La Torre es para los turistas que vienen a tomar fotos a la ciudad y a la gente. Nosotros también podemos subir, pero a mí no me interesa, lo que sí me gusta es que me tomen fotos. Yo sonrío y trato de poner la cara linda, en cambio él, se tapa el rostro y comienza a insultarlos como si los turistas tuvieran culpa de la vida que llevamos. Una vez se enfureció tanto que le arrancó la cámara a una pobre muchacha. Ya el niño no vivía con nosotros y de la niña solo teníamos postales. Él lanzó la cámara al piso y comenzó a brincarle arriba. Ella intentó disculparse en un idioma que no conozco y acabó sacando un billete para regalárnoslo. Él gritó, histérico, y le dio la espalda. Yo bajé la cabeza, recogí los pedazos de la cámara hecha trizas y la miré. Me recordó a la niña. Era una bonita muchacha, y solo quería llevar un recuerdo de nuestra ciudad, que a todos les gusta tanto. Me miró sonriendo mientras se alejaba. Con el billete compré: 2 pan *au chocolat*, 3,90 F cada uno, 1 litro de leche 6.10 F y una colonia barata 15,10 F. Total: 29 francos. Del total general: 206 francos con 10 centavos. Al otro día desayunamos como reyes y él no se atrevió a preguntar de dónde había salido el dinero. Claro, lo de él es soñar, soy yo quien lleva las cuentas.

—Cuando el frío amaine un poco, quisiera irme a ver el barquito, tengo nostalgia de aguas.

Lo miro con mala cara y se encoge debajo de su manta. Nostalgia de aguas, sólo a uno como él puede ocurrírsele algo así. Tiene decenas de pinturas del barquito, cuando empezó a funcionar le gustaba irse al río, que parece un mar, donde navega el barquito. Hace un recorrido bordeando toda la ciudad y los turistas se dejan ver en cubierta con sus *flashes* y sus bebidas refrescantes. *Bateaux Mouches*, 40 francos. Total: 246 francos con 10 centavos. El se enamoró desde que lo vio. El niño y yo teníamos que acompañarlo. Desde el muro lo pintaba mientras el niño se aburría y yo tiraba piedrecitas al agua. Un día quiso visitarlo y ahí vino el problema. ¿A quién se le ocurre que unos como nosotros...? Bastaba mirarnos las caras para saber que no teníamos 40 francos. Lo agarré por el

brazo para marcharnos, pero él comenzó a insultarlos a todos, como siempre hace, y en un momento en que el señor trataba de explicarle, de repente echó a correr barquito adentro. Fue un caos. Todos corrían y él como una mosca se les escapaba de las manos, corriendo y saltando las banquetas, riendo como un demente, y yo muriéndome de vergüenza, hasta que fue capturado. Pensé que iríamos al calabozo, pero nos dejaron libres. Luego estuve una semana sin hablarle, hice el conteo de todas las banquetas que habían quedado en pie y las derribadas. El niño me ayudaba en las cuentas después que regresaba de vender los dibujos del barquito. Fue un conteo difícil, todo de memoria, un trabajo muy difícil. Ahora cada vez que quiere molestarme, recuerda el episodio.

—¡Uf! Este frío no me deja ni mover las piernas, de buena gana me iría a la Gran Avenida como hacíamos antes, pero ahora todo es tan caro, todo tan caro...

Da la vuelta acurrucándose en la manta y alcanza a empujarme con su trasero rechoncho y viejo. Antes no era así, ni yo, ni la ciudad. Antes nos íbamos a la Gran Avenida, como dice él, la más importante de la ciudad, y la caminábamos de arriba a abajo. Pero ahora *Les Champs Elysées* es para turistas, o niños pidiendo dinero, o putas disfrazadas, y todo tan caro. Un café, 15 francos. Total: 261 francos con 10 centavos. La última vez que estuvimos por ahí, él me esperó sentado en el murito del cine. Ya vivíamos solos. Yo esperaba a los turistas para pedirles dinero. En una de esas vino un policía y me insultó, que si no me veía muy vieja para andar en esas cosas, que si no me daba vergüenza. Dije que lo que me daba vergüenza era no tener un par de guantes para protegerme del frío. Ahí el tipo empezó a reírse diciendo que estaba loca, que me fuera a casa, no eran horas para andar sola por ahí. Solo que yo no andaba sola y entonces él se levantó del murito y le dio un empujón por la espalda. El policía cayó y yo empecé a reírme viendo cómo él daba patadas para defenderme, una muchacha vino y escupió al que estaba en el piso, luego se acercó otro muy amanerado y le tiró un pedo. Entonces vinieron otros policías. Fue la última noche que salimos a la Gran Avenida. Estuvimos varias horas detenidos hasta que nos soltaron. No quiero volver allí, no quiero.

—¡Dios!, no logro dormir y tú ya me tienes nervioso, metida en esa libreta de hacer cuentas. Se acabaron los cigarros, ¿no? ¡Si al menos tuviera uno para calmarme los nervios!

Cretino. A la niña tampoco le gustaba que yo contara las cosas,

pero ahora si no lo hago yo, ¿quién lo hace, eh?, ¿quién lo hace? Cigarros: 19,60 F. Total: 280 francos con 70 centavos. Con cigarros empezó el niño, yo lo sé, pero cigarros de los otros y luego siguió y siguió y no nos dimos cuenta. Una vez lo trajeron sus amigos, dicen que lo encontraron debajo del puente, casi con medio cuerpo metido en el río. Tenía los ojos rojos y el rostro embobecido. Lo acosté y él solo repetía: "quiero ir al Louvre, quiero ir al Louvre". Pero el Louvre 45 francos. Total: 325 francos con 70 centavos. Nosotros no podemos, mijo. Traté de entenderlo, pero él era un muchacho muy extraño y el otro siempre con sus sueños locos, gruñendo y blasfemando dijo que la cultura era universal y él llevaría al niño a ver el museo. Se fueron en la mañana. Por la tarde regresó solo y se sentó en el piso sin hablarme. El niño estuvo de vuelta a media noche, todo borracho y entonces fue que nos insultó. Dijo que éramos unos dementes que pasábamos la vida llenándole la cabeza de cosas que no estaban a su alcance. Quería ser como su hermana y, como ya no era ningún niño, había decidido abandonarnos. Y nos abandonó. Igual que la niña hacía tanto tiempo. Nos abandonó.

—¿Qué hora es? ¿Me puedes decir cuántas horas de mierda faltan para que amanezca?

¿Cuántas horas? No sé, mi reloj tiene seis horas de adelanto, eso dice la niña. ¿Cuántas horas faltan para que amanezca? (Anotar como cuenta pendiente.) ¿Cuántas horas pasaron después que el niño se fue de casa? No sé, a veces las cuentas fallan un poco. Los años de ausencia de la niña pude contarlos por las postales: una por mes, un año igual a doce meses, entonces suman 72 postales (esto va a cuenta aparte). Con el niño la cuenta queda pendiente. Recuerdo que cuando me llamaron tuve que tomar el ómnibus, 8 F. Total: 333 francos con 70 centavos. No, pagamos dos boletos, entonces 16 F. Total: 341 francos con 70 centavos. Este de seguro no recuerda nada, ahora ha recostado la espalda a la pared y tararea *La Marsellesa*, bien bajito, como siempre, para molestarme. Pero yo sí lo recuerdo. Al niño lo encontraron en una orilla del río. Dicen que estaba muy drogado y borracho. Lo vi tan flaquito que me dieron ganas de llevarlo a comer cosas que le gustan: un buen pescado 82 F, una copa de vino 12 F y un dulcecito de esos de 8,40 F. Total: 102 francos con 40 centavos. Del total general: 444 francos con 10 centavos.

—¿Tú crees que en lo alto de La Torre haya tanto frío?, porque

si es así no quiero vivir allá arriba.

Imbécil, estúpido, este hombre solo sabe decir idioteces. El y sus sueños son los que nos han llevado a la ruina. Otros 57 F para subir a La Torre. Total: 501 francos con 10 centavos. Subir y convencerse de que allí no se puede vivir, no se puede llegar, es demasiado alto, demasiado lejos, pero él no tiene límites. Lo último que el niño dijo fue "quiero ver París desde La Torre Eiffel" y él tan energúmeno respondiendo que sí, subiríamos juntos y nos tomaríamos fotos los cuatro. Entonces el niño sonrió y supe que nunca llegaríamos a ninguna parte. El doctor dijo que fue un suicidio, pero no le creí. El simplemente se fue, tomó el metro 8 F. Total: 509 francos con 10 centavos, y se fue a otro sitio. Yo me quedé haciendo las cuentas, mientras este continuó rumiando todo el tiempo, hablando de sus sueños inalcanzables. Cuando la niña regresó, nos tomó por sorpresa. Anunció que solo venía en cortas vacaciones, pero no quiso contar nada de su viaje, ni los lugares donde estuvo. Dijo que la vida era difícil en cualquier ciudad. Lloró cuando supo que su hermano había tomado el metro, porque el metro de París es tan grande que cualquiera puede perderse. La niña lloraba mucho los primeros días y yo contaba las lágrimas (en cuenta aparte). Ahora está a punto de partir nuevamente y me pongo contenta, porque volverán las postales y entonces tendré cuentas, muchas cuentas que hacer y me mantendré ocupada todo el tiempo.

—¡Ah! Ya está amaneciendo, un buen café y el frío empezará a ceder.

Un café 6 F si lo tomas de pie, es más barato, dos cafés 12 F. Total: 521 francos con 10 centavos. El tiene 10 centavos en el bolsillo, sé que los guarda como amuleto, entonces sólo nos faltan los 521 francos y estamos hechos. Si no fuera por mí que hago las cuentas no sé qué sería de nosotros porque este ya se está rascando otra vez la cabeza y preguntando si no hay nada de comer. ¡Ah!, y ya se abre la puerta, ahí está la niña con el café en las manos.

—¿Pero qué es esto? —la mujer se detiene observando a sus padres acurrucados en el piso, rodeados de postales—. ¿Hoy tampoco durmieron?, mamá, por favor, papá, hay 35 grados allá afuera y ustedes con esos trapajos como si estuvieran muriéndose de frío, basta ya, por favor, me tienen harta, dentro de una semana regreso a París y no pienso mandarles más postales, ni volver de vacaciones, jamás he soportado ni esta ciudad ni a ustedes, así que olvídense de mí y abran esta ventana que ya amaneció y hay un

calor de mil demonios.

El sol entra en la habitación y ellos se tapan el rostro con las manos. Un poco más allá se dibuja la torre de la Plaza de la Revolución de La Habana.

ADAGIO

Fin de siglo

Llovía. Anaïs llegó a la acera del bar, miró el reloj y se detuvo. Aún faltaban veinte minutos, así es que tocaba esperar. Trató de cobijarse lo mejor que pudo bajo el paraguas y respiró profundamente. Tenía veinte minutos para calmarse. Lo malo era que llovía y sentía frío en los pies. La gente pasaba muy de prisa sin apenas notarla. Ella debía serenarse aunque el corazón batiera fuerte. Sonrió imaginándose ridicula. ¿A quién se le ocurre pensar en una historia de amor en el último año del siglo? A nadie, ciertamente, pero debía calmar su sobresalto. Tenía veinte minutos bajo un paraguas. Debía esperar.

>Leonardo, ¿estás ahí?, soy yo, Leonardo, acabo de entrar, voy por un cigarro y regreso, dime si estás ahí...

>Leonardo, ¿donde estás? Si no apareces cierro, porque tengo hambre, sólo quería darte las buenas noches, acabo de llegar a casa, ¿estás ahí?

>¡Anaïs! Hola, princesa, te estaba esperando, ¿cómo estás? ¿Por qué demoraste tanto esta noche?, estaba hablando con Roberto35 por eso no te respondí enseguida, cierra y nos vamos al privado, estoy feliz:—)))))))

Habían prometido no decir sus verdaderos nombres. El era Leonardo porque le gustaba la pintura. A ella le gustaban las historias de Anaïs Nin. Hacía ya casi seis meses que se conocían, primero entre conversaciones varias con la gente del *chat*. Luego, como ocurre casi siempre, poco a poco, fueron prescindiendo de los demás y de los furtivos huéspedes que aparecían cada noche invitando a orgías virtuales o a encuentros inmediatos. Este era un canal serio. Leonardo y Anaïs eran ya viejos navegadores, por tanto no tenían la curiosidad de los primeros tiempos. Esa necesidad de responder a cada nuevo nombre. O esa ingenuidad que impide a los inexpertos reconocer si la persona que está del lado de allá de la línea es un adolescente que juega, o un padre de familia que busca

amante, o un homosexual, no importa el sexo, que intenta reconocerse. Para ellos ya era fácil. Bastaba entrar, saludar a los viejos conocidos, intercambiar sonrisas digitales y cerrar todas las ventanas para quedarse solos conversando la madrugada entera, aunque al otro día hubiera que volver al cotidiano y a los despertadores y los ruidos.

> ¿Leíste el poema que te mandé?

> Lo tengo en la cartera, anoche lo leí tres veces, es precioso Leonardo, te agradezco tanto, desde que nos conocemos apenas he abierto un libro, y no me arrepiento, claro; anoche estuve a punto de volver a conectarme para decirte lo mucho que me había gustado, pero tú seguramente ya estabas durmiendo.

> Sí, después de tus "buenas noches" sólo me quedan minutos para cerrarlo todo y acostarme, sabía que te gustaría el poema y no veía la hora de sentirte, lo sabes, paso el día contando los minutos que me separan de la noche, casi casi que tendré que comprar una computadora de esas portátiles, así podría estar todo el tiempo a tu lado, Anaïs, y saber qué piensas cuando caminas por la calle, o qué idea te viene a la cabeza cuando te cepillas los dientes o muerdes un pedazo de pan, yo qué sé, todo lo que dice el poema es lo que quisiera decirte, pero no tengo palabras, a veces me faltan las palabras.

> No es verdad, Leonardo, tengo cientos de palabras tuyas en la memoria de la computadora, tus palabras me acompañan todo el día, me ayudan a despertar y a tener fuerzas, sabes que antes de la computadora mi vida era una sucesión de horas sin sentido, ahora tengo tus palabras, te tengo a ti que conoces todos mis secretos, tengo tus sueños y tus miedos, ahora sé que sin tus palabras ya no podría continuar, te estoy preparando una sorpresa, ya verás, muy pronto corresponderé al envío del poema con una sorpresa mía, pero no preguntes qué es, es una sorpresa.

Habían prometido no mandarse fotos nunca. Ellos serían ellos mismos sin necesidad de un rostro etiquetado dentro de un montón de *bits*. Así serían libres de conocerse e incluso de imaginar los gestos que pudieran estar del otro lado de la línea. Sucede siempre así y ellos, por ser viejos navegadores, conocían la psicología que funciona en la red. Ya se habían contado, incluso, sus experiencias anteriores. Aquella vez que Leonardo creyó conocer a una y le envió su foto y ella lo correspondió con fotos diversas, en diferentes lugares o con personas distintas. Y Leonardo pensó que era una

mujer muy joven y bonita, quizá demasiado joven, pero interesante. Un poco inconstante, eso sí, unos días muy alegre, otros esquiva, olvidadiza. Hasta que una noche, casualmente, viendo un servicio en TV, descubrió que las fotos eran de la cantante americana que andaba de moda en esos tiempos. Leonardo, un poco fastidiado, y con la vergüenza de quien ha sido un estúpido, quiso saber y entonces se atrevió a preguntar abiertamente en el *chat* si alguien conocía a esa mujer. Fue cuando Roberto35 le escribió diciendo que no perdiera el tiempo. A él le había ocurrido una cosa similar hasta que descubrió que la mujer en realidad eran tres personas diferentes. Tres muchachas de la universidad que cuando no tenían gran cosa que hacer se metían en el *chat*. "Pero esto es un canal serio", pensaba Leonardo. Y así pensaban todos, "los que eran serios, claro", decía Anaïs, porque ella también tenía sus historias. Una vez, al inicio, apenas a unos días de la primera conexión, había conocido a Kris. Y con Kris la simpatía fue inmediata, porque ambos compartían una pasión por la misma escritora. Comenzaron hablando de sus libros. Luego Kris quiso saber más de ella. Para Anaïs era un poco chocante eso de estar hablando por medio de una pantalla, pero a la vez era un alivio. Era territorio seguro y entonces habló de ella. Dijo que se sentía sola, que era difícil encontrar personas similares, difícil conversar. Kris le hablaba con la sutileza de un sabio. La hacía estar en calma y dejarse andar en confesiones inocentes, hasta que propuso que en lugar de mandarse fotos, que además no siempre venían bien, era mejor darse cita en algún lugar. A Anaïs el corazón comenzó a latirle. No estaba acostumbrada a salir con desconocidos, aunque Kris de alguna forma no lo era. Entonces se armó de coraje pensando que quizá este era el hombre de su vida, y no estaba dispuesta a perderlo por sus eternos miedos. La cita fue a las nueve de la noche frente a una heladería, junto al cartel que decía "Prohibido estacionarse". Anaïs llegó primera y lo esperó. Kris llegó después un poco nerviosa por el primer encuentro.

—¿Anaïs? Yo soy Kris.

Extendió su mano y su mano era de dedos largos y finos. Sus ojos transparentaban una emoción extraña. Su collar hacía juego con el resplandor de las luces de la heladería que llegaban a los ojos tristes de Anaïs.

—Mira, te traje un libro de ella, de nuestra escritora.

—¿Por qué no me lo dijiste? Yo no sabía que tú... —a Anaïs se le

hizo un nudo en la garganta.

—¿Que soy una mujer?, creí que lo habías entendido desde el principio, creí que para ti también era difícil, por eso no hacía falta entrar en detalles. ¿No me habías entendido? Yo no me dedico a engañar, estoy tan sola como tú...

Anaïs dio un brusco giro golpeando sin querer el libro que cayó al piso y ahí se quedó, junto a Kris y al cartel de "Prohibido estacionarse". Por eso decidió no aceptar nunca más citas tan tempranas. Por eso a Leonardo no lo había visto nunca. Y era mejor así. Iban conociéndose sin predisposiciones, sin dejarse influir por falsas apariencias. Sabiendo que hay cosas que solo pueden confesarse cuando tienes la certeza de que no hay nadie que te mira. Nadie que hace una mueca con la boca o que cambia la vista hacia otro lado. Nadie que va a interrumpirte. Sabes que estás en un lugar seguro y basta marcar la cruz de cierre de programa para que desaparezca el interlocutor que no te gusta. Leonardo contaba de su vida y ella lo iba construyendo. Iba armando los pedazos, cambiándole el color de los ojos, proyectando sus sonrisas detrás de los caracteres que construía la pantalla.

>A ver, déjame adivinar, estás sentada con los pies cruzados sobre la silla y te tomas un café,: —/

>No, estoy sentada normal, y me estoy comiendo una naranja, ¿quieres un pedazo?: —) si cierras los ojos te doy un pedazo.

>Si cierro los ojos no veo el teclado: —p, ¿sabes que puse en la pantalla la imagen de Da Vinci que me mandaste?

Alguna vez él se sintió tentado a proponer intercambios de teléfonos. Podrían al menos conocer sus voces y así imaginar el sonido de las palabras escritas. Luego cambió de opinión y no dijo nada. Estaba casi seguro de que la propuesta podría contrariar a Anaïs.

Las cosas, todas, requieren su tiempo justo. Inútil adelantarse. Una llamada telefónica podía convertirse en costumbre y entonces ya no sería igual. La comunicación no es la misma. Frente al teclado, Leonardo ordenaba las palabras. Tenía un breve espacio de tiempo para pensar y luego escribir sus ideas. Al teléfono, estaría emocionado y quizá sólo alcanzaría a decir frases estúpidas. Seguramente a ella le sucedería otro tanto, y no sabía, tal vez el nerviosismo le hacía venir el hipo, o comenzaba a tartamudear. Era arriesgado. De todas formas ambos sabían que era inevitable, que algún día se conocerían personalmente. Y un sexto sentido

misterioso les decía que cuando esto ocurriera no notarían nada extraño. Sería como si se hubieran visto toda la vida.

A veces, antes de apagar la lámpara de noche, Anaïs soñaba con Leonardo durmiendo al lado suyo. Sentía sus “buenas noches” y se abrazaba a la almohada. Luego apagaba la luz y Leonardo caminaba junto a ella y el hijo de los dos lo llamaba “papá” y ella ya no estaba tan sola. Ya no estaba como siempre, imaginando historias imposibles. Viendo a las familias caminar por la calle y pensando en su mala suerte. Sabiendo que los años pasan demasiado veloces y que con cada minuto crece la imposibilidad de encontrar una persona. Te conviertes de adolescente en solterona con una morbosa facilidad. Luego los músculos se estiran, la carne se va llenando de grietas, los ojos dejan de brillar. Te vas volviendo un ser anónimo. Los que fueron tus amigos de la juventud han hecho sus vidas y casi nadie tiene tiempo. Anaïs en verdad nunca había tenido muchas amistades. Nunca fue un modelo de belleza, ni líder de ningún grupo. Era un ser normal, lleno de sueños no confesados, como casi todo el mundo.

>Anoche soñé contigo, Anaïs, no quisiera ofenderte, pero conoces todos mis secretos, anoche soñé que me besabas.

>Hace ocho meses que nos conocemos, Leonardo, y hace varios meses que me besas cada noche, es la primera vez que no sé qué decir...

>No quiero que te parezca precipitado, yo también tengo miedo, pero quizá sería conveniente... discúlpame, pero necesito tocar tus manos, yo creo que te amo Anaïs, te has hecho demasiado necesaria...

Esa noche se despidieron más temprano. Decidieron que era mejor pensar. Estaban muy nerviosos. Anaïs daba vueltas por la casa con un cigarro entre los dedos. Revisó su libreta telefónica, pero no encontró ningún número adecuado, nadie a quien poder llamar y pedir consejos. Su único amigo era Leonardo y visto que él era parte del problema, no se le ocurría con quién conversar. Sus compañeras de trabajo pasaban la jornada contándose sus vidas. Hablaban de novios y maridos, de las discusiones en casa, de las traiciones ocultas. Contaban cada mínimo detalle, pero ella no se sentía en confianza para compartir su historia. Una vez comentó algo sobre el *chat* y alguna la había mirado con una risa irónica y hasta se atrevió a preguntar cómo era eso de hacer el amor a través de la computadora. Anaïs lógicamente no volvió a tocar el

argumento y ninguna sabía de la existencia de Leonardo. “Estoy más sola que un muerto”, pensó encendiendo otro cigarro.

Esa noche Leonardo no durmió. Volvió a la computadora y se dispuso a escribir una larga carta, pero a cada párrafo cancelaba todo y volvía a empezar. Era casi inútil, quedaban realmente muy pocas cosas por explicar. Ella sabía todo de su vida. Sabía que de joven tuvo un matrimonio que duró dos años y después de que su mujer lo abandonó no existieron más historias. Algunas cosas banales, pasajeras, pero nada que lo hiciera estremecerse. Nada que le quitara el sueño. “Estoy más solo que la palabra soledad”, pensó y canceló una vez más la carta. Lo único que lo reconfortaba de algún modo era haber sido capaz de decirle que la amaba. Esta era su tranquilidad y su agonía. ¿Se puede amar a un ser que aún no se conoce? Casi de seguro, porque ciertamente a Anaïs la conocía más que a cualquier cosa. Mucho más, incluso, que a la mujer con quien vivió dos años. Y después de aquellos años verdaderamente habían transcurrido muchos más. Demasiados quizá. Acumulando sueños y barriga. Y escondiéndose detrás de un buró repleto de papeles por llenar.

>Tengo miedo, Leonardo.

>Yo también.

>Si te digo que anoche no pude dormir, ¿me crees? >Yo tampoco dormí, Anaïs, y si te digo que no dormiré hasta no verte, ¿me crees?

>Te creo. ¿Dónde nos vemos?

Leonardo escribió la dirección de un bar. Era jueves. Fijaron cita para la noche del sábado. Prometieron no comunicarse el viernes, como hacen los que van al matrimonio. Se dijeron buenas noches y apagaron las computadoras.

Anaïs encendió un cigarro y se miró al espejo. Hacía diez años su cuerpo era distinto. Los ojos tenían más luz y la piel menos marcas. Cambió la vista y suspiró.

¿Y si lo decepciono? Seguramente me cree más joven, o a lo mejor me cree de mi edad, pero no le gusto. Si le resulto fea no será capaz de decirlo, pero no dirá nunca más que me ama. Quizá fue un error no mandarnos fotografías, ni siquiera sé cómo se llama verdaderamente. Tengo miedo. Tengo un miedo que me estoy muriendo. Mañana voy a la peluquería. Me doy de enferma en el trabajo y voy a comprarme un vestido nuevo.

Leonardo sirvió un trago y se miró al espejo. Necesitaba

afeitarse y quizá le vendría bien pasar un día durmiendo para aplacar las ojeras. Hacía un tiempo bastaba aguantar un poco la respiración y la barriga no se notaba tanto. Ahora era imposible.

¿Y si no le gusto? No, no es posible, ella sabe todo de mí, sabe que soy un frustrado y no le importa. Sabe que alguna vez tuve sueños que se desvanecieron con el tiempo, sabe... ¿qué sabe? Quizá se ha hecho alguna idea errada, de pronto la decepciono. Si no le gusto no me lo dirá nunca. Me tomará de la mano y empezará a hablar de cualquier otra cosa. No, no y no, ya basta, esta vez todo saldrá bien, ya basta, uno no puede estar solo toda la vida. Tengo miedo, tengo mucho miedo.

El viernes Anaïs no fue a trabajar. Llamó en la mañana y dijo que estaba enferma. Pensó salir a comprarse un vestido, pero desistió. Si Leonardo la quería, tenía que verla como era. Pasó el día tirada en la cama aguantándose las ganas de encender la computadora. Por la noche abrió el ropero y se arrepintió de no haber comprado el vestido. Estuvo delante del espejo probándoselo todo, hasta que rompió a llorar con la cama llena de ropas y ella desnuda. Y todo andaba mal. Tuvo ganas de cancelar la cita. Mandar un e-mail urgente diciendo que no podría ir, que algún pariente lejano estaba enfermo y que ella tenía que salir de la ciudad. Luego cambió de idea. Tomó una pastilla y, pensando, se quedó dormida.

Leonardo pasó el día detrás del buró equivocando las planillas. A la hora de almuerzo tomó un trago en el bar y no probó su plato. En casa escribió una poesía que luego tiró a la basura porque era cursi y con un lenguaje adolescente. Empezó a afeitarse, se cortó y decidió dejarlo para la mañana del sábado. Bebió un trago y dos y tres. Tuvo miedo que su aliento retuviera el olor del alcohol y entonces decidió hacer treinta abdominales y algunos movimientos de brazos. En el número nueve le faltó el aliento, se dio una ducha y se sentó a tomar otro trago. Encendió la computadora.

>Anaïs, ¿estás ahí? Si estás, responde, por favor, tengo algo urgente que decirte.

Roberto35 le dio las buenas noches diciendo que pensaba que Anaïs no estaba conectada. Leonardo comentó cosas sin importancia. Se despidió y cerró. Sirvió otro trago y, bebiendo, se quedó dormido.

El sábado llovía. Ella se vistió como de costumbre y se miró en el espejo. No le gustó mucho la imagen, pero suspiró y encendió un

cigarro. Estuvo parada junto a la ventana hasta que este llegó a su fin. Tomó el paraguas y salió. El pasó un algodón con alcohol sobre el arañazo que tenía en la cara. Se vistió como de costumbre y miró el reloj, aún era temprano, pero decidió salir antes para tomarse un trago mientras esperaba.

Anaïs llegó a la acera del bar y se detuvo. Aún faltaban veinte minutos, así que tocaba esperar. Trató de cobijarse lo mejor que pudo bajo el paraguas y respiró profundamente. Tenía veinte minutos para calmarse. Lo malo era que llovía y sentía frío en los pies. Sentía frío adentro. La gente pasaba de prisa y ella miraba los rostros tratando de descubrir al que esperaba. Leonardo observaba la puerta mientras alzaba su vaso. Era el segundo trago y hasta el momento sólo había visto jóvenes sonrientes, como las muchachas de la mesa vecina, o transeúntes que se refugiaban de la lluvia, como la pareja en la barra, o gente estacionada afuera esperando que amainara un poco, como la mujer del paraguas. No quería ver el reloj. El encuentro debía ser así y él sabía que la reconocería inmediatamente. Anaïs sintió que el agua alcanzaba sus zapatos y tuvo ganas de reír. Sabía que Leonardo se sorprendería al llegar y descubrir que ella esperaba. Pensó que seguramente la lluvia era un buen presagio. El cruzaría la calle lentamente y no tendrían necesidad de preguntar sus nombres. ¿Qué harían? ¿Se abrazarían? ¿Se mirarían largamente? Leonardo pensaba que cuando apareciera su figura en la puerta, él terminaría el trago levantando la vista, ella se acercaría a su mesa, y entonces, ¿qué harían? Seguramente él haría un gesto al camarero para que sirviera dos tragos más. Entonces se miraban, largamente se miraban.

De las muchachas que estaban en la mesa vecina, una se levantó despidiéndose. La otra quedó sola, miró el reloj y pidió un trago. Anaïs también miró el reloj. Ya habían pasado los veinte minutos y sintió un ligero estremecimiento. Se apartó aún más pegándose a la vidriera del bar. Echó una ojeada a través del cristal. Vio gente que conversaba en la barra, y en el salón, algunas parejas, y un señor que bebía solo mirando a la muchacha que fumaba en la mesa vecina. Leonardo no acababa de llegar y ella comenzaba a impacientarse. El sintió que se estremecía de dolor cuando observó el reloj y comprobó que la muchacha de la mesa vecina esperaba. Suspiró profundamente apartando la vista hacia la puerta, pero en la puerta no aparecía Anaïs. Afuera sólo estaba la señora del paraguas y un muchacho que acababa de aparecer frotándose las

manos y dando brinquitos.

Anaïs miró al muchacho con el rabillo del ojo y tragó en seco. El la observó y se frotó las manos.

—¿Me puede decir la hora? —dijo luego de cinco minutos.

Anaïs contestó casi sin mirarlo.

—Las ocho y diez.

—¡Qué mala noche! —dijo él—. ¿Usted está aquí hace mucho tiempo?

—Un rato, sí... es que llueve mucho.

—Sí, llueve mucho...

Él volvió a frotarse las manos, sacó una cajetilla de cigarros y le ofreció uno a ella. Anaïs agradeció y entonces le vio la cara. No era tan joven, pero tenía una buena figura. Sintió que el corazón le daba un brinco. Le saltaba en pedazos. Cerró los ojos encendiendo el cigarro y sin quererlo se le formó un nudo en la garganta.

—Disculpe si le pregunto si lleva mucho tiempo, es que estoy un poco retrasado, ¿sabe? No tengo reloj, y tenía que ver a una persona aquí, pero llegué un poco tarde, con esta nochecita tengo miedo perder la cita. ¿Usted también está esperando a alguien?

Anaïs dibujó una sonrisa un tanto idiota.

—¿Yo? No, imagínese, yo estoy esperando que amaine un poco la lluvia, es que... la noche no está muy buena...

—Sí, tiene razón, —dijo él cambiando la vista—. Una noche muy esperada puede destruirse en un instante...

Anaïs intentó sonreír y tragó en seco. Contó hasta diez internamente y trató de tener un comportamiento normal. Miró a la calle, fumó y pasó la vista al interior del bar. Adentro seguían las cosas como antes, solo que el señor que anteriormente miraba a la muchacha ahora tenía el brazo levantado llamando al camarero.

El camarero le trajo un nuevo trago a Leonardo. El bebió sonriendo internamente. Desde que la muchacha quedó sola había fumado tres cigarros y alternado la vista entre el reloj y la puerta. No quedaban dudas. Anaïs nunca hubiera demorado a la cita. Ella estaría en el momento justo. Y era lógico pensar, conociéndola como la conocía, y sabiendo todos sus miedos, que ella llegaría antes con alguna amiga para relajarse y prepararse al encuentro. Anaïs estaba en la mesa vecina y él no se sentía capaz de dar la cara. Prefería pasar como un tipo cualquiera que va a beber solo. Era su salvación, porque estaba convencido de que él no podría gustarle. Era más bella de lo que había imaginado, y en esos

momentos contemplar su belleza era un goce y a la vez una tristeza. Hubiera preferido que Anaïs fuera la mujer que estaba en la barra conversando con un hombre, o incluso aquella señora del paraguas que fumaba con el muchacho fuera del bar. Leonardo terminó el trago de un solo golpe y pidió otro. Anaïs disimuladamente volvió a mirar el reloj.

—¿Qué hora es?

—Ya las ocho y veinte.

El muchacho hizo una mueca y se frotó los ojos.

—Soy un desgraciado, señora, escogí la peor noche.

Ella tragó el nudo de su garganta y movió los dedos de los pies.

—Dentro de poco parará de llover, ya verá, yo casi casi que me voy caminando.

—Pues yo no, yo esperaré y me pueden dar las seis de mañana aquí, pero esperaré.

Ella sonrió amargamente. Sin dudas, Leonardo era el hombre de su vida, sólo que ella no era la mujer de la vida de Leonardo. Lo miró largamente como tratando de conservarlo todo. ¡Cuánto hubiera sido bueno continuar como antes! Ahora ya todo estaba perdido. Anaïs conocía su rostro y no era justo. No valía la pena continuar acumulando ilusiones. El pensamiento vaga siempre muy veloz y ella se vio vendiendo la computadora, deshaciéndose de todo. Aceptando su destino de soledad sin paliativos. Casi tuvo ganas de llorar, y por fortuna llovía, porque así las aguas de los ojos se podrían confundir con cualquier cosa. No era justo, pensó. No era justo que el destino le jugara esta malísima pasada.

—Son las ocho y media y parece que ya no llueve tanto, mejor salgo caminando.

—Gracias, señora, por la compañía, digo...

Anaïs sonrió.

—Gracias a ti... por todo.

Él no la entendió muy bien, pero encendió otro cigarro y decidió entrar al bar a beber algo. Se apoyó en la barra, cerca de la caja, desde donde podía observar bien la puerta. Dio una bocanada al cigarro y esperó. Cuando el señor tropezó con él, dio un brinco virando el vaso encima del mostrador.

—Disculpe —dijo el señor acercándose a la caja—. Hoy es un día fatal, ¿lo invito a un trago?

—No se preocupe, no es nada, lo invito yo.

Leonardo sonrió.

—Mejor no, yo ya he bebido bastante, ¿sabe? —se acercó confidencial—. Le pago el trago y desaparezco, debo desaparecer inmediatamente.

El no supo qué contestar. El señor pagó y se fue dando tumbos. Unos minutos después la mujer que esperaba sola en la mesa se acercó.

—Disculpe, ¿usted está esperando a Aldo, el agente publicitario?

—Sí.

—Menos mal, temía no reconocerlo... yo trabajo con Aldo, él tiene un problema de familia y no puede venir, el lunes lo espera en la oficina, se disculpa mucho por el imprevisto, pero el lunes lo espera sin falta, usted no se preocupe que el trabajo está garantizado, y yo hace una hora que estoy esperándolo.

El suspiró aliviado mirando a la mujer que sonreía.

—Gracias y disculpe por la larga espera, pero ya que estamos aquí, ¿me acepta un trago?

>Hola Roberto35, ¿tú sabes si hoy Leonardo se conectó?

>Hola Anaïs, yo estoy hace dos horas, pero Leonardo no ha asomado la cabeza.

>Gracias, le escribiré un e-mail, buenas noches.

“Querido Leonardo, perdóname si no pude ir a la cita, me imagino que te habrás sentido un poco mal, pero es que tengo problemas. Perdóname otra vez, porque cuando envíe este mensaje, tengo que cerrarlo todo e irme. Salgo de la ciudad. Ha muerto un pariente lejano, que no por lejano era menos querido. No sé cuánto tiempo estaré afuera. Perdóname, Leonardo, amor mío, nunca te voy a olvidar. Te deseo toda la felicidad del mundo.

Tuya siempre, Anaïs.”

Cuando dio el envío, encendió un cigarro y vio que le entraba un mensaje.

“ Anaïs, amor mío. No imagino qué habrás pensado cuando no me viste llegar al bar. Todo ha sido un desastre, parece que la fatalidad me acompañará por siempre. Mi ex mujer, aquella que no veía desde hace tantos años, tuvo un accidente y está hospitalizada, casi al borde de la muerte. Como no tiene parientes, me toca ir para ayudarla. Parto de la ciudad y no imagino por cuánto tiempo. De cualquier forma, quiero que sepas que siempre te amaré. Eres lo mejor que me ha pasado en esta inútil vida. Me llevo todas tus palabras y a ti en mi corazón.

Te amaré siempre, tu Leonardo.”

El *prompt* de las computadoras continuó parpadeando durante toda la noche.

Carroza para actores

—Yo soy actriz.

Dijo la muchacha apartando la vista hacia la ventanilla. El conductor recorrió su cuerpo con una mirada y reanudó la marcha. Dijo que el sueño de su adolescencia había sido el teatro pero terminó como instructor de conducción. Jugarretas del destino y, obviamente, del talento. Cuando era más joven no se perdía ninguna obra. Ahora realmente tenía poco tiempo, pero como acababa de conocer a una profesional del medio, seguramente iría pronto. Era la primera vez que daba botella a una actriz y le resultaba emocionante. Quiso saber su nombre, dónde trabajaba, qué obra presentaban, cómo se llamaba el personaje. La muchacha lo miró.

—No pertenezco a ningún grupo —sonrió de mala gana y volvió a girar el rostro hacia la ventanilla para continuar hablando—. Yo, en realidad, hubiera querido ser hija de un multimillonario. Pasar toda la infancia siendo la niñita de papá con todo lo que me viniera en mente. Llegar a la adolescencia para comenzar a gastar dinero en compras inútiles mientras el viejo me pasaba la mano por el pelo llamándome “amor de mi corazón”. Antes de la mayoría de edad hubiera comprado la licencia de conducción y estrenaría el carro, regalo de mis queridos padres, para comenzar mis giras nocturnas con amigos y botellas. Hubiera abandonado la Universidad después del primer aborto, y trasladaría mi vida al apartamento, regalo de mi padre, para calmar mis nervios. En el último piso y, con piscina, organizaría fiestas de esas que no terminan nunca, con invitados hijos de los enemigos de mi padre, y donde todos nos beberíamos el mundo y el mundo tragaríamos por la nariz hasta caer al piso. Así, hasta que un día, a los veinticinco años, me encontraran muerta en un accidente automovilístico, con las venas llenas de alcohol y la nariz enrojecida crónica. Eso hubiera querido que fuera mi vida, claro, pero nací equivocadamente.

Él permaneció unos minutos atónito y luego sonrió afirmando que lo del padre multimillonario no estaba mal, pero al menos era actriz y eso era algo, ¿no? Seguramente había representado obras en la escuela de teatro, un personaje secundario, cualquier cosa. Todavía era joven y tenía tiempo para encontrar un grupo. Él, en el preuniversitario, había representado a Otelo en una actividad de la escuela y conservaba las fotografías como un gran evento. La muchacha lo miró muy seria.

—Nunca fui a la escuela de teatro, aspiro a cosas superiores. Hace años me preparo para la gran representación, yo alcanzaré lo perfecto, el gran arcano, ¿me entiendes?

Él no entendió, pero vista la seriedad del otro rostro, decidió no abrir más la boca. La actriz dirigió su mirada a la ventanilla y solo volvió a hablar para pedir que la dejara en su destino. El auto se detuvo. Ella dio las gracias y él agarró su mano segundos antes de que ella bajara.

—Espera... disculpa si te molesté, de todas formas, cuando estés lista para la representación de lo perfecto, ¿cómo podría verte para que me invites?

La muchacha sonrió.

—Vivimos en medio de una representación. Seguramente tu Otelo resultó más creíble que esas ganas de verme —soltó su mano bruscamente y bajó.

El chofer suspiró poniendo el auto en marcha y no volvió a pensar en ella hasta unas semanas después cuando la vio parada en la misma esquina. Se acercó despacio anunciando “carroza para actores”. Ella no pareció reconocerlo y, entonces, para no sentirse ridículo, simplemente la invitó a subir.

—Me dices dónde quieres que te deje.

Ella movió la cabeza afirmativamente fijando la vista en la ventana. El muchacho se sintió incómodo, pero era de esperar que alguien que todos los días montaba en un carro distinto no recordara su rostro.

—Me parece que nos hemos visto antes. ¿Tú, a qué te dedicas?

—Soy actriz.

El sonrió ideando la manera mejor de hacer que lo recordara.

—Hace unas semanas creo que di botella a otra actriz, lo recuerdo porque el teatro es una de las cosas que más me gusta. ¿Estás trabajando algún personaje?

La muchacha giró la vista hacia sus ojos, suspiró, y luego volvió

a la ventanilla.

—Yo en realidad hubiera querido ser una católica, no por vocación, sino porque no quedara más remedio que afiliarme a alguien. ¿Y quién mejor que un alguien colectivo? Juraría llegar virgen al matrimonio y, ante la imposibilidad de encontrar marido, tendría sueños eróticos donde me vería en minifalda y con un inmenso escote, cantando para un público de hombres. Entonces comenzaría una doble vida. De noche, iría a conciertos de rock, para admirar a los monstruos llenos de pelos y sudores. Olvidada en la última fila asistiría a las transformaciones de los otros, rezando en silencio, y lloraría en las noches la incapacidad de liberarme. Me encontrarían muerta de indigestión, desnuda y con las piernas abiertas, virgen y con treinta y cinco años, y una cruz aferrada en una de las manos.

El tuvo ganas de reír, pero se contuvo.

—¿Estás ensayando tu próximo papel?

La muchacha lo miró sin apenas inmutarse. El se encogió de hombros y cambió la vista, mientras murmuraba un “disculpa”. El resto del viaje no volvieron a conversar. La calle pasaba de prisa, mientras, al timón, él se preguntaba por qué con tantas muchachas bonitas y normales que había, le venía a tocar una loca que lo único que hacía era hablar boberías.

—Déjame en esta esquina.

El carro frenó bruscamente.

—Te deseo suerte y que puedas por fin convertirte en una gran actriz.

Ella bajó despacio y, ya afuera, se recostó un instante en la ventanilla.

—No. Yo soy actriz. Lo que quiero es la representación perfecta —dio media vuelta y se fue.

El motor se puso en marcha con un conductor un tanto irritado. La palabra “estúpida” merodeaba mezclada con el aire que entraba por las ventanillas. “La próxima vez que la vea la dejo plantada en la esquina, bajo el sol y con sus guiones preelaborados.” Eso pensaba él, pero la siguiente vez que la vio fue aproximadamente un mes después. Siempre en el mismo lugar. La luz roja lo obligó a detenerse, a pesar de sus intentos de escapar. Entonces se le ocurrió que sería divertido dejar que se acercara a pedir botella para plantarle una rotunda negativa en el rostro. Ella, sin embargo, no hizo nada para abordarlo. Estaba como siempre: detenida. El

semáforo cambió la luz y él miró por el retrovisor. El auto de atrás comenzó a pitar desesperado al ver su marcha en retroceso.

—¿Te adelanto un tramo?

La muchacha dio las gracias y se apresuró a subir. Él no quiso indagar demasiado en su repentino cambio de actitud. Prefirió asumir que le daban pena las muchachas que esperaban bajo el sol, y que era mucho más entretenido viajar con una que hacía historias, aunque resultaran siempre patéticas. Trató de ser amable y divertirse un poco.

—Yo soy actor, ¿sabes?

Ella le dedicó una mirada con desgano y volvió a fijar la vista en la ventanilla. El quiso de veras divertirse.

—En realidad quería ser otra cosa... quería ser un tipo normal y andar por la calle y un día encontrar a una muchacha y conversar y enamorarme de ella, y enamorarme tanto hasta descubrir que ella no me amaba, ni siquiera me miraba, y entonces... entonces planificar calladamente su muerte, asesinarla con mis propias manos, llevarla en una loca carrera por toda la ciudad para hacerla morir de miedo. Luego bajaría su cadáver del carro y continuaría tranquilo silbando una canción.

Para ser actor eres bastante mediocre —la voz de la muchacha lo hizo girar la mirada hasta encontrar sus ojos—. La gente interpreta papeles en dependencia del momento en que se encuentren. Lo más terrible es que pueden tener ante sus narices una verdad y se emocionarán pensando que es una interpretación magistral de eso que llaman realidad. Los actores están del lado de allá del escenario, viejo, pagan el boleto y luego van a casa a continuar el rutinario guión que alguien les ha impuesto.

El chofer abrió los ojos con asombro ante la total elocuencia de su acompañante, pero no quiso perder la oportunidad de continuar escuchando. Quiso darle un pie para que siguiera.

—¡Déjame adivinar! ¡Tú eres actriz!

Ella le dedicó una sonrisa.

—Como adivinador también eres mediocre, que soy actriz te lo he dicho las anteriores veces que me has dado botella.

El carro frenó en seco y él se giró mirándola muy serio.

—¿Entonces me reconociste? ¿Me aceptas un café?

—No puedo perder tiempo, déjame en casa, nos vemos el mes que viene en la misma esquina.

Fue así como convirtió su máquina en la “carroza para actores”

que cada mes acudía a recogerla al mismo sitio. En un comienzo pensó que la frialdad de los primeros momentos iría cediendo. Él se mostraba muy locuaz. Hablaba de temas divertidos mientras ella repasaba la ciudad a través de la ventanilla y a veces lo interrumpía con algún comentario totalmente ajeno a su discurso. El trató de indagar en su vida, saber si era casada, si vivía sola. Conocido juego de tantear el territorio, que encontraba respuestas en monosílabos y medias sonrisas por parte de ella.

—¿Por qué te interesa acostarte con una desconocida?

El chofer titubeó un poco antes de responder.

—No... si yo no quiero, además de que ya no eres una desconocida, yo sólo quería interesarme por tu vida, es normal, ¿no?

—Mi vida es simple: soy actriz. Nunca te vayas a la cama con una actriz. Puedes padecer reacciones muy frustrantes. A mí lo único que me importa es prepararme para mi representación —le dedicó una sonrisa—. Quizá tú seas un buen espectador. ¿Te interesaría?

Él movió la cabeza afirmativamente y agregó que era en verdad lo único que le interesaba de ella: su vida profesional. Pero era mentira.

—OK, te mantendré informado. Serás mi invitado de honor.

Era extraña, y él quiso esperar al mes siguiente. De mujeres había conocido muchas. Esta era un desafío. De esa clase de personas que les gusta rodearse de un aire misterioso, con discursos a medias, como si colocaran las palabras al borde de la mesa para verlas tambalearse. Él aceptó el reto, aunque en verdad lo único que le interesaba era encontrar una muchacha normal. Una que te mira, responde “sí” y “ya somos novios”. De esas que se van a buscar a la salida del trabajo y se presentan a los padres y se felicitan el día de los enamorados. Aunque en realidad quisiera eso, prefirió esperar, o hacer lo que en su lenguaje se definía como “madurar la fruta”. Prefirió respetar los tiempos dilatados y la mirada ajena. Ese aire que la hacía diferente. Tal vez luego de la anunciada representación, vendría el café y quién sabe si otras cosas, mientras tanto no quedaba más remedio que esperar. Era tan inofensiva, tan poco perniciosa, que daba casi pena.

—¿No piensas adelantarme nada de la obra? Ya que soy invitado de honor, debo estar preparado, ¿no?

—No. Quien tiene que prepararse soy yo. Tú solamente harás lo

que dice tu papel: estar presente. No puedo adelantarte nada, lo echarías todo a perder. Yo alcanzaré la magnificencia. Con eso basta.

Habían pasado ya unos cuantos meses desde el primer día y él continuaba esperando. Abrigaba en lo más hondo la sospecha de que luego del teatro todo cambiaría. Tenía que ser así, aunque sabía que con ella nada respetaba las leyes comunes y quizá por eso resultaba interesante. Quizá por su empeño de soñar con una obra que rompería todos los arquetipos posibles. Un espectáculo donde la platea pasaría a ser la ejecutante, mientras en el escenario los supuestos actores gozarían de la función. Alguna vez dijo, con marcada ironía en las palabras, que el teatro no era más que una dulce escapada del libreto. Los espectadores disfrutan lo que ven con la total certeza de que el telón caerá y todo volverá a ser como al inicio. Las butacas, entonces, son territorio franco, donde las emociones y los sentimientos pueden vagar libremente mientras dure el espectáculo. Ella trastocaría todo, dijo con la vista fija en la ventanilla, crearía una confabulación donde todos quedarían implicados.

La carroza para actores se detuvo una vez más ante la muchacha que esperaba bajo el sol. El le dedicó una sonrisa y siguió con la mirada su menudo cuerpo mientras hacía el recorrido para subir al carro.

—Llegó el momento —dijo ella con un cierto brillo en la mirada —. Estoy lista. El sábado asistirás a la gran representación. Anoté la dirección en este papel. ¡Espero que te diviertas!

Cuando se despidieron, él le deseó buena suerte. Se sentía emocionado e impaciente a la vez.

El sábado compró flores. Estaba convencido de que la obra sería un éxito y al menos por un día ella aceptaría un café y quizá otra cosa. El espectáculo era en el sótano de una iglesia, en un barrio un tanto despoblado. El llegó mucho antes de la hora señalada. A las ocho abrieron las puertas y el lugar se fue llenando de gente que ocuparon las butacas y hasta el piso. Voces de cantos gregorianos llenaban el espacio, mientras el público esperaba entre susurros.

Cuando ella salió a escena, algo dentro de él comenzó a vibrar. Estaba transformada, los ojos le brillaban de una forma extraña, y existía como un halo que delineaba su figura. Era perfecta. Desde su asiento, comenzó a sentir un extraño olor que fue llenando la sala, pero apenas lo notó al principio. Luego el olor proveniente del

humo, que invadía el lugar, se fue mezclando con las palabras del lado de allá del escenario. Perdió la noción del tiempo y la lógica de las recitaciones. Todo era ella, la gran actriz y el flujo de energías que experimentaba desde su butaca. Por eso, cuando la vio desnudarse, el éxtasis provocó que sus ojos permanecieran abiertos, absortos en esa admirable aprehensión de lo perfecto. Sintió un calor que lo recorría de improviso cubriéndole todo el cuerpo. Ella desnuda del lado de allá y él, refugiado en su inconsciencia, deseando tocarla. Quiso pensar que se trataba de ternura, pero un latido en el centro de sus piernas lo hizo desistir. Era más fuerte que él. Quería poseerla, gozar del menudo cuerpo que se ofrecía a su visión. Hacerla carne dentro de su carne, lengua dentro de su lengua.

Y por un momento pensó que el ardor de sus mejillas podría incendiar el resto de la sala. Podría delatarlo cómplice en esta jugarreta de la actriz. Pero los rostros cercanos se denunciaban partícipes de emociones similares. Miradas transformadas en lujuria y luego en una morbosidad que se confundía con la concupiscencia del espectador de al lado. Todo formando parte de sensaciones colectivas. Energías que entraban y salían y chocaban y pedían estallar. Por eso, cuando uno de los actores levantó el cuchillo que desgarró la piel de ella, él sintió que se ahogaba. Cuando la sangre empezó a brotar, a él le brotaron lágrimas. Cuando los otros desde el escenario agarraron las manos de la actriz para sostenerla, él sostuvo las de sus vecinos apretándolas con fuerza. Cuando el telón comenzó a bajar, estalló en aplausos descomedidos y gritos de “bravo” y palmadas en las espaldas de los espectadores que se abrazaban llorando, emocionados, enternecidos, sobreexcitados.

Afuera la esperó muy ansioso. Los demás se iban marchando y él caminaba de un lado para otro. Miraba el reloj y se arreglaba el cuello de la camisa. Volvía al reloj y olía las flores. Por fin, cuando no quedaba nadie, divisó que uno de los actores salía por la puerta del costado. Se acercó despacio y decidió esperarla junto a un árbol, justo donde alcanzaba la franja de luz proveniente del bombillo. El actor volvió a entrar y salió con unos maletines que colocó en el asiento trasero de un auto. Luego salieron otros dos, uno se sentó al timón y encendió el motor. El otro abrió el maletero. Entonces el primer actor volvió a entrar y al momento apareció haciendo una señal desde la puerta. El que estaba afuera se acercó y juntos cargaron un enorme envoltorio aparentemente pesado. Lo colocaron

en el maletero y cerraron. El primer actor volvió adentro, el otro se metió en el carro. Cuando las luces de la iglesia se apagaron y el que estaba adentro salió cerrando la puerta, él sintió una cosa muy extraña. Dio unos pasos aferrando sus manos al ramo de flores. El otro caminó hacia el carro y levantó la vista recorriendo el lugar, entonces fue que lo vio. Se le acercó despacio, metió la mano en un bolsillo y extendió un papel. No dijo nada. Puso el papel en su mano, dio la vuelta y se unió a los otros. El auto se alejó veloz.

Él dio unos pasos hasta colocarse bajo el bombillo. Suspiró profundamente, abrió el papel y leyó:

"A veces la verdad está delante de nuestra narices y nos negamos a creerla. ¡Bravo! Eres un magnífico espectador. Yo era actriz. Ahora soy mi sueño."

El papel cayó de sus manos, junto con las flores. Él comenzó a andar despacio. Atrás quedaba un extraño perfume. Las flores olían a cosas vivas.

La *baby sitter*

Yo la veía alejarse todos los días. Desde la ventana observaba su paso ligero, como si apenas tocara el asfalto. Como si el mínimo contacto con el suelo provocara un efecto de reacción contraria. Un fragmento de hojarasca suspendida en el viento.

Por momentos, y quizá por este afán de encontrar asociaciones, me recordaba a la Maga. Esa figurilla que se distanciaba, un tanto veloz, pero no lo suficiente como para no dejarme detallar su recorrido. Cien metros, cruzar la calle, quince metros más y, de repente, como llevada por impulsos pueriles: el salto. Dos, uno, dos, uno, dos, llegar al cielo y continuar la marcha. Sabiéndose tal vez no observada. O ni siquiera eso. Sencillamente con la necesidad del no pensar, o suponer, que en medio de todas las cosas cabría la posibilidad de que alguien, desde una ventana cualquiera de un edificio, estuviera espiando su retirada. Así partía, hasta que la esquina de la calle la obligaba a doblar y desaparecer de mi campo visual. Yo entonces alzaba mi taza de café (descafeinado) y brindaba por ella. Por el prodigio de su espalda que me regalaba cada tarde este espectáculo. Y aunque sabía de sobra que no era la Maga, aunque conocía perfectamente este, mi empeño inevitable de conjugar personas y personajes, encontrar en cada cual referencias del otro, y viceversa, descubrir los posibles arquetipos, aún así, se me ocurría pensar que ella bien hubiera podido ser musa inspiradora del escritor argentino. Yo nunca sería capaz de hacerla viva en un papel. Estoy absolutamente incapacitado para transformar en palabras eso que veo. Pero lo veo y entonces la imagen se retiene en mi cabeza. Da vueltas y vueltas y otra vez estoy mirándola saltar, casi involuntariamente: dos, uno, dos, uno, dos, llegar al nueve, o al cielo, o al pon, o al mismísimo fin de la partida. Como un niño que camina pensando que la pelota azul le gusta más que la verde, y que quizá se pudiera hacer algo para cambiar el color. En tanto en la acera encuentra los números de tiza

y es ineludible; la pelota azul le sigue gustando más y en eso continúa pensando mientras salta. Son posiblemente leyes secretas que guarda el pavimento: un dibujo pintado en el suelo te invita a saltar, y "el que pisa raya come toalla". Es parte del lenguaje universal. Pueden cambiar los nombres, pero el objetivo seguirá siendo el mismo.

Así la veía alejarse cada día y debo decir que en principio no sospechaba de dónde partía su camino. Podría ser una persona cualquiera que cruza la calle, siempre a la misma hora y por el mismo sitio. Eso en realidad no me importaba tanto, en un inicio, quiero decir. Me complacía simplemente su figura a través de la ventana. Claro que la interrogante surgió en el momento exacto en que comencé a describir su andar como un "alejamiento". Uno se aleja de algo. Y si lo hace cada día en el mismo momento implica que en otro momento del día ocurre el "acercamiento". Podría ser una habitante del barrio, o alguien con amigos en la zona. Esta conclusión me obligaba a pensar que estaba perdiendo la secuencia en el sentido inverso. Perdía, tal vez por mera distracción, su imagen frente a frente. Su salto del cielo hacia la tierra. Su rostro.

Su rostro apareció casi burlándose de todos mis encontrarla. Había probado diferentes métodos: hacer coincidir el momento en que me asomaba a la ventana con el acercamiento de su cuerpo en la acera, no funcionó; cambiar de horario, y como quien no busca nada, echar un vistazo a la calle, tampoco funcionó; permanecer de espaldas al cristal y a la voz de "tres" girar el cuerpo para verla aparecer, un fracaso. Demasiadas horas tenía la jornada para descubrir la rutina de una desconocida. Desistí momentáneamente pensando que podía conformarme con su alejamiento a la caída de la tarde. Y fue así que, sin previo aviso, vino el descubrimiento.

Regresaba a casa, como de costumbre, una hora antes del café en la ventana. En la escalera me crucé con el niño de la vecina, uno de esos energéticos jovencitos de seis años, que ni las buenas tardes saben dar. Las buenas tardes a secas vinieron de la muchacha que lo seguía escaleras arriba. La *baby sitter* —pensé—, y apenas alcancé a definir su abrigo rojo con el rabillo del ojo. Una hora más tarde el humo del café invadía la ventana desde donde esperaba mi espectáculo. Un abrigo rojo apareció en mi campo visual. Ligero como el agua. Cien metros. Atravesó la calle. Quince metros más y de repente: dos, uno, dos, uno, dos. El abrigo rojo continuó su marcha, siempre pensando en cualquier cosa. Extraña coincidencia,

y extraña manía de asociaciones. De repente me vi tocando en la puerta de la vecina. Sin dar tiempo a una posible reflexión estaba allí, movido por un impulso inexplicable. Mi vecina acababa de llegar a casa. Se asombró al ver mi rostro, porque no era común que un vecino tocara a la puerta de al lado. Inventé una excusa formidable, y ella creyó mis sospechas de que el cartero hubiera equivocado la correspondencia. Me invitó a pasar mientras revisaba sus papeles. El niño jugaba en medio del salón y yo, intentando ser amable (y otras cosas que no podía explicar) hice algún comentario. Ser madre es la mejor justificación que tienen algunas mujeres para no hablar de ellas mismas. Mi vecina sonrió informándome que su pequeño comenzaba la escuela dentro de poco, que comía muchísimo y estaba lleno de energía. Agregó que por fortuna tenía una *baby sitter* que lo llevaba al jardín infantil y la ayudaba en casa, porque ella con su trabajo apenas tenía tiempo. Hice un guiño a la criatura que apenas me miró y me excusé con la madre. Mi carta no aparecía entre su correspondencia. Sentía haberla molestado y buenas noches. Ella me despidió amablemente y sin saber que a partir de ese momento los horarios de su niño comenzaban a interesarme.

Sí. Mi Maga imaginada. La figura saltarina y casi ingrávida estaba en el apartamento de al lado. Fue fácil ver su rostro. Bastó que a la mañana siguiente me parara junto al cristal un poco antes de las ocho de la mañana. La esquina ya la conocía. Ella apareció, siempre distraída. Unos metros. El juego de números de tiza eternamente en el asfalto. Nunca vi cuando las niñas jugaban. El diseño sólo servía para hacerme imaginar qué pasaba por su mente. Tal vez tarareaba alguna canción o quizá no pensaba en nada. Caminaba. Simplemente caminaba y: uno, dos, uno, dos, uno, dos, continuaba su marcha hacia mi edificio. Demasiado sencillo hubiera sido contar unos minutos y abrir la puerta. Ella me daría los buenos días (era educada). Diría “buenos días” y luego tocaría en la puerta de al lado. Yo continuaría mirándola, con ganas de confesarle que hace meses que la espío. Resultaría ridículo, sobre todo considerando que en ese momento la puerta de al lado podría abrirse y mi vecina también me daría los buenos días. Un incidente perfecto para continuar conversando una vez atravesada la puerta. Mi vecina relacionaría la visita de la noche anterior. Y las dos, sin casi conocerme, concluirían que era necesario tomar precauciones con el vecino. Entonces, apenas al inicio, terminaría el encanto.

Matarían el delirio de verte cada tarde, imaginándote Maga, motivo de mi brindis con café (descafeinado), dadora de ilusiones y, ¿por qué no?, del deslumbramiento de saber que cada día hay un ser que reserva un instante de su vida para mí.

Fue por eso que la primera vez que vi su rostro acercándose despacio, no hice más que mirarla. Su cuerpo desapareció de mi visión y yo fui junto a la puerta. Escuché cómo lentamente los pasos comenzaban a sentirse desde el primer piso, e iban agrandándose hasta llegar a mí. Casi podía sentir la respiración agitada. Los movimientos que se hacen antes de tocar a una puerta: las mujeres se arreglan el pelo y se alisan el vestido. Un respiro profundo y toc, toc. La voz de mi vecina y tu voz perdiéndose en el interior que quedaba excluido de mi oído.

Soy un hombre solo. No sé si antes tuve oportunidad de decirlo. Soy un hombre solo y mi soledad no se refiere solamente al sentido físico de la palabra. La soledad tiene diversas maneras de interpretación. En mi caso, no es una soledad enfermiza, como piensan algunos de la suya. Tampoco es una soledad por propia decisión. Es una soledad que llegó un día, simplemente, y fue quedándose. Se adueñó de mis cosas, mis palabras, mi desconcierto. Yo, ciertamente, no hice nada por evitarlo. No digo que me refugié en un montón de libros o que me inventé sueños e ilusiones. No. Yo tranquilamente dejé que se quedara. Lo demás seguía como siempre: mi gusto por leer, quiero decir, mi amor por ciertos personajes; todo eso, seguía siendo igual. La soledad vino con otras intenciones. Y es sabido que cuando se tienen intenciones, entonces las cosas toman connotaciones diversas. No existe el azar. Ni siquiera el infortunio. La soledad vino a formar parte de mi carne, sin doler. Sin siquiera hacerse pesada. Una parte. Solo eso. Redondear mi existencia: soy un hombre solo.

Yo la veía venir todos los días. Ya conocía las costumbres. Llegaba en las mañanas, recogía al niño y salían juntos. Luego debía irme a trabajar. Regresaba siempre una hora antes del café y entonces la veía alejarse. Tenía su imagen en todas las dimensiones. Tenía, además, su respiración y la voz en medio de la escalera. El agitado responder a una pregunta del vecinito, una vez llegado a casa. Por su acento supe que era extranjera. Es, además, un oficio común hacer la *baby sitter*. Luego aparecerá otra cosa, por el momento te ocupas de los niños nacionales, mientras sus madres van a la peluquería o desarrollan una carrera formidable. Todo esto

lo imaginaba yo. Ella nunca lo dijo. Quizá hasta le gustaba lo que hacía. Siempre me he preguntado si cuidar el hijo de otra no será una necesidad que nace de la imposibilidad de tener uno propio. Tal vez sirve de prueba: si soporto el ajeno, estoy lista para el mío. ¿Quién sabe? Pero eso son solo especulaciones mías. Lo importante no era el niño (para mí, claro).

Una tarde, apenas perdida su imagen al doblar de la esquina, decidí irme a la cama. Sentía un fuerte dolor de cabeza. Pasé la noche dando vueltas e intentando dormir, con mucho frío. La mañana siguiente desperté con fiebre. Luego de ver su figura aparecer y seguir el recorrido de costumbre, llamé al trabajo. Al parecer mis malestares eran provocados por el resfriado que andaba de moda. Me declaré enfermo. Con unos días de reposo, vitaminas y mucho líquido, estaría listo para recomenzar. El estado febril me impidió volver a la cama y fue por eso que pude escuchar el ruido de sus pasos en la escalera. Ella regresaba. Había dejado al niño, y entonces volvía a casa, como dijo la madre, para ocuparse de los quehaceres domésticos. Pensé que mi enfermedad me venía de maravilla. Mi apartamento colinda exactamente con el de la vecina: mi sala es su sala; mi cuarto, su cuarto. Estando atento, podría presenciar todo cuanto ocurriera del lado de allá. Y estando aún más atento, podría descubrir su respiración en cada instante.

Estuvo toda la mañana trabajando. Sentí el rumor de quien pasa una escoba canturreando bajito. Escuché la radio y sus noticias. La música de la cafetera. Pudiera haberme dedicado a descansar, pero saberla así, tan cerca, me lo impedía. Casi al dar las doce decidí comer algo. Ella, del lado de allá, trajinaba en la cocina e imaginé que almorzábamos juntos. Un rato después, y visto que mi fiebre no cedía, me acomodé en la butaca de la sala a leer. Fue entonces cuando sentí los pasos en la escalera que se detenían en mi piso. Lo más rápido que pude me acerqué a la puerta y a través del ojo de cristal, y con mucha cautela, vi al hombre que se acercaba al apartamento de al lado. El timbre sonó y por la cara del recién llegado supe que la puerta había sido abierta. Luego: el desconcierto. Una puerta que se abre significa que del lado de allá alguien corrió el cerrojo, pero ese alguien no podría ser otro que ella, visto que era la única que estaba en ese momento en el apartamento. Considerando que era la primera vez que veía aquel hombre, podía concluir que mi Maga imaginaria tenía un amigo y que aprovechaba sus horas en solitario en aquel apartamento para

hacerlo venir. Tomado con un poco de calma podía ser normal. Era una mujer joven y tenía derecho a hacer su vida como mejor le pareciera. Solo que yo estaba en el apartamento de al lado y en medio del silencio de la primera mitad de la tarde podía escucharlo todo. Una música empezó a sonar. Luego de unos minutos se escucharon risas y supe que era ella quien reía. Este nuevo descubrimiento quise guardarlo para mí: su risa.

Como ya había presenciado la llegada del hombre, entonces quise saber más. Acerqué mi oreja a la pared y seguía la música. Algunas palabras que nunca pude definir y muchas risas. Entonces, no sé por qué, quise imaginar que bailaban. Sí. Bailar a la una de la tarde no está mal, además, una mujer joven, ¿por qué no va a bailar con un amigo? Las voces fueron desapareciendo. Yo seguía con la oreja pegada a la pared y la música me llegaba perfectamente. En un momento noté que solo había música. Aparté la oreja, y por un instinto, otra vez inexplicable, me fui de la sala. Caminé por el apartamento rumbo a mi cuarto. Mi pared es la pared del otro apartamento. Acerqué una silla y, sentándome, volví a pegar el oído. No sentí voces. Del lado de allá no hablaban. Ella gemía. Tragué en seco y solo así pude reconocer, dentro de mí, que del lado de allá se hacía el amor. Y digo dentro de mí porque, fuera, ella se agitaba y hacía sonar su voz y él balbuceaba cosas. Era evidente. Aunque no pudiera percibir exactamente eso que decían, si acaso decían algo, podía imaginar que aquellos sonidos no eran otra cosa que la reacción vocal ante un estímulo físico. Demasiado estimulante, diría yo. Curiosamente, en un momento mi cara se apartó de la pared. Quizá imaginándome sin derecho. Ella no me conocía y yo sabía sus horarios y hasta el rostro de su amante. Era injusto. Salí del cuarto y fui a tomarme una aspirina. El dolor de cabeza se había hecho más fuerte. Tragué pensando en la monstruosidad que acababa de hacer. Ella hacía la *baby sitter*, quizá con algo de esfuerzo, porque el niño no parecía ser muy amable. Lo demás era admisible. A lo mejor ni siquiera tenía un sitio donde verse con el hombre que amaba. Era extranjera. Quién sabe dónde vivía, cuánto ganaba. En todas estas elucubraciones pasé aproximadamente dos horas hasta que, alrededor de las tres, sentí voces en el pasillo. Sin hacer ruido me aproximé al ojo de la puerta. Alcancé a ver el gesto de despedida que hacía el hombre y cómo se perdía escaleras abajo: contento.

Del otro lado, la música dejó de sonar. Escuché pasos

apresurados y la imaginé poniendo en orden la casa. Seguramente mi vecina no estaba enterada de nada, o tal vez, hasta tenían un acuerdo, ¿quién sabe? El asunto es que ella debería dejarlo todo en orden para el regreso de la dueña. Unos minutos después, me fui hacia el baño. Cerré la tapa del inodoro y me senté encima a esperarla. Siguiendo un proceso elementalmente lógico era de esperar que, luego del amor, viniera la ducha. Y efectivamente, sentí cuando el agua empezó a caer. Ella estaba desnuda del lado de allá mientras el líquido corría por su cuerpo borrando toda huella de caricias. Supuse sus manos deslizando la espuma, lavando todos los rincones, hurgando en la carne que yo no podía ver, pero que provocaba una leve agitación de mis músculos. Posiblemente el efecto de la aspirina había ya pasado porque mi cabeza daba vueltas rodeada de una masa densa de calores y punzadas. Determiné salir del baño y con un vaso de agua bien fría volví a engullir el medicamento.

Media hora más tarde, sus pasos en la escalera me obligaron a tomar posición junto a la ventana. Partió como de costumbre y, como lo que sería una nueva costumbre para mí, permanecí esperando su regreso. Reapareció en la esquina con el niño tomado de la mano: él, que intentaba soltarse a toda costa y ella que lo sostenía hablándole. Pasaron por encima del dibujo de tiza sin apenas notarlo, solo que, en ese momento, no sé si por pura casualidad, ella alzó la vista. Mi reacción inmediata fue esconderme tras la cortina, pero recapacitando volví a salir. Era imposible que me viera. Absolutamente imposible que a esa distancia percibiera mi figura en las alturas, sin embargo, para mí esto podía tener otro significado. Su alzar la vista justo al pasar encima del trazado era como un nuevo signo. Entonces quise presumir que se sabía observada. Sospechaba que en algún sitio, no lejano quizá, había un ser que reservaba un instante de su vida para ella.

Ese ser era yo que sonreí cuando su imagen desapareció de mi vista y fui despacio hasta la puerta.

Afuera vinieron las risas del niño y su carrera escaleras arriba. Ella, detrás, pronunciaba palabras: medio de regaño, medio en broma; hasta que abrió la puerta del apartamento y el ruido de ambos pasó a formar parte de ese rumor colectivo que comienza al finalizar la tarde.

Para no perder el mínimo detalle en los días siguientes, tomé una libreta donde anoté sus horarios: hora de llegada, salida con el

niño, regreso sola, salida de la tarde en busca del pequeño, regreso y hora final de partida, ese instante que yo conocía perfectamente: el que esperé junto a la ventana para ver su espalda una vez más. Y esta vez, sin posibilidad de escapatoria, como en cada alejamiento, la trampa de la acera: dos, uno, dos, uno, dos, hasta perderse. Para mí, la visita del mediodía era un hecho casual, así es que determiné un apartado diferente donde anotaría los eventos casuales. “Hoy su novio vino a verla: hicieron el amor.”

Al otro día, por fortuna, mi resfriado continuaba intacto. Al teléfono, mi jefe sugirió que tomara una semana para recuperarme y acepté sin objeciones. Pasaría siete días con ella. Cada uno en su apartamento, pero cada vez más cercanos. Con este propósito coloqué sillas junto a las paredes estratégicas, y cada una la situé encima de una alfombra. De este modo podría moverme de habitación en habitación sin hacer el menor ruido. Frente a la puerta también coloqué una alfombra y decidí dejar el ojo de cristal abierto, para que cualquier eventualidad pudiera ser observada.

En la mañana estuvo trabajando, como de costumbre. Yo imaginaba sus brazos moviéndose veloces. Colocando en su sitio todo cuanto el niño se encargaría luego de desordenar. Escuché las noticias del mediodía provenientes de la radio, y almorzamos juntos, como el día anterior. Luego me tendí en el butacón de la sala. Ella puso una música suave y supuse que reposaba. Estuvimos descansando alrededor de una hora, hasta que repentinamente comencé a sentir pasos en la escalera. Algo parecido a la tristeza recorrió mi piel. Hubiera preferido que la visita de su amante fuera una cosa esporádica, pero allí estaban sus pasos acercándose a mi piso. En puntas de pie, fui hasta la puerta. La cabeza del hombre apareció, y luego el pecho, y el resto del cuerpo, solo que, no era el mismo hombre. Quizá un visitante de los apartamentos de arriba, consideré inmediatamente, pero su sonrisa en dirección a la puerta contigua, me hizo cambiar de idea. Desapareció tragado por el apartamento donde ella lo esperaba con una música muy suave.

Permanecí recostado a la puerta, no sabría definir cuántos minutos. En ese tiempo inventé realidades diversas. Existía la posibilidad de un hermano, un pariente, o cualquier cosa similar. Tal vez un viejo amigo del país de origen que traía noticias de los suyos. A fin de cuentas era libre de recibir a quien quisiera. Sin darme cuenta comencé a caminar en dirección al cuarto, siempre en puntas de pie. Allí me acomodé en la silla y pegué la oreja al muro.

No. El hombre no era hermano, ni pariente, y además no traía noticias de nadie. La cama golpeaba contra la pared a un ritmo demasiado acompasado para mi oído que, del lado de acá, escuchaba. Ella volvía a gemir. Se repetían las quejas de la tarde anterior, solo cambiaba el timbre de la voz del acompañante; y la expresión de mi rostro: eso también cambiaba. Mi gesto pasaba del asombro al espanto; del sobrecogimiento al desconcierto, para al final dejarme una tristeza extraña. Me fui dejándolos en el cuarto. No quería escuchar más. Decidí esperarla en la sala y, mientras tanto, ya pasada la impresión inicial, podría elaborar mis teorías. Verdaderamente yo nada sabía de ella. Uno de los dos podía ser el novio y el otro el amante. O quizá uno el ex marido con el que aún se tienen ciertos lazos difíciles de romper. De cualquier forma, era evidente que se encontraba en una situación embarazosa, y muy probable, además, que no supiera cómo resolverla.

Cuando sentí nuevamente la puerta y los pasos del hombre en el pasillo, eran alrededor de las tres. Tomé mi libreta de anotaciones y, yéndome al baño, escribí: “Hoy un desconocido vino a verla: hicieron el amor”. Pensé que con el pasar del tiempo llegaría a descubrir la identidad de los dos hombres. Lograría entrar en sus secretos, descubrir cada padecimiento, cada duda. Lo importante era la convicción de estar cerca. Saberme al alcance de su mano, aunque no sospechara mi presencia. Eso por el momento no era importante. El agua de la ducha comenzó a correr del lado de allá e imaginé la espuma arrancando los fragmentos del cuerpo de aquel hombre. Sentí que con sus manos intentaba eliminar cualquier indicio, por mínimo que resultara. Ella purificaba su cuerpo para donármelo íntegro en mi visión de la tarde. Para llegar ligera y casi etérea al rito de los pasos en la acera, el juego de los números, el salto hacia mi cielo.

Una semana más tarde llamé a mi jefe. Aunque del resfriado no quedaban secuelas, logré convencerlo de que todo andaba mal. Fingí que me faltaba el aire y, colocando un pañuelo encima del teléfono, conseguí simular afonía. El se mostró muy preocupado y me concedió una semana más de reposo. Colgué unos minutos antes de irme a la ventana para verla regresar, ya sin el niño. En esos momentos puedo decir que estaba casi seguro de saber qué pasaba por su mente cuando atravesaba la calle. Se sentía sola. Era eso. Sola y acaso demasiado frágil para afrontar la vorágine de sus días. Cada tarde era un rostro distinto el que subía la escalera. Un nuevo

hombre a quien abría las puertas del apartamento y de su cuerpo. Una voz diferente que llegaba distorsionada a través del muro de mi cuarto, donde yo esperaba, paciente y silencioso, esperaba el suspiro final, y la retirada del amante.

Alguna vez estuve tentado a salirle al paso al nuevo desconocido. Afrontarlo exigiendo retirada. Abofetearlo en pleno rostro para verlo rodar escaleras abajo. Solo para que ella supiera que no estaba sola. Yo existía a unos metros de su cuerpo y su imagen era mi fantasma del atardecer. Aquella figurilla grácil y pacífica que jugaba a los saltos en el piso.

Fue por esto que determiné salir del anonimato. Poco a poco iría haciendo viva mi presencia. La mañana en que mi jefe me concedió otra semana de reposo, esperé a que ella regresara y, como de costumbre, comenzara sus labores domésticas. Entonces salí a la calle intentando no hacer ruido con la puerta. Afuera estuve poco tiempo, solo el necesario para hacer algunas compras y entre ellas un ramo de tulipanes. Cuando regresé, me acerqué en puntillas a su puerta. Adentro la sentí canturreando. Sonreí. Abrí mi puerta con mucha delicadeza, coloqué un tulipán a los pies de la suya, soné el timbre y con el mayor cuidado entré a mi apartamento cerrándolo a mis espaldas. En el pasillo se sintió su voz preguntando quién tocaba. Luego, unos minutos y el ruido del cerrojo. Ella apareció frente a mi ojo de cristal con la flor en las manos. Se acercó a la escalera, miró hacia abajo, miró hacia arriba, y volvió sobre sus pasos. Transcurrió un rato hasta que se reanudaron los rumores del lado de allá. La imaginé curiosa, y quizá, ¿por qué no?, un tanto inquieta, pero esto solo duraría unas horas. Después del mediodía su amante de turno estaba allí, otra vez golpeando contra mi pared, con ese martillar constante y, por momentos, demasiado veloz para mi gusto.

Al día siguiente repetí la operación. Otra vez su voz preguntando y mi cuerpo apenas apoyado contra la puerta. Salió al pasillo con la flor entre las manos, pero entonces bajó los escalones. La vi regresar y continuar escaleras arriba. Cuando volvió a bajar, se detuvo un instante mirando al piso, y entonces: sus ojos. Levantó la vista y la fijó en mi puerta. Yo sentí que algo se estremecía muy adentro y no pude hacer otra cosa que aguantar la respiración. Ella dio unos pasos y se colocó justo delante de mi ojo de cristal. Temí por un momento que descubriera mi pupila, pero era imposible. Solo mis latidos agitados podrían darle alguna razón de sospecha.

Ella estaba allí, apenas a unos centímetros de mis manos que no podían tocarla como lo hacían los otros. Como lo haría el que vendría horas más tarde. Como lo seguirían haciendo, sin escrúpulos, sin detenerse a pensar en su soledad y la mía, y en los tulipanes que se marchitaban, quién sabe si en el florero o sencillamente en el fondo de la basura.

Esa tarde, luego de su mirada, me sentí desvanecer. Estaba nervioso, inquieto, demasiado impaciente y entonces no quise asistir a la llegada del amante. Me vestí deprisa y en silencio salí de casa, pensando que un paseo al aire libre me vendría bien. Casi sin darme cuenta tomé su rumbo. Atravesé los cien metros, crucé la calle, y unos pasos más allá descubrí el dibujo de tiza en la acera. No había mucha gente en la calle. Era mediodía. Miré hacia todos lados con cautela y entonces salté: dos, uno, dos, uno, dos. Me detuve en el cielo y respiré profundamente. Algo, similar a una alegría muy profunda y por tanto insospechada, comenzó a recorrerme. Giré el rostro y desde mi posición pude observar mi ventana. Si yo estuviera del lado de allá mirándome, yo, desde el lado de acá, nunca sería capaz de descubrirme. Un simple problema de relatividad. Aparté mis pies del dibujo y, ya más calmado, continué mi camino.

Debía regresar antes de las cinco, que era la hora en que solía andar a buscar al niño. Así fue que pasadas las cuatro y considerando que el amante ya se habría marchado, llegué al edificio. Subí despacio y en silencio, pero a pocos escalones de mi piso, sentí un portazo. Por un momento imaginé que me vería frente a frente con el tipo y una ola de rabia comenzó a invadirme. En su lugar apareció ella. No supe si moverme o salir corriendo escaleras abajo. Me dio las buenas tardes, y yo, tratando de aparentar naturalidad, contesté. Entonces mis pies rompieron lentamente con su estática. Fui saliendo del estupor con la misma velocidad con que iba entrando en la duda de si ella habría notado algún gesto impropio en el rostro del vecino. Cerré la puerta a mis espaldas y no fui capaz de asomarme a la ventana. En ese momento no. Luego la sentí regresar con el chiquillo que gritaba, y todo, absolutamente todo, volvió a la normalidad. Mientras la veía alejarse, una hora después, pensé en la posibilidad de detenerme un instante. No darle la flor al día siguiente. Dejar que mi cabeza se refrescara un poco. Solo que esto podía ser una señal para que nacieran sospechas, sería un modo de decirle sin palabras: “soy yo, soy el que te observa, soy

yo”. Así, lleno de dudas, me fui a dormir.

Al otro día desperté en calma. Los sucesos de la mañana transcurrieron regularmente y quizá por esto me sentí más seguro. Si había comenzado con el juego, tendría que jugarlo. Puse el tulipán delante de su puerta y, unos segundos antes de cerrar la mía, sentí que abría los cerrojos. Esta vez no preguntó quién tocaba. Salió en silencio y fue a sentarse en el peldaño de la escalera. Entonces, y como hacen las niñas, comenzó a arrancar lentamente los pétalos. Sus labios eran bien visibles: “me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere”. Permaneció unos minutos observando el tallo deshojado y luego se levantó sosteniendo el delantal donde reposaban los restos de la flor mutilada. Pasó delante de mi ojo sin levantar los suyos. Sentí que me moría. Di la espalda y suspiré. Del lado de allá se estaría cerrando la puerta, sólo que en lugar de los cerrojos, el ruido del timbre de mi apartamento me hizo estremecer. Tragué en seco y sin respirar volví a girarme. Mi campo visual estaba cubierto por su semblante. Volvió a tocar el timbre, esta vez largamente, y yo aparté la cara de la puerta. Temía que pudiera sentir mi sudor y el bombear agitado dentro de mi pecho. Ella hizo un mohín con los labios y se apartó bruscamente. Entonces escuché el portazo del lado de allá.

Fui deslizando mi espalda por la madera, hasta terminar sentado en el piso. No sabía qué pensar, y tampoco tenía la certeza de haber sido descubierto. El hecho de tocar en mi casa era tan solo para comprobar si había alguien, porque ya estaría convencida de que quien le regalaba flores vivía en el edificio.

Esa tarde no vino nadie a visitarla y esto me pareció buena señal. Ella, quizá, consciente de mi presencia, había reparado en que la soledad no es una compañera sempiterna. Que, a veces, justo al doblar de la esquina, hay alguien que te busca. Alguien que espera al final del juego a que llegues saltando: dos, uno, dos, uno, dos, y todo continúa. Por mi parte, la piedra había sido lanzada y ya no me quedaba otra opción que seguir con las casillas.

Dejé pasar una jornada sin nuevas señales. Esa tarde tampoco hubo visitas al apartamento de al lado. Todo transcurrió como en un compás de espera. Tiempo de cuerdas en reposo. En todas las horas no hice otra cosa que imaginarla, tan cautelosa como yo, recostada a la puerta para sorprender el momento de la entrega de la flor. La interrupción de sus visitas masculinas eran un símbolo:

esperaba por mí. Cuando la vi alejarse, supuse que en algún espacio de su mente mi imagen descansaba. Ella atravesó la calle, subió la acera y continuó la marcha. Casi sin darse cuenta pisoteó el dibujo y entonces quise presumir que ya su paso no era aquel, un tanto ligero y libre de inquietudes, sino que marchaba conmigo. Ya no era la espalda que se aleja, sino el rostro que se acerca, muy despacio, y siempre más.

Al juego le quedaban pocas casillas donde tirar la piedra. La mañana siguiente la despedí desde el cristal, mientras acompañaba al niño. Tenía aproximadamente unos veinte minutos. Salí al pasillo y con tizas de colores dibujé los números: 1 – 2,3,4 – 5,6,7 – 8... El diseño comenzaba al final de la escalera y concluía frente a mi puerta. Era fácil. Se trataba de dejarla subir, liviana como de costumbre, y luego conducirla. Hacer inevitable la suspensión de sus pasos. Su reparo consciente ante mi cuerpo que la estaría esperando del lado de acá. Yo en esos momentos no tenía nada que perder. Lo único que me quedaba era esta urgencia de expulsar la soledad de mi casa.

Cerré la puerta y, colocando mi ojo en el círculo de cristal, me dispuse a esperarla. Primero apareció su cabeza, luego el torso, y entonces su cuerpo todo se detuvo en el último escalón. Observó el dibujo un tanto desconcertada. Sus ojos siguieron el recorrido de los números que se detenían en mi puerta, pero no alzó la vista, más bien diría que se esforzó en mantenerla baja. El estupor de su rostro se me antojó maravilloso. Estaba ante el inicio del fin de tanta soledad. Tantas horas inútilmente perdidas en brazos anónimos, cuerpos frívolos y carentes de sensibilidad. Ella suspiró profundamente y entonces, con mucha prisa, caminó hacia su puerta. Por el sonido que provocaban las llaves, supe que estaba nerviosa. Yo también lo estaba, y acaso mucho más. Sabía que era difícil aceptarlo. Es terriblemente difícil reconocer que de repente nuestros desasosiegos pueden desvanecerse, así, como si nunca hubieran existido. Y que de improviso ya no tengas necesidad de tanta dispersión para huir del desamparo. Sentí que del lado de allá comenzó una música. Un sonido algo estridente para el gusto que yo le conocía, pero era de esperar: ella estaba nerviosa.

En toda la tarde no se escuchó más que la música. Permanecí sentado junto a la pared de su sala con el oído bien atento y me levanté solo un cuarto de hora antes de que fuera en busca del niño. Desde el ojo de cristal descubrí que el dibujo ya no estaba. Quizá

fue un descuido mío, pero era evidente que mientras la música acallaba otros rumores, tuvo oportunidad de salir y limpiar el pasillo. Una reacción normal. El juego era nuestro y no había necesidad de provocar indiscretas preguntas en el chiquillo, que vendría después. Esa tarde, mientras caminaba de regreso, detuvo sus pasos justo frente al diseño de la acera. Quedó inmóvil por unos segundos y entonces alzó su vista, girando la cabeza en dirección a mi ventana. Yo sabía perfectamente que desde su posición no descubriría mi rostro, pero sospechaba que en ella existía la certeza de saberme aquí. Entonces le sonreí en silencio. Fijó su vista en mi ventana por unos segundos y luego giró, continuando la marcha encima del dibujo.

Quedaba entonces solo una larga noche en la que apenas pude dormir. De todos los rincones de mi cuarto saltaba su imagen, unas veces hacia mí y otras en sentido inverso. La mañana me sorprendió fatigado. Era el último día de la segunda semana concedida por mi jefe y, producto de esto, me sentía agitado, demasiado nervioso, diría yo. Junto a la ventana tomé el café (descafeinado), y la vi venir con su rostro mañanero. Luego serví otro café que bebí entre risas observando cómo se empeñaba en arrastrar por el brazo al niño que quería saltar sobre el dibujo. Una escena digna de anotar en mi libreta, solo que, desaparecidos los personajes tras la esquina, tenía veinte minutos para mi próximo paso. Salí al pasillo y volví a pintar, con tizas de colores, el diseño, esta vez con una pequeña diferencia. Los números comenzaban al finalizar la escalera y avanzaban hacia mi apartamento. En la puerta dibujé el cielo, el número final, el salto que la llevaría al interior de mi mundo. Entré a casa dejando la puerta ligeramente entornada. Yo esperaría adentro, recostado a la pared en dirección a la abertura por donde ella debería aparecer. Terminé la operación unos minutos antes de descubrir su figura en la calle y, unos segundos después de perderla, me recosté al muro. Sus pasos comenzaron a sentirse desde el fondo y luego más fuerte hasta la pausa. Detuvo su andar, imagino, al percatarse del dibujo y la sugerencia. Yo tragué en seco y comencé a sentir que las manos me sudaban. Luego escuché cinco pasos y la puerta comenzó a abrirse.

Ella estaba en el umbral de la entrada mirándome muy seria. Caminó en silencio, cerró la puerta a sus espaldas, encendió un cigarro y se recostó a la pared. Todo lo hizo con una excesiva calma que se me antojaba un martirio. Un juego de escenas en cámara

lenta, algo similar a un hielo que se va derritiendo mientras mueres de sed.

—¿Puedo saber qué quieres?

Era la primera vez que sus palabras venían dirigidas a mí. Sabía de su risa y sus lamentos, de sus cantos y sus conversaciones, pero lo que no sabía, y solo entonces descubría no haber imaginado nunca, era cómo sonaría su voz delante de mí. Tragué en seco, mientras ella suspiraba soltando el humo, sin dejar de mirarme.

—Dime qué quieres y podemos llegar a un acuerdo...

—No, no digas nada... —interrumpí y mi voz sonó como una súplica. Traté de incorporarme tomando una posición más cómoda, pero sentía el cuerpo helado y como si una nudosidad se hubiera instalado en el interior de mi cuello impidiendo la salida del sonido. Me aclaré la garganta y continué—. No digas nada, por favor, soy yo quien debe hablar. Lo sé todo, ¿sabes? Absolutamente todo. Hace tiempo que te espío. Conozco tus horarios, tus costumbres, tus aflicciones, conozco la angustia de tu vida, lo conozco todo.

—Todo... —dijo ella aspirando el humo en una profunda bocanada, y no supe definir si en su palabra había algo de pregunta o simple confirmación. Quizá el aceptar nuestra complicidad, su alivio consciente al saberse desnuda y transparente para mí, me produjo cierta seguridad y entonces volví a recostarme a la pared para continuar con la palabra.

—Sí, absolutamente todo. Hace un montón de días que vivo contigo. Sé que llevas al niño, luego regresas a limpiar la casa y después del mediodía vienen ellos —ella intentó decir algo, pero no lo permití—. Por favor, soy yo quien tiene que hablar, déjame explicarme. Desde hace mucho tiempo no hago otra cosa que observarte y escuchar lo que sucede en el apartamento de al lado. No existe nada que no conozca, he estado muy atento y por eso lo he entendido todo perfectamente.

Tragué el nudo de mi garganta. Ella aprovechó el instante sin palabras para lanzar el cigarro contra el piso en un gesto que me resultó rabioso.

—¿Y entonces? ¿Cuánto vale tu silencio?

—Mi silencio... —sonreí ligeramente recordando su imagen a través de la ventana y todo ese universo de señales y sonidos acallados—. Mi silencio ha sido demasiado largo, casi agónico. Todas estas horas andando a hurtadillas, para que no supieras que estaba aquí. Para que no sospecharas mi presencia del lado de acá

descubriendo tu vida. Empecé siguiéndote a través de la ventana y luego ya me fue imposible escapar. Ya no pude liberarme, hasta que poco a poco, casi sin darme cuenta, comencé a entrar en tu pensamiento; y descubrí entonces, con inmensa ternura, que la soledad se había instalado dentro de tu cuerpo hacía demasiado tiempo, como un día hizo la mía, y siendo así, ya no nos quedaba otro remedio que hacer algo.

Mientras hablaba, mis ojos se apartaron intentando revivir los días pasados. Cuando terminé volví a mirarla. La expresión de su rostro había cambiado. Sus ojos me fijaban con algo de incierto, y un esbozo de sonrisa, apenas delineado, podía adivinarse en las líneas de su boca.

—¿Soledad? ¿De qué tú estás hablando?

—Hablo de tu soledad y de la mía, por supuesto... —bajé la cabeza un poco apenado, pero quise continuar—. De que desde hace mucho tiempo eres el único motivo de mi vida. Sé que a veces estamos llenos de miedo y atormentados por la angustia no somos capaces de dar el paso justo. Entonces, quizá, vivimos momentos de desórdenes, pero es pasajero. Importante es descubrirse, y descubrir, sobre todo. Yo te descubrí, y ahora sé que los dos buscamos lo mismo.

Ella giró la cabeza, tal vez para no dejarme notar el gesto hilarante que se dibujaba en su rostro. Quedó detenida por un momento, fijando la vista en el piso y pensando quién sabe qué. Yo la observaba ansioso, hasta que suspiró profundamente y sin alzar los ojos, incorporó la cabeza.

—Soledad...

Murmuró muy despacio y comenzó a caminar hacia mí sin levantar la vista, como siguiendo un dibujo imaginario del piso. Yo no podía moverme, pero no sé por qué comencé a experimentar una cierta tranquilidad. Ella detuvo sus pasos junto a mi cuerpo. Los latidos agitados de mi corazón fueron la única cosa que nunca pude controlar, el único ruido que llegó a delatarme. Su cabeza comenzó a levantarse a mi costado, sin fijarme con los ojos, rozando apenas su mejilla con la mía para llegar al oído y murmurar con dulzura.

—Si te sientes solo... cómprate un perro en lugar de estar metiendo las narices en la vida de los otros...

Besó mi mejilla y comenzó su retirada lenta. Otra vez la espalda, ahora tan cerca que con el más ligero movimiento podría alcanzarla, pero yo no podía. Estaba como petrificado. Abrió la

puerta y sin voltearse dijo lo que imaginé sería la despedida.

—La próxima vez, pregunta, antes de obligar a la gente a renunciar a sus trabajos. Nosotros buscamos cosas muy distintas... De cualquier forma, gracias por los tulipanes.

Su cuerpo se escurrió siempre despacio. Yo sentí que en el reloj las horas comenzaron a pasar, acaso demasiado rápido, porque en un momento me descubrí en medio de la oscuridad sin haber percibido los ruidos cotidianos. Permanecí allí, recostado a la pared, hasta que no pude con mis piernas y me deslicé hasta el piso. Quise no pensar. Creer que su visita había sido un sueño, otro delirio más, un producto de la fiebre que tal vez nunca había pasado. La incertidumbre es una condición apabullante, y mucho más cuando es producto de la propia conciencia. El único problema era mi obstinada negativa al entendimiento. Ese sutil empeño de cerrar los ojos y mantenerlos quietos.

El lunes siguiente ella no volvió, ni antes de las ocho, ni después. Ni cuando comenzaba a caer la tarde en la hora del café descafeinado. Ni en los días sucesivos. Pasó la semana y solo el sábado tropecé en la escalera con el chiquillo de la vecina. La filipina que lo traía de la mano sonrió bajando la cabeza y el niño me dirigió una extraña mueca. Entonces supe que ella no vendría nunca más. Eran cerca de la una. Entré a mi apartamento y con cierta pesadez en los pasos alcancé la ventana. Cien metros más allá se extendía el dibujo. A esa hora descubrí que las niñas comenzaban a jugar.

ANDANTE

Problemas del corazón
(o dificultad de ruptura)

Yo te imploro,
arráncame el corazón, o ámame.
P.A. OSORIO (Martinete a don Juan)

Estaba desorientado. Luego de transcurridas dos horas de la llamada de ella, no había hecho otra cosa que dar vueltas por la habitación tratando de idear un discurso coherente. Se preguntaba a qué tendría que apelar esta vez. ¿De qué mieles y jugos y licores varios nutriría su apología? Desde el equipo de música llegaba la voz de Martirio con esas coplas de amor y de abandono; y él, que sabía del primero, pero no quería conocer del segundo, revolvía sus ideas tratando de dar con la disertación apropiada. El único problema era que justamente sus discursos prolongados eran una de las causas fundamentales de los cientos de transformaciones que sufría el rostro de ella cada vez que (según él, sin quererlo) proponía una separación amistosa.

Por esta ocasión tendría que comportarse diversamente. Tendría que acudir a un laconismo, nunca antes practicado. Tratar de alcanzar el punto justo, sin tanta verborrea, las palabras necesarias que portaran a la comprensión del asunto, sin disquisiciones extras.

En este sentido debía reconocer que ella era verdaderamente admirable. Conformaba sus argumentos con oraciones cortas, bien concisas, y luego con eso de “al pan: pan, y al vino: vino” cerraba toda tentativa de comentarios posteriores. El único problema era que ese modo de ser se convertía en una de las causas fundamentales de las cientos de transformaciones que sufría el rostro de él cada vez que (según ella, sin quererlo) rebatía la propuesta.

Faltaba una hora para la cita y ya le parecía estarla escuchando: “Debemos terminar”. Así, sin más explicaciones, hablaría ella. Luego, como de costumbre, se recostaría encendiendo un cigarro.

El, amante de la lógica, preguntaría el por qué, y ella, suspirando sin mirarlo, agregaría: “Porque ya no te soporto”. Sencillamente así podría terminar la escena, solo que él, enemigo del silencio y de la incomunicación, se vería obligado a encontrar explicaciones a este hecho tan falto de argumentos. Entonces comenzaría del principio: de cuando se conocieron, las experiencias pasadas, de la necesidad del ser humano de estar en compañía, todo lo que ella en apariencia pretendía olvidar. De esta forma estaría hablando hasta que alguien anunciara el cierre del bar. Luego se irían de la mano, conversando animadamente —él— y fijarían la cita del día siguiente. Un beso y hasta mañana. No se hablaba más del asunto hasta que ella no volviera a recordarlo.

Siempre igual, solo que esta vez al teléfono ella había sido un poco más locuaz: “Tenemos que vernos”, dijo, “pero te concedo solo tres oraciones, hoy la que va a hablar soy yo”. El encuentro sería dentro de aproximadamente una hora y él ya llevaba dos pensando cómo reducir su discurso a tres oraciones. ¿Cómo evitar la ruptura en tan poco espacio de tiempo? Quizá bastaría mirarla y suspirar, pero le resultaba poco. El amor necesita monumentos, pensaba él. Requiere vocablos que se levanten en espirales hacia el cielo, o catacumbas que se extiendan bajo nuestros pasos. Es demasiado grande para dejarlo andar. Ella tenía su amor, ¿acaso no le bastaba? Varios años de frecuentarse, amigos comunes, cines en las noches; todo un sistema tan bien estructurado no podía ser destruido por semejante terquedad. Además, ¿en quién volcaría todo su universo de palabras? Los discursos que ella recibía desde la boca de él, siempre tan verboso, tan carente de pausas. Al final siempre lograba convencerla, y si lo conseguía, era porque indudablemente no valía la pena lo contrarío. Ella no tenía razones. Quedaba siempre sin palabras, muda en la avalancha. Víctima de un estado hipnótico producido, sin dudas, por el deslumbramiento. Y era su rostro (el rostro de ella) lo que provocaba en él el respiro, luego del punto final. La enorme complacencia de saber que el silencio otorga las verdades.

Sin embargo, esta vez ella había sido más explícita. El podría incluso, en una gran demostración de suspicacia, entregarse en un torrente barroco de palabras, sin signos de puntuación: la oración que tiende al infinito. Esto resultaría original y quizá funcionaba como estrategia. Pero ella, tan lacónica, quería tres oraciones. Nada más.

Cuando miró el reloj, era ya pasada la hora del encuentro. Tragó en seco y se acomodó en el asiento. Había escogido una mesa apartada del bar. Ella llegaría de un momento al otro y aún no sabía qué decir. Lo único que tenía seguro era que debía hablar primero. Aunque fueran pocas palabras, tendrían que ser suyas las primeras, porque de esto dependía el desarrollo de las reflexiones posteriores.

—¡Hola! —dijo la muchacha colocando la cartera encima de la mesa para luego sentarse con una sonrisa dibujada en los labios.

—¡Hola! —respondió él sintiendo que el corazón comenzaba a batirle. (Primera oración. Oración perdida —pensó.)

—¿Hace mucho que esperas?

Él negó con la cabeza haciéndole una seña al camarero para que sirviera dos cafés. Ella se recostó a la mesa apoyando los codos.

—¡Qué cara tienes, hombre! ¿No te habrás molestado porque llegué con unos minutos de retraso? ¿No? Es que tuve que hacer unas compras antes de venir. Tú vives a pocos metros de aquí, pero yo estoy lejos y hoy hay un tráfico terrible. La gente está como loca en la calle.

—No importa —contestó él arrepintiéndose al momento por pronunciar palabras vagas. Era la segunda oración y por lo tanto solo le quedaba una.

El camarero sirvió los cafés. El colocó el azúcar en la tazas y ambos se entregaron al movimiento de las cucharitas que giraban dentro del líquido. Repentinamente él se detuvo y agarró la mano de ella quien alzó la vista sorprendida.

—Yo te imploro, arráncame el corazón o ámame.

Tercera oración y final del discurso. Su mirada —la de él— quedó clavada en las pupilas del lado de allá. El café continuó girando lentamente dentro de las tazas, víctima de la inercia y del desinterés de los dos, que se miraban sin palabras. Ella tragó en seco, apartó su mano dulcemente y fue inclinando el cuerpo hacia adelante. Su mano antecedía el movimiento paulatino de todo el conjunto: mano, brazo, cuerpo; como si la dilación fuera la justificación del acto. Como si toda acción fuera consecuencia de la inercia sufrida segundos antes por el café. Una concatenación de hechos irrevocables.

Cuando la mano tocó el pecho de él, sintió el calor que desprendía el cuerpo, como una suave bienvenida. Una indulgente invitación a penetrarlo. Ella clavó sus dedos dispuestos en círculo y se fue hundiendo sin apenas notarlo. La carne fue tragándose las

falanges y parecía como si fuera el pecho quien quisiera violentar la mano ajena. Esa mano de mujer que se perdía rompiendo el tórax, hasta llegar al músculo deseado. El corazón estaba allí, en su habitual empeño de recoger sangre e impulsarla. La mano lo bordeó sin querer, en principio, tocarlo, solo sentir las vibraciones y vaivenes. Imaginar válvulas y ventrículos, aurículas y arterias, segundos antes de ser desprendidos de su origen. Bien valía la pena cerrar los ojos y dejarse andar en el goce del tacto, pero la mano, incapaz de detenerse, fue cerrando el círculo hasta percibir que su piel se humedecía y comenzaba a bombear al compás del músculo danzante. En ese momento, algo parecido a un temblor recorrió el brazo, pero este ya comenzaba su recorrido a la inversa. El corazón aferrado a los dedos y el pecho despedía a la mano intrusa que escapaba. Todo muy lentamente. Hay tardanzas que bien merecen un poema.

Cuando los ojos de ella pudieron ver su mano, no supo definir si era sorpresa o alegría. El corazón de él estaba allí, aún latiendo. De la masa muscular se desprendían líquidos que corrían, mano abajo, hasta caer hechos gotas en el piso. Ella no supo qué decir. Era demasiado hermoso, demasiado inusual. Le dedicó su mirada por varios minutos esperando que en algún instante dejara de latir; pero el corazón seguía inmutable. Como si su ordinario afán de bombear no necesitara más que del propio concepto. Tu deber es latir: ¡entonces late! Y él continuaba sus rítmicas contracciones y dilataciones al vacío.

Ella comenzó a inquietarse. Había, sin dudas, que hacer algo. Arrancar un corazón no se justifica con el mero hecho de la observación. En la simbología de los enamorados, los sentimientos se esconden dentro de este pedazo de carne. Si pudiera determinar —pensaba ella— si fuera capaz de descubrir dónde estaban las pasiones de él, bastaría arrancarlas. Cortar las arterias que conducían a la expansión de tanto afecto. Detener la contaminación del resto del organismo, hacerlo olvidar que alguna vez latió por ella. Su rostro se acercó a la mano y comenzó una minuciosa práctica de olfateo. Con lo ojos cerrados, la nariz recorría todos los espacios para tratar de reconocer su propio perfume o algún aroma conocido. El corazón olía a humedad y cosas vivas. Nada revelador. Luego pasó al oído. La oreja se movía lenta y a su paso sentía un ritmo *pianissimo*. Como de un metrónomo oculto bajo la almohada. Basta hacer silencio y el tiempo se sigue marcando, tic-tac, o bom-

bum, o dim-dom. Continúa latiendo para anunciar que vive.

Pensó ella, entonces, que vista su incapacidad no valía la pena mutilar al azar a un corazón tan obstinado. Podría, en cambio, comérselo. Engullirlo todo y hacerlo desaparecer en su organismo. Dejar que sus jugos gástricos se encargaran del proceso, que se repartieran los pedazos digeridos y cada uno tomara rumbo propio. Con esto, claro, corría el riesgo de absorber tóxicos. Si se ponía de mala suerte los fragmentos del amor de él, hechos sustancias, podrían comenzar a circular por sus venas. Y en una de esas hasta le podría sobrevenir un ataque de amor propio. Se imaginó caminando por la calle y que, de repente, sin poder evitarlo, le entraran ganas de besarse. La gente la miraría con cara extraña mientras ella se besaba sus manos y sus hombros, gritando hasta desgañifarse que se quería, que estaba enamorada de sí misma. Una escena, sin dudas, alarmante. Ella se tocaría la cara y sonreiría de placer, jurando que no había persona en el mundo que quisiera más que a ella misma. Diciéndose “cariño” o “amorcito mío”. Ridículo de tan solo imaginarlo. Permitir que el corazón de él se esparciera en su interior no la liberaba del problema, sino que conducía a propagarlo.

El músculo continuaba bombeando cada vez más acomodado dentro de la mano. Como si siempre hubiera sido este su recinto. Entonces fue que pensó en tirarlo a la basura. Podría salir a la calle con el corazón envuelto en una servilleta. Con naturalidad. Simulando quien camina comiendo algo y de repente pierde el apetito. Se trataba de alzar la vista y localizar el cesto más cercano. Entonces, siempre con naturalidad, acercarse, echar la servilleta dentro con todo su contenido y alejarse normalmente. Sin mirar a ningún lado, y mucho menos el reloj porque puede resultar sospechoso. Esa sería una buena manera de librarse del problema. Solo que sospechaba, y, con buenas razones, que el problema seguiría latiendo y contagiando con sus contracciones a todos los desperdicios del bidón. Imaginemos que en una de esas, ya noche avanzada, viniera alguien de aquellos que hurgan en los latones tratando de encontrar cosas útiles. Cuál no sería su sorpresa al encontrar, envuelto en una servilleta, y por tanto intacto, un buen pedazo de carne. Claro que, a esa hora de la noche, no se pondría a averiguar de qué parte animal provenía el hallazgo. La servilleta sería sustituida por otro material protector y el corazón al caldero. Filete de corazón, o corazón en salsa con papas. El amor de él se

multiplicaría. Contagiaría a gente desconocida por ella, y quién sabe si en la calle comenzaran a perseguirla. Hombres y mujeres declarándole su pasión, su necesidad de hablarle. Esperándola ocultos tras los árboles para a su paso regalarle flores y miradas lánguidas. Organizando clubes de admiradores. Una situación insostenible. El amor a veces puede convertirse en un hastío.

Era extraño, pero aún seguía siendo bello: un corazón en la mano. Un género viviente, casi inofensivo, y ofensivo a la vez, por su porfía. Ella alzó el brazo inclinando un poco la mano hacia arriba, formando un canal, un pasaje descendiente por donde podría deslizarse hasta reventar contra el piso. Era demasiado hermoso. El corazón aferrado a su mano latía sin cesar, sin pausas intermedias, sin importarle nada. O importándole todo. Quizá el hecho de latir acompasadamente no era más que un signo de desesperanza. Un intento suicida de ganarse el derecho a seguir viviendo. La única cosa que sabe hacer un pobre corazón es contraerse y dilatarse y este lo sabía hacer perfectamente. Tal vez tirándolo a los perros dejaría de moverse. Los perros de la calle que andan oliendo los rincones y metiendo la nariz en todas partes. Podrían comérselo de un tirón, casi sin masticarlo, y luego lamerían el piso para no dejar huellas. Era una opción posible. ¿Cómo reaccionaría un corazón enamorado dentro del vientre de un perro? Otro problema de contaminación, naturalmente. Si había algo que ella no soportaba era que un perro le lamiera la cara. Y si era de esos que le aúllan a la luna, en cada plenilunio estaría obligada a comprarse tapones para los oídos. El perro dicen que es el mejor amigo del hombre. El más servil —pensaba ella— y si, para colmo, estaba enamorado, no se libraría de la salivación constante y el movimiento de la cola. Además, con el olfato que tienen los animales, no podría esconderse. De un hombre se puede escapar, un perro te sigue hasta el fin del mundo.

Arráncame el corazón o ámame. Su primera reacción había sido la más sensata, y el resultado estaba en su mano. Desde hacía mucho tiempo intentaba decirle que no lo amaba. Es más, casi llegó a detestarlo por sus peroratas interminables. Esa manía de colocar una palabra encima de la otra, y otra más, y así construir un castillito que luego le caía a ella en la cabeza. Ella que, por no escucharlo más, aceptaba su mano y dejaba pasar el tiempo. Pensando que quizá al otro día encontraría razones convincentes. Los motivos del desamor suelen ser más complicados. Uno dice: “de

pronto dejé de amarte", pero entonces vienen los "¿por qué?" Y es justamente la evasión a esta pregunta la que antecede la omisión de la sentencia.

Tuvo ganas de levantarse, tirar el corazón al piso y saltarle encima. Aplastarlo con el peso de su cuerpo. Ver cómo los latidos iban cesando mientras sus tacones arrancaban los pedazos. Y luego, si entraba la Policía, no dejarse agarrar. Saltar más fuerte, esquivar las manos de los otros, no permitir interrupciones en la tarea de asesinar a un corazón tan terco. Pero el músculo seguía reposado en la palma de su mano y era casi tierno. Era pequeño y frágil, y entonces sintió que su corazón —el de ella— se achicaba conmovido. Experimentó el encogimiento de su músculo. La languidez de sus palpitaciones y un inoportuno malestar. El corazón de él latía siempre con más fuerza. Ella acercó su boca y lo besó. Contempló por última vez sus movimientos: se contrae, se dilata. Tarea fácil —se dijo haciendo un gesto de rechazo—. Difícil es latir de desamor.

Entonces su brazo empezó a moverse lentamente. Casi guiado por instinto fue acercándose al pecho abierto. Se introdujo en el agujero y volvió a sentir la humedad del interior. No tuvo necesidad de movimientos bruscos porque el músculo se deslizó precipitadamente. Como quien regresa a casa, abandonó la mano sin muestras de cortesía y reanudó la fiesta del bombeo irrefrenable. Ahora solo quedaba pronunciar las palabras de siempre y esperar a que él rebatiera como de costumbre. Que le hablara del amor y construyera todo un paraíso del que ella no sería capaz de escapar. Bastaba acomodarse, encender un cigarro y la mente volaría por medio de las palabras. Ella detestaría que el reloj continuara caminando mientras el otro hablaba sin cesar, pero no importaba. Su corazón se hacía pequeño. Se volvía incapaz de detener con sus latidos, los latidos de aquel, incesante y caprichoso.

Suspiró tolerante. Retiró la mano deprisa y limpió su humedad con el borde del mantel. Entonces bebió el café y, suspirando de nuevo, colocó los codos encima de la mesa.

—¿No vas a decir nada más?

—Dijiste que hoy hablarías tú, yo ya consumí mis tres oraciones.

Ella sonrió amablemente.

—¡Qué exagerado eres, hombre!, pero si así lo quieres, hablo yo. Quería decirte que... Debemos terminar.

El hizo un intento de suspiro que terminó en una mueca. Tomó

la taza de café y bebió de un golpe, para volver a recostarse. Ella lo observaba inquieta.

—¿No vas a preguntar por qué? Tienes derecho a otra oración, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque ya no te soporto.

Dijo estas palabras tomando un cigarro de la caja. Del otro lado no llegó respuesta alguna. Ella se recostó cómodamente y comenzó a tamborilear con los dedos encima de la mesa. Entonces él levantó la vista. La observó con cierta lentitud mientras los minutos pasaban sin palabras. Quiso definir en su rostro cada mínimo detalle, descubrir la huella de aquello que lo sedujo la primera vez que se vieron. Ella callaba y esto seguramente atrajo su atención. Entonces se preguntó si en realidad la amaba. El reloj seguía contando y solo se escuchaba el tamborilear de los dedos en la mesa. Era aburrido. Era absolutamente tedioso estar en compañía de alguien así. Si al menos tuviera la oportunidad de expresarse, la situación tomaría sentido, pero ella tan terca no quería palabras. Entonces descubrió, no sin cierto fastidio, que tendría que encontrar otra persona. Ella ya no le gustaba. Es más, comenzaba a detestarla por su frialdad y total indiferencia.

Cuando se levantó metiendo la mano en su bolsillo, ella no supo qué decir. El sacó la billetera y colocó encima de la mesa el dinero del café. Entonces ella, agarrándolo del brazo, interrumpió lo que sena un gesto de despedida.

—¿De veras no tienes nada más qué decir?

—Si quieres hablar más tarde, llámame.

Contestó él apartando la mano que le impedía el paso. Ella no quiso darse la vuelta. Apoyó los codos y reposó sus mejillas encima de las manos. Sorprendida. Estupefacta. No vio cuando él atravesó la puerta caminando ligero. Ella fijaba su mirada en las últimas gotas del café que quedaban en la taza. Y entonces no pudo ver a través del cristal cómo él se detenía en medio de la acera, y con naturaleza de gestos, metía su mano derecha en la parte izquierda del pecho. Ella fijaba las gotas. El palpó su corazón y lo extrajo con un brusco ademán. Sin sentir dolor alguno observó la rigidez del músculo. Espió el cese de sus latidos. Ella comenzó a sentir que otra vez su pecho se achicaba y un cierto bombear apresurado le invadía el cuerpo. El miró hacia todos lados. ¿Para qué sirve un corazón sin sentimientos? Sin dudas, para nada. Se aproximó a la esquina y tiró

en un rincón el músculo inservible. Entonces cruzó la calle silbando tranquilamente y, unas cuadras más allá, se perdió en la entrada del edificio.

Ella continuó mirando las gotas hasta que el camarero vino a recoger las tazas. Se incorporó confundida. Después de la ruptura tocaba comenzar desde el inicio y esto era realmente trabajoso. El camarero preguntó si deseaba algo más. Ella requería un teléfono. Salió del bar sintiendo su corazón pequeño y lleno de culpas. Su cuerpo, todo, se encogió de pena. Sus oídos precisaban amor, aunque fuera simplemente construido de palabras. En la esquina encontró el teléfono. Marcó el número y del otro lado él contestó. Ella suspiró pacientemente dispuesta a la escucha. Los minutos continuaban pasando sin prisa y, mientras tanto, vio cómo se acercaba un perro callejero. Lo observó sentarte frente a ella, mostrándole su lengua. Jadeante y con un persistente movimiento de la cola, el perro la miraba. Insistentemente la miraba.

La estrategia

La primera vez que lo vi fue en una conferencia en el instituto donde yo trabajaba. El era un talentoso psicólogo, medio tiempo e interesante, conocido por su trabajo con grupos de jóvenes. Me senté a escuchar el discurso sobre alcoholismo y al momento supe que era el hombre de mi vida. Sé que en algún lugar del mundo existe alguien que espera por nosotros. Yo lo había encontrado. A partir de ese momento comencé a elaborar la estrategia para llevar a cabo nuestro amor: absoluto, ineludible, afortunado.

Yo escribía cuentos. Era joven y apenas conocida. Él se me antojaba una suerte de Dios que aparecía en todas las tertulias literarias y presentaciones de revistas, pero siempre demasiado austero. En principio me dio pena que su profunda entrega a la psicología moderna le impidiera dedicarse a buscarme, pero determiné que no debía imponerme. No podía ser la jovencita fascinada que se acerca al tipo de experiencia y de ahí nace el romance. No. Nuestro amor era algo puro, definitivo y concluyente. Debía llegar despacio. Empecé entonces a escribir diferente. Abandoné mis antiguos temas políticos y me dediqué a hurgar en la psiquis humana. Esto era algo que llamaría su atención.

La primera oportunidad de acercamiento fue aquello que escuché en uno de los pasillos del instituto donde trabajaba. Hacía poco la radio había dado la noticia de una joven promesa de las artes plásticas premiada en un concurso importante en Barcelona. La novedad corrió de boca en boca y la muchacha se hizo famosa de la noche a la mañana. Aquel día, caminando por los pasillos del instituto, escuché casi sin quererlo.

—¿Tú sabes con quién está empatada la pintorcita?, con el psicólogo que dio la conferencia aquí.

Me hizo gracia pensar cómo un hombre tan inteligente como él, era capaz de invertir energías en romances que no llegarían a ninguna parte. Descubrí que estaba confundido e inmediatamente

supe que debía organizar la situación. Yo tenía que propiciar nuestro encuentro y la pintora podía servirme de señuelo. Entonces ella se convirtió en mi objetivo.

La ventaja era que pertenecíamos a la misma generación y por tanto acudíamos a sitios comunes. Ella acompañada de mi psicólogo y yo al acecho. Un día alcancé mi primer premio en un concurso y el cuento fue publicado. La noticia corrió de boca en boca.

—Un cuento transgresor, inusual, interesante.

Eso dijo ella un tiempo después, la tarde que nos presentaron en aquella exposición. Sin dudas la pintora quería conocerme, lo supe por el brillo de sus ojos. Mi psicólogo movió la cabeza agregando que el cuento era muy bueno y yo sonreí sabiendo que lograría la amistad de la muchacha.

A partir de ese día, ella empezó a saludarme. Su obra no me interesaba, pero revisaba los catálogos dando muestras de gran admiración. En cambio ella se notaba impresionada con mis escritos y yo le prestaba cuentos convencida de que en las noches se los leería a él. Mi nombre se fue haciendo conocido, hasta que llegó el momento de dar un paso superior. Todo estaba planificado. Cuando me encontré con ellos, comenté con la pintora mi interés de hacer algo en conjunto. Se me ocurría pensar en una lectura de mis cuentos acompañando una exposición de ella. A la pintora los ojos le brillaron y él movió la cabeza sonriendo.

Todo estuvo perfecto. La galería se llenó de sus cuadros, que presenté con gran respeto. Luego vino mi tumo. Mientras leía, levantaba la cabeza para observar cómo el hombre de mi vida me miraba, al lado de su amante de tumo. Yo sabía que ese día cambiarían las cosas. Mis cuentos sobre alcohólicos, suicidas y homosexuales, eran algo que un psicólogo como él no podía pasar por alto. Y así fue. Cuando terminamos propuso un brindis en su casa. Sonreí y nos fuimos con un grupo de amigos.

Era un apartamento lindo, perfectamente amueblado y lleno de cuadros en las paredes. La pintora estaba emocionada y hablaba de continuar proyectos en conjunto. Hablaba y hablaba, me presentaba personas mientras yo seguía con el rabillo del ojo al amor de mi vida. En un momento en que me dejó sola, tuve la oportunidad de acercarme a él.

—A casa puedes venir cuando quieras, siempre serás bien recibida y, si mi ayuda te sirve de algo, no tengo ningún inconveniente en dártela.

Eso fue lo último que dijo el psicólogo antes de que uno de sus amigos lo apartara de mi lado. Me quedé mirando por la ventana y pensando que acababa de abrir las puertas a mi amor. La pintora me ayudaría a alcanzarlo. Ella se acercó con nuevos tragos y sonreí dispuesta a escuchar el proyecto que acababa de ocurrírsele.

Unos días más tarde estaba nuevamente en el apartamento, visitando a la que planifiqué convertir en mi mejor amiga. Ella resultaba buena persona, bastante sensible y con una sonrisa que a veces se me antojaba demasiado infantil. Me recibió con el rostro ojeroso y de la sala pasamos a la habitación donde hacía sus trabajos. Pidió que no hiciera ruido porque él dormía en el otro cuarto, y me brindó café.

—Disculpa, te pedí que vinieras para comenzar con el trabajo, pero hoy estoy muy disociada, es que anoche tuvimos una discusión terrible, nosotros discutimos mucho, ¿sabes?

Su rostro demacrado y la noticia de que la relación no andaba bien, me parecieron magníficos para continuar mi plan. Cuando la gente se deprime, le cuenta sus problemas al primero que aparece, y yo le merecía confianza. Fue así cómo supe que ella no lo amaba. En principio, el romance anduvo bien, pero ahora estaba en crisis.

—Es muy egoísta, ¿sabes? Y además... su gran problema... te lo cuento porque sé que entiendes de estas cosas, él es alcohólico y cada vez que se emborracha es un infierno.

El amor de mi vida era un alcohólico y mi gran amiga una muchacha dependiente e insegura. Era justo lo que necesitaba. A partir de ese momento mis visitas se hicieron más y más frecuentes. A veces pasábamos horas planificando el proyecto que tenía ella de hacer pinturas con mis textos. Otros días simplemente conversábamos y así fui conociendo cada detalle de mi gran amor, los rincones de su casa, el bar lleno de botellas vacías y las neurosis de su amante. Ella era de provincia. Ese apartamento era el único lugar en la ciudad donde podía vivir. Por otra parte, afirmaba que era donde encontraba calma y seguridad para continuar su obra. Yo le brindaba mi amistad y trataba de alargar las horas para coincidir con la llegada de mi hombre.

Un domingo, decidí esperar afuera del apartamento hasta que la vi salir. Un rato más tarde estaba parada frente a la puerta. El amor de mi vida me recibió invitándome a esperarla. Accedí. El regreso de la pintora demoró horas. Yo acepté la invitación a almorzar y luego el trago que ofreció mi psicólogo para hacer grata la espera.

El se veía un poco cansado, así es que decidió acompañarme en la sala, en lugar de trabajar. Conversamos. Propuse que le traería mi último libro de cuentos y aceptó. Vi cómo servía nuevamente los vasos y sonreí. Era la primera vez que estábamos solos.

—Eres una mujer inteligente, me gustan las personas inteligentes y tu compañía es realmente muy agradable.

Yo no era simplemente una mujer inteligente, sino que era la mujer de su vida; pero eso era algo que él iría descubriendo poco a poco. Por el momento, mi labor era lograr que la otra se fuera de casa con sus pinturas y su risita infantil.

Al otro día, la pintora telefoneó diciendo que necesitaba verme. Por un momento pensé que mi visita le había molestado y acudí con una justificación y buena dosis de paciencia. Ella me condujo al cuarto, muy nerviosa.

—Tienes que ayudarme, eres mi mejor amiga, discúlpame por haberte hecho esperar ayer, pero cuando llegué lo encontré borracho, dije que me iría de casa a cualquier sitio y me dio un bofetón agregando que se siente responsable de mí y por tanto no me dejará ir.

Mi amiga, la pintora, empezó a llorar y yo pasé mi mano por su pelo agregando que buscaríamos un lugar, por el momento debía cambiar de cuarto. No podía permanecer con un alcohólico que, además, la golpeaba. Ella me abrazó sollozando y no sentí lástima. Sentí más bien una extraña complacencia.

Los días siguientes estuvo mal. Decidió mudarse para el estudio y respiré aliviada. Del simple saludo a mi psicólogo, ya había pasado a momentos de conversación. Prometía que leería mis cuentos en cuanto el trabajo le diera oportunidad. Una noche dejé a mi amiga en su cuarto y, antes de llegar a la puerta, él me alcanzó.

—Tienes que ayudarme... ella es una neurótica depresiva y veo que tu amistad le hace bien, te ruego que si puedes, vengas todos los días.

Di un beso de despedida en el rostro de mi gran amor y acepté su propuesta. Una semana después, ella pidió que me quedara. Era sábado y temía que su ex amante volviera a emborracharse y la golpeara. Me quedé. El no se emborrachó, permaneció toda la noche en su cuarto y en la mañana desayunamos juntos mientras ella aún dormía. Apareció en el comedor cuando tomábamos el café y fumábamos. Dio los buenos días sonriendo y se sentó con nosotros.

—Parecemos una familia —dijo y me miró—. Tú deberías quedarte a vivir aquí.

—No me parece mala idea. ¿Por qué no te quedas con nosotros?

Cuando mi gran amor dijo esto, sentí que el café salía por mi nariz y el humo del cigarro se perdía en mi garganta. Tragué en seco y sonreí. Ellos me miraban alegres. Al otro día, regresé llena de maletas a lo que sería mi futuro apartamento de casada. Estuve tentada cuando pasé por la puerta del cuarto de mi amor; pero continué caminando e instalé mis cosas en el estudio, donde vivía la pintora.

La vida en casa se organizó muy bien. Todos los días me iba al instituto, él a la universidad y ella se quedaba en el cuarto que apestaba a óleo. Luego cenábamos juntos. Mi máquina de escribir la coloqué en la sala, porque la pintora dormía toda la noche. Yo permanecía junto a ella, con sus proyectos locos y sus conversaciones, luego le daba un beso y me iba a escribir.

Un día, cuando regresé de la calle, la encontré llorando. Acababa de romper un cuadro. Dijo que su vida era una nulidad infinita y sentí pena. Entonces se levantó agregando que quería morir, se cortaría las venas. Traté de calmarla y ella me abrazó. No quería que la dejara sola. Ya en esos momentos, en verdad, le había tomado cariño, así es que decidí acompañarla hasta que se quedó dormida. Por la noche, él apareció en la sala. Se veía agotado. Brindó de beber y se sentó junto a mí.

—Hoy no quiso hablarme en todo el día... eso me preocupa, la última vez que intentó suicidarse pasó el día sin hablarme —levantó la vista e intentó sonreír—. Tú te has convertido en una persona muy importante en esta casa, ¿lo sabes? —bebió de un sólo golpe—. Yo a ella nunca la he amado, para mí es como una niña que tengo que proteger, justamente eso, una niña frágil.

Terminó de hablar y se recostó en mi regazo. Yo bajé la cabeza y sentí que algo extraño comenzaba a dar vueltas por la sala. Quise decir algo pero, ¿qué? Hasta el momento todo había sido perfecto, no podía violentar el final. Solo que algo muy adentro se revolvía, una mezcla de culpas y de lástima y a la vez amor por este hombre. Suspiré profundamente y sonreí, así son las reglas del juego, éramos: o ella o yo. Si ella era más débil, entonces yo debía encontrar la solución.

Una tarde decidí emborracharme y contarle toda la verdad. Era sábado y él no estaba en casa. Ella pintaba en su cuarto. Yo

comencé a beber mientras escribía un cuento. Cuando vino a la sala proponiendo que comiéramos algo, me encontró un poco mareada y sonrió.

—No te preocupes, prepararé algo para las dos. Tú, sigue escribiendo.

Se fue a la cocina y yo me mordí los labios. Después de todo era mi amiga. Volví a morderme los labios y serví otro trago. Mi farsa tenía que terminar. Cuando me llamó a la mesa, ya estaba un poco borracha.

—¿No esperamos por el hombre de esta casa?

—No, siéntate, él no va a venir.

Me parecía mejor que no estuviera presente, así podríamos hablar en calma y evitar peores consecuencias. Lo único que resultó extraño fue su certeza y entonces quise saber. Ella se metió el tenedor en la boca, masticó, tragó y bebió un poco de agua.

—Contigo no puedo tener secretos... sabes que él es alcohólico, pero ese no es su problema, es más bien la consecuencia. La causa de su alcoholismo es la represión. Ha pasado toda la vida muy reprimido, ¿sabes?, la universidad, el nombre que tiene, esas cosas... este fin de semana no vendrá a casa porque fue con su amante a un sitio lejano.

—¿Su amante? —balbuceé apartando el plato y ella volvió a meterse el tenedor en la boca.

—Sí, es un muchacho de la universidad, un alumno. Ha estado aquí alguna que otra vez, es uno rubio, alto, no sé si te has fijado.

La pintora siguió masticando con total naturalidad, hasta que alzó la vista preguntando qué pasaba. Me levanté bruscamente y comencé a dar vueltas. Llegué a la sala y bebí un trago directamente de la botella. No sabía qué hacer. Ella me observaba mientras yo bebía deprisa. Quería emborracharme. Sentí mucha rabia, y seguí bebiendo. Por primera vez fue ella quien me abrazó para consolarme. No quería que me dejara sola. De repente me levanté furiosa y dije que quería morir. Rompí el vaso contra la mesita y quise cortarme las muñecas, pero ella lo impidió. Me condujo a nuestro cuarto y por el camino di una patada en la puerta del cuarto de él. Yo llevaba la botella, así es que seguí bebiendo. Me abrazó. Besó mi mejilla todavía preguntando qué pasaba conmigo. Sentí que su voz sonaba infantil y me dio rabia pensar que todas sus depresiones y neurosis eran porque sabía que su amante tenía otro amante que era hombre. La furia me hizo golpearla. Al momento

sentí pena y la abracé. Ella me habló al oído. Intentó darme calma, pero yo quería vengarme, de ella, por loca y estúpida, y de él ¿por qué?, no lo sé, quería vengarme. Sentí rabia y ternura, furia y soledad y, entre rabias y furias y ternuras, hicimos el amor.

Al otro día desperté con un fuerte dolor de cabeza. Me incorporé en la cama. Estaba confundida y un poco ebria aún. El olor a óleo del cuarto me dio náuseas. Ella abrió la puerta con una bandeja en las manos, "desayuno de campeones", dijo sonriendo, y colocó junto a mí el desayuno con un ramo de flores.

—Tengo un regalo para alegrarte la mañana —dijo besando mis labios con un beso que no me supo a nada.

Caminó hacia el caballete y lo giró hacia mí. Descubrí que detrás de millones de trazos, se dibujaba mi rostro sobre el lienzo.

—Hoy es el día más feliz de mi vida, el más feliz de nuestras vidas, ¿sabes?, yo sabía que esto iba a ocurrir... —la pintora dio unos pasos y se sentó al borde de la cama sin dejar de mirarme— no hace falta que digas nada, anoche lo dijiste todo —sonrió y se mordió los labios— pero contigo no puedo tener secretos, todo estuvo planificado desde el principio —noté el brillo en sus ojos— cuando te vi supe que eras el amor de mi vida, conocí tus cuentos y me dediqué a buscar un señuelo para atraerte, ¿quién mejor que mi psicólogo, no?, por eso vine a vivir aquí, a él le convenía una mujer en casa, por las apariencias, ¿sabes?, pero nunca tuvimos nada, lo de los golpes y las peleas era mentira, él es simplemente mi psicólogo y nunca supo nada de mi plan —la pintora me miró entusiasmada—, ahora todo será perfecto, su amante puede mudarse para acá, todos pensarán que somos dos parejas y seremos dos parejas, sí, un tanto diferentes, pero felices —sonrió con ese incandescente brillo en los ojos— si no me amaras, yo sería capaz de cortarme las venas; pero anoche cuando gritaste "eres el amor de mi vida", entonces confirmé que mi estrategia no fue en vano, sé que en algún lugar del mundo existe alguien que espera por nosotros, yo te encontré, tú eres el amor de mi vida, mi gran amor: absoluto, ineludible, afortunado...

El viaje

E senza fame senza sete
e senza aria senza rete
voieremo via.
FRANCESCO DE GREGORI (*La donna cannone)*

Aperitivo

—Disculpe, en estos momentos no tenemos mesa libre, si lo desea puedo invitarla a esperar unos minutos en el bar, señora...

"Esperar en el bar, señora..." Gabriela estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo ante el rostro del joven camarero que tan gentilmente sonreía. Odiaba los restaurantes y los aeropuertos y las esperas en el bar, aunque por esta vez podía tomárselo con calma. Llevaba dos horas dando vueltas por los salones del aeropuerto, observando apenas las vidrieras, tropezando con viajeros con la prisa de gastarse los últimos centavos en recuerdos inútiles o aprovechando los mostradores libres de impuestos. Ahora estaba cansada, era hora de almuerzo y había decidido sentarse con calma en el mejor sitio, solo que no había puesto y le tocaba esperar. Nada de esto ocurriría si el viaje hubiera sido organizado con calma, bastarían un avión, un té, las primeras páginas del periódico y ya estarían llamando para el próximo vuelo. La prisa de las últimas horas hicieron que Gabriela comprara la primera combinación que encontró y con esta su estancia de más de medio día en la estación aérea. Lo peor era que hasta había olvidado llevar un libro o una de las revistas que le gustaba leer y no tenía ánimos para adentrarse en las terribles noticias que de costumbre anunciaba la prensa. Estaba cansada, simplemente así, con ganas de cerrar los ojos y abrirlos nuevamente en un lugar distinto.

—¿Señora...?

Reaccionó cuando el camarero volvió a llamarla. "Señora..." Casi parecía una burla. Gabriela echó una ojeada al pequeño salón y por un momento tuvo la intención de desistir y retirarse a una butaca

cualquiera a esperar pacientemente. De cualquier forma, no tenía hambre, como siempre. El hecho de verse a la entrada de un restaurante sin mesas vacías resultaba irrisorio. Era demasiado fuera de lo común: Gabriela + sola + restaurante. Si la vieran sus amigas pensarían que había enloquecido, y quizá algo de esto existía en su decisión de almorzar. El joven hizo un gesto gracioso abriendo los ojos y ella le dedicó una sonrisa de disculpa.

—Sí, esperaré en el bar.

—De acuerdo, señora, por aquí, por favor...

—Señorita, llámeme señorita —aclaró por fin antes de dirigir sus pasos adonde indicaba el camarero.

El restaurante tenía pocas mesas, una vista panorámica del aeródromo y la barra donde Gabriela se acomodó pidiendo un martini seco. No imaginaba que, incluso en un lugar como este, podía encontrar todos los puestos ocupados. En su recorrido había visto las cafeterías abarrotadas de personas y justamente por eso no quiso acercarse. Necesitaba un puesto tranquilo donde pasar el tiempo, sin disturbios. El joven camarero comunicó que una de las mesas había pedido el café, así es que, con suerte, antes de terminar el aperitivo ya estaría acomodada.

—¿Se puede fumar aquí?

—Cómo no, señorita... —dijo el muchacho alcanzándole un cenicero y suspiró complacida. En dos horas solo había logrado un cigarro en la restringida área para fumadores. Además, su complacencia se debía al acertado término. “Señorita...” ¿Qué diría Daniel si le permitieran ver la escena? La situación parecía mejorar o al menos eso se empeñaba en creer. Ella estaba allí, fumando un cigarro serenamente, mientras en una ciudad cercana, Daniel seguramente aún no había notado su ausencia. Estaría como de costumbre en alguna reunión, firmando papeles o envuelto en diligencias de las que Gabriela nunca llegó a entender mucho. Lo importante era que ella estaba allí, esperando que los señores de la mesa de la derecha terminaran el café que acompañaban con una amena conversación.

Apagó el cigarro apenas por la mitad y bebió un sorbo de martini. Se preguntaba qué pensarían los comensales del restaurante si supieran que la mujer de la barra estaba escapando. Como situación no era divertida, pero visto en tono de broma podría resultar gracioso. Tomar un micrófono, por ejemplo, y acercarse mesa por mesa preguntando: “¿y usted qué cree de

aquella mujer?” Siempre había sentido curiosidad por saber qué pensaban los otros de ella. Cómo la veían. Cierto que con las dietas continuadas y la asiduidad al gimnasio había logrado mantener la figura. Y luego… aquella pérdida del apetito en los últimos tiempos. Gabriela sonrió al descubrir la pareja sentada a la mesa de la izquierda. Ladeó la cabeza para no resultar impertinente y bebió otro sorbo. Juntos podrían pesar 300 kilos.

Entrante

Algo llamaba su atención en la mesa de la izquierda. Gabriela levantó la vista como quien trata de observar el panorama a través del ventanal y fue así como pudo echar una ojeada, disimuladamente, a la pareja. La primera impresión podía resultar repugnante. El hombre vestía una camisa blanca que parecía sufrir encima de las formas convexas de su cuerpo. Al cuello, colgaba la servilleta. Tenía los codos apoyados encima de la mesa y en una de las manos sujetaba el pedazo de pan que llevaba a la boca para triturarlo con el movimiento circular y armónico de su mandíbula. Unos centímetros debajo de su rostro, en línea recta, estaba el plato; un poco más allá, la copa de vino. Haciendo una ligera inclinación en avance, los ojos de Gabriela tropezaron con la copa de vino de la mujer y luego con su plato, lleno de trozos de jamón y queso, donde un tenedor pinchaba y se alejaba y volvía a pinchar. El centro de descarga era la boca de la mujer, que desde la posición del observador solo mostraba su proyección lateral. Instintivamente, Gabriela acercó una mano a su vientre: era liso. Todo lo contrario del vientre observado. La gorda llevaba un vestido negro con pequeñas florecillas verdes y un collar de cuentas aguamarinas en perfecta combinación. Sus gruesas pantorrillas quedaban al descubierto y los pies se perdían debajo de la mesa. Sin dudas, una escena repelente para el gusto de Gabriela que cambió la vista hacia su copa temiendo resultar indiscreta.

Los de la mesa de la derecha continuaban con su animada charla, así es que encendió otro cigarro. Se preguntaba cómo una mujer podía dejarse engordar de esa forma. ¿Acaso no tenía espejos en casa para descubrir que era repulsiva? Ella nunca se había permitido un kilo de más. Rechazaba las formas redondeadas, e incluso la sola mención de un embarazo le provocaba escalofríos. Afortunadamente hacía mucho tiempo, tanto para ella como para Daniel, ese argumento había dejado de existir. Intentó imaginar cómo resultarían aquellos dos en una cama y casi tuvo que taparse

la boca para no vomitar. Presumía una suerte de amorfo conjunto de carnes y pellejos sudorosos, y bastó la hipótesis para sentir que su estómago se retorcía. Apagó el cigarro y tuvo ganas de levantarse y echar a correr por todo el aeropuerto mientras esperaba su próximo vuelo. Por fortuna, la idea no persistió, o ella quiso que así fuera. Bebió otro pequeño sorbo y respiró profundamente tratando de calmarse.

Una vez, el psicoanalista había dicho que el respiro profundo ayudaba a relajarse o, al menos, calmaba la constante necesidad de movimiento. Era la época en que Gabriela comenzó a hacer sus largas caminatas. Se levantaba bien temprano, preparaba el desayuno de su esposo y se iba a la calle para recorrer varios kilómetros a pie. Las tardes las pasaba en el gimnasio con las amigas. Fue también la época en que empezó a vomitar, pero en esos momentos no quiso contarle nada al psicoanalista. El no la entendería, como no la entendió después. A fin de cuentas, no la había entendido nunca. Su función parecía ser la de uno que está allí sentado con la boca abierta esperando que le coloques los billetes en la lengua. Y ella, como una drogada, no solo se los colocaba, sino que continuaba yendo. Hacía años que estaba en análisis y nada había cambiado, sin embargo, un buen día, de la noche a la mañana, se encontraba lejos de todo y de todos, parecía un sueño...

—Disculpe, señorita, la mesa está lista, por favor...

La sonrisa del camarero acompañaba un gesto de cortesía que le resultó gracioso. Gabriela se levantó tomando la cartera y agradeciendo la gentileza. Ni siquiera se había percatado de la salida de los otros. El joven colocó la copa con el martini a medio tomar y le extendió la carta. Ella agradeció diciendo que lo llamaría cuando estuviera lista. Bebió otro pequeño sorbo del aperitivo y alzó la mirada. Justo a unos metros, en línea recta, quedaba la gorda de la mesa que acababa de convertirse en la mesa de enfrente. Desde allí, Gabriela podía detallarla en su proyección frontal. Ambos habían terminado el entrante y seguramente esperaban el primer plato, mientras tanto, él comentaba cosas que, en apariencia, eran muy interesantes, porque su interlocutora no le quitaba los ojos de encima.

Según Gabriela, eso de sentarse uno junto al otro, en lugar de uno frente al otro, no estaba bien. En los restaurantes, Daniel siempre quedaba enfrente de ella, en una mesa para dos era mucho

mejor así. Y si así hubieran hecho los gordos, al menos ahora ella no tendría que mirar la papada y las roscas que se formaban en el cuello de la mujer. Por un momento pensó en la posibilidad de cambiar de asiento. Bastaría colocarse al otro lado de la mesa y la visión quedaba anulada. Claro que esto podría ser considerado como un gesto de mala educación, en un lugar pequeño darle la espalda a los demás no es muy correcto. OK. Podría soportarlo. La gorda se echó a reír cuando su compañero terminó de hablar y comenzó a acariciarle un brazo, como si el mostrar los dientes no fuera un signo suficiente de aprobación. Gabriela apartó la vista abriendo la carta.

Primer plato

Como si no bastara con haber tenido el coraje de dirigirse sola al restaurante, y aun esperar, ahora tenía ante sí una larga lista de platos. Su función en estos momentos era elegir entre sopas, pastas, carnes, ensaladas y toda suerte de combinaciones de alimentos. Cierto era que el martini, sorprendentemente para ella, le había abierto un poco el apetito. Considerando que estaba sola y que la espera sería larga, se dispuso a leer detenidamente las líneas del repertorio. Así acostumbraba a hacer en casa con los ingredientes de cada nueva receta. Leía con cuidado y luego preparaba con gran pasión la cena que los invitados de Daniel comerían con muestras de entusiasmo y sorpresa, porque la patrona de casa apenas probaba bocado.

—¿Le ordeno algo de beber, señorita?

Otra vez la voz del camarero. Ella incorporó la cabeza en el momento en que en la mesa de enfrente servían dos abundantes platos de espaguetis.

—Agua, por favor, quiero tomar agua, gracias.

Volvió a la lista tratando de no ver cuándo los espaguetis comenzaban a ser absorbidos por los dos monstruos rechonchos. Era fastidioso, por más que se empeñaba en concentrarse en leer la carta, su mente no hacía otra cosa que imaginar a la pareja. Contemplar a los demás comiendo, siempre le había provocado cierto placer. Las cenas de Daniel eran así. Ella pasaba la tarde en la cocina, apenas dejándose asistir por la muchacha que la ayudaba en casa. Servía la mesa respetando todas las reglas y entonces disfrutaba los elogios, las mandíbulas en movimiento, la satisfacción en los rostros y hasta los lamentos de las mujeres por romper con sus dietas. Estaba convencida de que varios negocios de su marido

se habían concretado en la sobremesa, cuando ella servía los licores y Daniel invitaba a los hombres al salón.

El camarero trajo el agua, interrogando amablemente si deseaba ordenar. Gabriela se excusó pidiendo otro tiempo, aún no había decidido. Tomó elegantemente la copa y, mientras bebía, pudo observar a los de enfrente. El hombre ya tenía la servilleta manchada de tomate y la mujer enrollaba el tenedor furiosamente. Gabriela pudo percibir el brillo de sus ojos y detalló segundo a segundo, como una imagen en cámara lenta, el viaje de la mano desde el plato hasta la boca que esperaba abierta la llegada de la carga. La gorda engullía los cilindros y los que quedaban afuera se iban deslizando suavemente hacia el interior, movidos por una fuerza de tracción enorme. Era casi cómico, pero a Gabriela le venían ganas de llorar. No entendía cómo una mujer tan voluminosa podía comer con tanta complacencia. Era ofensivo. Comía, y cuando le quedaban restos de tomate en la boca, miraba a su pareja y sonreía. ¿Qué quería decir esa sonrisa? Acaso: ¡mírame, soy una puerca! ¿Qué quería decir?

Gabriela colocó la copa encima de la mesa y volvió a la carta. Una puerca, sí... una puerca se sentía ella cuando los invitados de casa se marchaban y Daniel, vaso en mano, comenzaba a acercarse. Ella lo esquivaba con la excusa de poner orden en la cocina, pero hasta allí la seguía él argumentando que al día siguiente la muchacha se ocuparía de dejar todo en orden, que para eso le pagaban. Cuando lograba abrazarla por la espalda, ella provocaba con algún movimiento brusco que el contenido del vaso amenazara con botarse. Entonces tenía el pretexto del vestido. Hubo un tiempo en que Daniel apenas se inmutaba, caminaba despacio siguiendo los pasos de su mujer mientras comentaba que la comida y el sexo eran los mejores placeres de la vida. Gabriela se encerraba en el baño a quitarse el maquillaje, y sentía que del lado de allá él comenzaba a canturrear, un poco ebrio. Bastaba abrir el grifo y sentarse encima del inodoro a esperar. Su marido trabajaba mucho durante toda la semana, el cansancio unido a dos vasos de whisky, eran suficientes para hacerlo dormir. Lo conocía perfectamente. Sabía que la tregua había dado lugar a su victoria, y como consecuencia, podía salir tranquilamente. Le quitaba los zapatos, la camisa, el pantalón, colocaba malamente el piyama encima de su cuerpo y lo tapaba con las sábanas. A estas alturas ya había perdido el sueño y entonces se iba a la cocina a fumar un cigarro. Casi involuntariamente,

intentaba organizar la vajilla sucia y entonces venían los olores: restos de salsa en los platos, algún trocito de carne, una gota de aceite. Gabriela abría el refrigerador y, como mendigo hambriento, comenzaba a comer. Se preparaba bocadillos que bajaba con leche. Tenía hambre, un hueco inmenso en el centro del estómago, ganas de masticar, tragar y seguir masticando, hasta que ya no podía más y entonces venía la náusea. Se sentía sucia, impura, inmunda como una puerca, sí, como una puerca.

Segundo plato

Cuando consideró oportuno contarle al psicoanalista, este arqueó las cejas de manera extraña. Gabriela no entendió por qué, un *raptus* de hambre podía tenerlo cualquiera. ¿Acaso era tan difícil entenderlo? El mismo había insistido siempre en que debía comer con regularidad. Gabriela no creía que la voracidad nocturna fuera algo que solamente afectara a su persona. De cualquier modo, como situación, no podía considerarse terrible, existía un método sencillo para enmendar el error. Casi se sintió aliviada cuando su analista apoyó las manos encima del escritorio para afirmar: “y entonces vomitas”. Vomitaba sí, y aunque podría asegurarse que en los inicios le resultaba un poco asqueroso, bastó la práctica continua para dejar de necesitar el dedo en la garganta. Como para demostrar la existencia de reflejos condicionados, el estómago de Gabriela, una vez rebosante, comenzaba a mandar señales. A veces, incluso, tenía que darse prisa para alzar la tapa del inodoro, porque la comida sin digerir se precipitaba en su boca. Vomitar para sentirse limpia, mecanismo de redención.

Bebió otro sorbo de agua y aprovechó para echar una ojeada a los de enfrente. Los platos ya habían sido retirados. El pasaba tiernamente la punta de la servilleta sobre el borde de la boca de ella, que lo fijaba con los ojos. Cuando la labor de limpieza estuvo terminada, el dedo del hombre se deslizó encima de la crasa mejilla de la otra, en un gesto parecido a una caricia. La mujer reaccionó acercando su boca para besar el dorso de la mano. Gabriela imaginó el contacto de los labios grasientos con la piel y otra vez sintió que su estómago se retorcía: el beso de la mujer barril. ¿Qué necesidad tenían ellos de tocarse? Como si no les bastara con el espacio que ocupaban sus cuerpos, además de lo antiestética que podía resultar la escena, se empeñaban en agravarla con sus muestras de contacto físico. Un asco. Los ojos del camarero interceptaron la mirada de Gabriela y esta hizo un gesto de llamado.

—Veamos, señorita, ¿qué desea comer?

—No quiero entrantes, tráigame una ensalada verde, sin aliñar, por favor.

El joven anotó en el cuadernillo.

—Una ensalada verde sin aliñar para la señorita, ¿de segundo, qué se le ofrece?

Ella levantó la vista para descubrir a la gorda salivando mientras abría los ojos admirada ante el plato de carne que acababan de servirle.

—Así está bien, no deseo nada más, gracias.

El joven la miró un tanto asombrado.

—No tenemos mucho apetito, señorita...

—Es que aún debo volar, ¿sabe? El estómago lleno no es bueno para volar.

—Como desee, en un momento tendrá su ensalada... sin aliño.

Recogió la carta y luego de una reverencia se marchó. Gabriela tuvo deseos de fumar, pero no le gustaba hacerlo durante las comidas. Casi comenzaba a arrepentirse del impulso que la llevó hasta el restaurante. ¿Por qué había venido? ¡Ya! Todo tenía que ver con su determinación de marcharse de casa. En la mañana había preparado el desayuno de Daniel, como de costumbre. Era el día libre de la muchacha, así es que Gabriela pudo despedir a su marido, tomar el maletín que tenía preparado y llamar al taxi que la condujo al aeropuerto. Por el camino decidió que todo, absolutamente todo, sería cambiado. Algo así había sugerido una semana atrás la muchacha de la limpieza. Era curioso, tantos años de análisis y, al final, había sido esta muchacha simple quien, sin quererlo, le diera la solución. Con el dinero que había pagado en todo ese tiempo al psicoanalista, él lo único que hacía era hablar y tratar de convencerla de que estaba enferma. Claro, visto así era muy fácil: ella estaba mal y debía seguir pagando por la cura. Sin dudas, el psicoanálisis era un buen negocio; pero Gabriela no estaba enferma, estaba simplemente cansada, de todo y de todos.

—Su ensalada...

—Gracias... —dijo apartando los brazos de la mesa.

El plato era una montaña de verde adonde iban cayendo diminutas partículas blancas provenientes del salero que agitaba la mano de Gabriela. Pinchó con el tenedor e introdujo en su boca el primer bocado. Si había algo que le resultaba aburrido era masticar, uno está ahí como quien no tiene nada que hacer, triturando con los

dientes. Una cosa muy distinta ocurría en la otra mesa. Mientras masticaba, Gabriela prestó atención a los platos de carne, listos para ser devorados por sus depredadores. En uno había un bisté bastante grueso, en el otro le pareció descubrir trozos de carne en salsa, acompañaba el menú una fuente de papas fritas. El hombre cortaba el fílete haciendo algún comentario que la otra se apresuró en responder antes de introducir el tenedor en su boca. Las mejillas se le hincharon casi hasta reventar y Gabriela sintió una arcada al ver cómo se movían desmenuzando la masa que luego llegaría al estómago. La gorda tragó ayudándose de un sorbo de vino. Entonces, y como si no bastara con el placer personal, pinchó varios trozos de carne para ponerlos en el plato de su acompañante. Este respondió con una amplia sonrisa y un pedazo de bisté. La mujer evidentemente se sintió halagada porque quiso continuar el intercambio, adelantó un poco la cabeza y dejó sus labios en evidencia. El otro, sin soltar el tenedor, colocó un beso en la aceitosa boca. Gabriela cambió la vista. Era demasiado.

Bebió otro sorbo de agua y empujó la hierba hacia su interior. Cuando comenzó a comer solamente ensaladas, a Daniel le resultaba gracioso, decía que de ese modo al menos ahorraría dinero en el mercado. Con el pasar de los días, la sonrisa inicial se fue transformando y la cena en casa se convirtió en un hastío. Era Gabriela, delante de su ensalada, observando al hombre que al otro extremo de la mesa masticaba. A veces, incluso le parecía escuchar sus rumores. Daniel era de buenos modales, pero ella estaba casi segura de sentir el paso de la comida desde la boca al estómago. Incluso la caída del vino y el resbalón de cualquier materia sólida sobre las paredes bañadas. Eran sensaciones bastante molestas, pero no podía evitarlas. Fácil hubiera sido no presentarse a la cena o servirse un plato normal, como decía su analista. Sin embargo, esto no hubiera cambiado las cosas. Daniel comenzó a sentarse a la mesa con el periódico. Ella no concebía cómo alguien pudiera ser capaz de armonizar la digestión de los alimentos con las noticias de la prensa, pero su marido lo lograba. O al menos eso parecía, porque las pocas veces que levantaba la cabeza, era para dirigir una fría mirada a Gabriela y su plato de ensalada. Solo una vez mostró curiosidad por las ya establecidas costumbres dietéticas de su mujer. Tomó la copa de vino y mirándola a los ojos sentenció: “te vas a enfermar”. Gabriela bajó la vista afirmando que estaba bien, además, los vegetales eran buenos para la salud. Sintió un profundo

suspiro del lado de allá de la mesa, y otra vez las hojas del periódico que comenzaban a moverse. Esa noche, luego del café, Daniel se levantó para irse a la cama pero, antes de abandonar el comedor, se detuvo junto a la puerta: “mañana no me esperes, tengo una cena de trabajo, regresaré tarde”. Y así comenzaron sus ausencias nocturnas.

Postre

Gabriela suspiró deteniendo el tenedor en el plato. Trató de girar la vista en dirección contraria a los de enfrente y alcanzó a descubrir al camarero que se alejaba con la bandeja cargada de platos vacíos. ¿Cuándo tuvo la certeza de que Daniel tenía una amante? Nunca lo supo definir. Más interesante hubiera sido conocer el comienzo, pero eso tampoco estaba claro. Agrupando los hechos solo quedaban cenas de trabajo, viajes de trabajo, reuniones de trabajo en días festivos, cosas así. Una noche despertó y lo descubrió semidesnudo durmiendo junto a ella. Le tiró encima una sábana y salió del cuarto para beber un poco de agua y pensar en calma. Daniel nunca dormía sin piyama, el calor no justificaba su insolencia. A esas alturas, Gabriela estaba más que convencida de que él la engañaba. Agarró un pedazo de pan y mientras masticaba intentó imaginar a su marido. Trataba, con bastante esfuerzo, de recrearlo desnudo, con todas sus carnes y músculos y pelos. La imagen le resultó grotesca y para evitar la arcada bebió medio litro de leche. Daniel desnudo, acercándose a una mujer desnuda. Reprochable. Y luego, ¿cómo construir el roce de los cuerpos? ¿Cómo hacer que él la tocara y la engullera como engullía Gabriela los pedazos de pan con mermelada, la barra de chocolate, el trozo de torta de manzanas? Daniel era tan repugnante como ella, aunque no tuviera la boca llena de restos de comida. Era un sucio mentiroso, que no sabía contenerse ante los instintos más rudimentarios. Ella debía estar a salvo, tenía que purificarse, vaciarse de inmundicias, vomitar. Esa noche vomitó hasta que vio salir la sangre. Hasta que no pudo más con el dolor que le provocaba el esfuerzo. Vomitó lo comido, y lo que incluso no comería nunca, y si le hubieran concedido el privilegio, hubiera vomitado sus visceras, el sistema digestivo, el intestino, sus órganos reproductores, todo lo lanzaría fuera de su muralla de piel.

Acercó una mano a la boca y trató de respirar profundamente. Algo no andaba bien en la ensalada, porque había perdido el apetito. Quizá tendría algo que ver con la espera prolongada,

demasiadas horas en un aeropuerto pueden llegar a enloquecer al más equilibrado. Si al menos hubiera un cine, pensaba mientras jugaba con el tenedor encima de su plato. No, no había cine, solo tiendas y mesas donde sentarse a comer. Alzó la vista y escudándose con los mechones de pelo que caían en su frente, volvió a la otra mesa. La gorda contaba con su voluminoso dedo las fruticas que estaban sobre el dulce. El hombre, como siempre, la miraba con esa sonrisa escandalosa mientras se pasaba una mano por el vientre. Gabriela fijó el centro de la digestión. Dentro del globo, en esos momentos, se mezclaban sustancias, sin saber que aún no había concluido la tarea, porque faltaba por llegar el contenido del platico que estaba frente al gordo. ¿Acaso no terminarían nunca de comer? Gabriela se sorprendió sonriendo mientras pensaba en cuántas horas quedarían para el próximo vuelo de la pareja. Con ese ritmo harían ricos a los dueños del restaurante y terminarían arruinados. No. No era gracioso. La mujer, tan solícita, una vez terminada la cuenta, introdujo la cucharita para pescar la frutilla que transportó al plato de su compañero. Luego otra más y otra, imaginaba Gabriela que hasta llegar a la mitad. Una escena ridiculamente conmovedora. Cuando terminó el reparto, acercó la cucharita a la boca del otro y depositó allí su contenido. Si acaso no le gustaba el dulce, bien pudiera no haberlo pedido o, por el contrario, podía haberlo ordenado él. Pero no, la gruesa señora tenía manía de compartir, le gustaba simplemente hacer disfrutar a su hombre de las cosas que la complacían. Parecía un montaje hecho para molestar a Gabriela. El abandonó su postura de masajista de barriga y se incorporó para agarrar la cucharita. Hundió el arma en el plato y la sacó con una especie de gelatina roja. La boca de la gorda fue abriéndose en la misma medida en que el proyectil se acercaba. Luego vinieron algunos gestos de complacencia y, una vez lograda la anuencia del otro, ambos se entregaron a la tarea de devorar sus dulces. Gabriela sintió una arcada y se palpó el estómago tratando de no hacer evidente el movimiento de su mano. ¿Intentando no ser vista por quién? Para los gordos su presencia había sido nula desde el inicio. El hecho de estar allí observándolos no disturbaba en nada su oficio de comer. Para ellos solo existían platos y más platos: salados, dulces, picantes, bajos de sal, líquidos, sólidos, gelatinosos, como fueran, siempre que fueran comestibles. Y como si no bastara, además tenían la obesidad del otro para acariciarla, rozarla con los dedos, pasarle la lengua, morderla con los labios, mojarla, chuparla,

engullirla. Otra vez la arcada, ahora más fuerte, y el corazón de Gabriela comenzó a agitarse. La gorda aceleraba los viajes de la cucharita, como si fuera la última cosa que quedara por hacer en el mundo, como si de esto dependiera su salvación, como si en la mesa de enfrente no hubiera alguien espiándola. El dulce apenas masticado se precipitaba en su esófago, y ya estaba otra vez la cucharita regresando del plato. Y otra vez la mandíbula en circulación, los ojos fijos en el próximo bocado y la mente que pasaba por alto todo cuanto existía a su alrededor.

"Yo lo dejaría todo y me largaría lejos", así había dicho la muchacha mientras limpiaba la cocina. Gabriela se levantó tarde, luego de la mala noche pasada en el baño. Pensó tomar algo para componerse el estómago, pero el simple hecho de pensarlo le daba náuseas. Encontró a la muchacha trajinando, un poco cabizbaja, y quiso saber qué le pasaba. Al principio no logró más que evasivas, hasta que la otra soltó la escoba y rompió a llorar. Contó de una pelea con su novio, de problemas en casa, cosas de rutina, terminó el discurso disculpándose por la escena. "Pero yo le juro a usted, señora, que si tuviera dinero, compraría un pasaje y me largaría lejos, donde él no pudiera encontrarme, lo cambiaría todo, señora, todo, la ciudad, los vestidos, la comida, hasta el nombre me cambiaría yo, para empezar otra vida que no fuera esta basura..." Con esa frase volvió a la escoba y continuó sus labores murmurando frases que a Gabriela ya no le interesaba escuchar. La otra trajinaba y ella fue alejándose lentamente. Salió de la cocina, atravesó el comedor, el pasillo, subió la escalera y alcanzó la habitación apenas a tiempo para abrir la puerta del baño. La muchacha había dicho basura, cuando en realidad debió decir mierda. Tener una vida de mierda es buena razón para escapar. Dejarlo todo y largarse, desaparecer, convertirse en conejo en manos de un taumaturgo, esfumarse por el conducto que parte del inodoro hasta el alcantarillado. Gabriela vomitaba un agua sanguinolenta y tuvo ganas de reír al imaginar la cara de Daniel minutos antes de convencerse de que su mujer había escapado por el mismo lugar donde desaparecían los residuos de la cena con su amante. El asco trae la arcada, la arcada el vómito, el vómito es la única constancia de que estamos vacíos, garantía de pulcritud. Cuando se incorporó, tenía la certeza de que lo abandonaría todo. ¿Que importaban los problemas de la muchacha de la limpieza? Ella no tenía dinero, pero Gabriela sí.

Pinchó enérgica la hierba con el tenedor y lo introdujo en su boca sin apartar la vista de los de enfrente. Si lo que querían era un desafío, estaba dispuesta a aceptarlo. Masticó fuertemente mientras la gorda pasaba la cucharita por el borde del plato. Tenía los cachetes enrojecidos y un descarado gesto de satisfacción en el semblante. El gordo cortó un trozo de pan para entonces dedicarse a una minuciosa limpieza de paredes y fondo. Gabriela detuvo su labor. Con la ensalada aún en la boca, se fijó en la mano del hombre que retiraba el pedazo de pan cubierto de un género rojo. Los ojos de la obesa se encendieron y una sonrisa apareció en sus labios al descubrir el movimiento dirigido a su cara. La mano se detuvo justo a pocos centímetros de la boca. Ella miró a su compañero, adelantó la cabeza, cerró los ojos y sacó tímidamente la lengua hasta tropezar con el pan lleno de dulce. Gabriela sintió que se ahogaba. El gordo jugaba a retirar el pan cuando la lengua de la otra lograba rozarlo. Ella sonreía y volvía a su labor, siempre con los ojos cerrados. La lengua que iba y que venía, la sonrisa del mantecoso señor, los voluminosos labios de la gorda, el pan con mermelada, los ojos cerrados, la arcada en el estómago de Gabriela. El pan finalmente fue tragado por el agujero enorme, como una náusea a la inversa. Como el exacto contrarío de eso que ocurría en el interior de Gabriela, que ya no pudo más y tuvo que levantarse. Alzó la vista desorientada buscando un baño y tropezó con los ojos del camarero. Apresurando el paso, pudo esquivarlo antes de ser alcanzada. Adentro, corrió hasta refugiarse en uno de los compartimentos, alzó la tapa del inodoro, se arrodilló ante él y finalmente abrió la boca.

Sobremesa

Estaba exhausta. Con los codos apoyados en el borde del inodoro observaba el agua llena de restos de hierba, mucosidades, sangre y otras sustancias. Respiró profundamente y alargó la mano para tomar un pedazo de papel sanitario con que limpiarse la boca, entonces escuchó pasos del lado de allá. Alguien había entrado canturreando una canción. Cuidándose de no hacer ruido, se inclinó y, por debajo de la puerta, descubrió los pies rechonchos. Era una pesadilla. La gorda estaba del otro lado entonando una melodía pegajosa mientras se miraba al espejo. Gabriela se incorporó con sigilo y apoyó la espalda lo más lejos que pudo de la puerta. No era posible que no quisieran dejarla en paz. No les bastaba con el espectáculo dado durante el almuerzo, además pretendían violar sus

momentos más íntimos. La mujer siguió canturreando y Gabriela la imaginaba en la contemplación de su abominable figura. Un tormento. De repente, la voz se silenció y fue sustituida, segundos después, por un sonoro eructo que provocó otra vez la náusea y una vez más la inclinación del cuerpo y el vómito. Imposible controlarlo, Gabriela cerró los ojos como si esto fuera suficiente para no escuchar la caída de los líquidos en el interior del inodoro. Cerró los ojos y se tapó la boca, temblando. La gorda no reaccionó inmediatamente. Estuvo varios minutos en silencio, hasta que comenzó a mover pesadamente su cuerpo hacia la puerta de Gabriela. Dos toquecitos leves y: "¿se siente mal, señora?" "Estoy bien, gracias." Fue lo único que logró responder un tanto apresurada. La otra no hizo más preguntas, giró sus masas para entrar en el compartimento contiguo y cerró la puerta a sus espaldas. Cuando Gabriela comenzó a sentir el chorro de orina que comenzaba a correr del otro lado, descargó el inodoro, tomó un pedazo de papel sanitario y salió deprisa para abandonar el baño antes de tropezar con la cara de la gorda.

El joven camarero se acercó con la sonrisa y un intento de pregunta, pero Gabriela solo atinó a mover nerviosamente los labios: "la cuenta, por favor, quiero la cuenta". Lo siguió hasta la barra y, con ademanes agitados, logró sacar el monedero. Colocó los billetes en el mostrador, dio las buenas tardes y, sin esperar el cambio, se precipitó a la puerta de salida. Apenas logró distinguir las miradas que cruzaban el gentil camarero y el barman. Tampoco notó el placer con que el gordo se acariciaba la barriga mientras fumaba un cigarro. No quería ser sorprendida una vez más por la mujer. No quería dar explicaciones a nadie por su repentina fuga. Quería escapar, salir de allí. Tomó las escaleras móviles y echó a correr hacia abajo. Todo le daba vueltas y aún tenía el sabor amargo en la boca.

Afuera continuaba el deambular de la gente que arrastraba carritos con maletas. Todos andaban despacio mientras ella se movía ansiosa tratando de esquivarlos. Casi corriendo, atravesó el salón y pudo refugiarse en el baño más cercano. Cerró la puerta del compartimento y apoyó la espalda. Tenía que calmarse, ya no quedaban sustancias que vomitar, por lo tanto tenía que tranquilizarse. Respiró profundamente y sin prestar atención al maquillaje pasó el papel por sus mejillas y se secó el sudor. Antes de salir, tuvo la precaución de mirar por debajo de la puerta, no quería

tropezar una vez más con los pies hinchados de la gorda. El baño estaba completamente vacío, así es que Gabriela salió deprisa y puso el pestillo en la puerta. Si alguien tenía urgencias, bien podría encontrar otro baño en el mismo piso. Ella necesitaba estar sola. Contó hasta tres y resoplando se acercó a abrir el grifo. El espejo le devolvió un rostro aterrorizado, y aunque ya la respiración comenzaba a calmarse, Gabriela no dejaba de temblar. El sudor había estropeado el maquillaje y dos líneas negras que partían de los ojos atravesaban su mejilla. Solo ahora lograba definir el dolor en su interior, la sensación ardiente que recorría el esófago, ese gusto ácido y repugnante en la boca. Todo el cuerpo se había transformado en una pesadez impropia, como si el esqueleto fuera incapaz de sostener las pocas carnes y se dejara llevar, arrastrarse hasta el fondo. Si hubiera tenido una cama a mano, de seguro se dejaría caer, pero Gabriela ya estaba cayendo desde hacía mucho tiempo.

Lavó su cara varías veces e hizo gárgaras para tratar de desaparecer el asqueroso sabor en la boca. Ahora era una mujer sin colores adulterados, con los pómulos quizá demasiado salientes, los ojos enrojecidos y un terror que se hacía patente en la imagen del espejo. Pensó en lo repulsiva que podía resultar y tuvo ganas de reírse, solo que las lágrimas continuaban empañando su visión y entonces sintió pena, por ella, por Daniel, por la muchacha de la limpieza, y hasta por los gordos enamorados de la mesa de enfrente; pero sobre todo por ella, por Gabriela, la que se reflejaba ante sí, enjuta y demacrada con un pasaje en el bolsillo que la llevaría lejos. ¿Que la llevaría adónde? Apenas conocía su destino, era sencillamente el primer nombre que encontró en la lista de vuelos.

Reaccionó cuando escuchó la voz y los toques del otro lado de la puerta. Deslizó una servilleta bajo sus ojos, intentando borrar las huellas del delineador y con premura volvió a lavarse la cara. Afuera, la señora que esperaba con el niño, le dedicó una mirada de desagrado, pero Gabriela no reparó en el detalle, ni siquiera escuchó la frase “es una falta de respeto encerrarse en un baño público”, que se pronunciaba a sus espaldas. Ella caminaba entre la gente que andaba deprisa masticando bocadillos, bebiendo en latas de Coca-Cola o dando lengüetazos a helados de colores diferentes. Cuando encontró la restringida área para fumadores, se sentó a fumar. Estaba exangüe.

La cuenta

—Sí, quiero hablar con Daniel, por favor, de parte de su mujer.

Gabriela miró inquieta para todas partes. En el área de fumadores algunos conversaban animadamente, otros permanecían solitarios, disfrutando el momento. Ella había apagado su cigarro apenas por la mitad para dirigirse al teléfono y ahora intentaba regular el tono de la voz de modo que nadie pudiera escucharla. Del otro lado de la línea, su marido contestó.

—¿Daniel? sí soy yo... sí, disculpa, no, no es nada, es que... no, nada importante, solo quería decirte que... ¡ah!, ¿estás saliendo para una reunión? Disculpa; yo... sí, ¿vienes a cenar?, OK, nos vemos en casa... sí, disculpa hasta luego... Daniel...

El tono del teléfono sustituyó la voz del hombre, pero Gabriela continuó pegada al auricular. Otra vez la mano le temblaba y los ojos comenzaban a lagrimear.

—Daniel... yo sólo quería decirte que estoy aterrorizada, creo que estoy enferma, Daniel, sí, quizá estoy un poco enferma...

ANDANTE CANTABILE

Hay dias en que realmente debería suicidarme

Cuando Alejandro llegó a casa, yo ya me había comido tres uñas de la mano derecha. Estaba nerviosa, Santo Dios, cuando me pongo nerviosa ni yo misma me soporto. Alejandro llegó media hora después de mi llamada. Vino con la sonrisa de siempre y la paciencia para convencerme de que no valía la pena. Claro que no valía la pena, eso lo sabía yo mejor que nadie. Cada vez que digo que quiero suicidarme es porque en verdad no encuentro mejor método para que los otros sepan que me siento mal. Yo me sentía mal. El motivo es simple y nada digno de suicidios: no podía escribir. Lo que unos llaman "crisis creativa" y otros sencillamente "comedura de mierda de quien no tiene nada que hacer", yo lo llamo vacío. Así es. Ale se tiró en el sofá y comenzó a preparar el hachís. Dijo que me vendría bien relajarme un poco y estuve de acuerdo.

Cuando íbamos por el segundo cigarro, ya estaba relajada. Entonces él quiso que leyera el último cuento que había escrito. El último cuento no existía. Era una hoja en blanco, terriblemente blanca y estirada. A él no se le ocurrió otra cosa que echarse a reír. Yo tragué en seco. Me puse triste y quise que se fuera. Santo Dios, me dio tanta tristeza que no quise ver su cara ni mi falta de ideas. El comenzó a preparar el tercer cigarro y, tratando de animarme, me invitó a un concierto. Dijo que era un jazz fenomenal, pero no quise ir. No quería ir a ninguna parte. Uno se pasa la vida inventando excusas para escapar de uno mismo. Así se llenan los días y los años y las hojas de las agendas con líneas rojas que tachan los eventos realizados. Al final hemos hecho tantas cosas que no vale la pena sentirse mal, pero nos sentimos mal. Yo no quería un sucedáneo decente. Quería mi realidad aunque acabara comiéndome hasta las uñas de los pies. Mi amigo sonrió

levantándose. Dejó lo que quedaba del hachís y se fue deseando buenas noches. Creativas e inspiradoras noches, así dijo. Cerré la puerta y preparé otro cigarro. Coloqué la hoja en la máquina y me senté a fumar.

El vacío es como una montaña rusa. Uno está sentado en el carrito que sube y baja y vuelve a subir y nos asustamos cuando viene el dolor punzante en el estómago, esa sensación de caer en un hueco sin remedio; pero el carrito vuelve a subir. Entonces todo parece resuelto y respiramos aliviados. Quizá sería mucho mejor levantarse de una vez, porque aunque detrás de cada descenso haya un ascenso inevitable, seguimos montados en el carrito; dejándonos llevar y formar parte del espectáculo de luces que se encienden y se apagan en los carriles de la montaña rusa. Dice Alejandro que, si no puedo escribir, entonces que me compre un perro, un televisor o vaya al psicoanalista, así al menos dejo de comerme las uñas. Pero yo quiero escribir. Y quiero bajarme del carrito. Santo Dios, qué desaliento tan grande, ni siquiera mis amigos pueden escucharme. Qué gran exceso de palabras que no dicen nada. El camino de la realización es el más difícil y quizá, por esto, el más estimulante. Inventarse otra cosa no ayuda. Hay que seguir.

Llegué al teatro y no había nadie afuera. El portero me miró con cara de aburrido diciendo que ya había comenzado la función. Dije que igual quería entrar y estaba dispuesta a todo, lo juro, si alguien se oponía a dejarme entrar al concierto, yo sería capaz de cualquier cosa, Santo Dios, hasta de suicidarme delante del teatro. El portero hizo una mueca y me dejó pasar. La sala estaba oscura. El vibraba allá lejos con un saxo melancólico y algo enigmático, qué sé yo. Olores raros. Me senté en última fila. Desde allí las cabezas eran como colinas que separaban sus manos de mis manos. Lo vi moverse y supe que tocaba para mí. Colocaba los dedos y la música salía y daba vueltas mientras rebotaba en las cabezas para llegar a mis oídos. El reloj no dejaba de girar. Me hundí en el asiento. Fui dejándome caer con las notas y los acordes que, haciendo nudos en el aire, impedían el vacío y permitían a mi cuerpo volar en el espacio.

Querías llevarme lejos y me dejé llevar. De repente, casi tres filas más adelante, vi que las cabezas empezaron a moverse. Un murmullo y zaz, tres cuerpos que se alzaban tropezando con una tríada menor que corría a mi encuentro. Y nuevamente, zaz, unas filas más atrás, otro murmullo y las cabezas. Y fueron respondiendo

poco a poco, como resbala el jabón en una esponja apretada por la cintura. Mientras más sonabas tú, más cabezas se iban incorporando al concierto de palabras, entrecortadas y furtivas, murmuradas en voz baja en el pasillo de la sala. Quise decir algo pero, ¿qué? La gente no comprende. Era demasiado intentar explicar tu música que no es destinada a oídos sordos. Tú tocabas para mí mientras los otros, ¡pobres incapaces! Pobrecita gente que se resiste a salir de sus rutinas. Aceptan solo lo conocido, porque aunque haga daño, ya se saben de vacunas pertinentes. Pobres. Yo los miraba mientras las notas me revolvían la cabeza y se colaban en mi nariz y mis orejas. Y váyanse, si no les gusta, ¡Váyanse! Lo comprendo. Esto no es para ustedes. Es demasiado. Corran a sus refugios, a encender la TV y escuchar las noticias y tomarse un café con leche antes de ir a la cama, que mañana hay que trabajar y ser grandes personas. Corran, masa de idiotas, es demasiado para sus oídos acostumbrados a escalas en Do mayor y tríadas perfectas. Ellos me miraban con rostros extraños. No eran capaces de insultarme, porque ni siquiera eran capaces de reconocer que los míos eran insultos. No comprender es la mejor arma contra el sufrimiento. Ellos se fueron marchando uno por uno y yo los despedí, les di las buenas noches y que sueñen con angelitos calvos. Tú me miraste desde el escenario cuando no había nadie en la sala y sonreiste feliz.

Me fui cambiando de fila. Empecé a andar *avanti, avanti*, como tu espectáculo. El saxo ondulaba entre tus manos mientras tus pies se movían acompasadamente. Esta era la noche que esperábamos los dos. Tú tocando para mí, y yo, desde el asiento, coloreando mis manos de tanto batirlas y aplaudir y pedirte una pieza más y otra, que esta es nuestra noche. Es la hora en que brillas sin plásticas orejas, ni miradas de etiqueta que juzgan detrás de los espejuelos de no ver el mundo. En un momento: el éxtasis, la nota quedó pendida en una de las lámparas del techo y te vi transformarte. Las luces del teatro no pudieron aguantar tanta agonía y empezaron a desvanecerse como un silencio que se impone. Estaba la escena y estabas tú que me mirabas. Yo sentí la señal. Tampoco pude aguantarme y entonces abandoné mi asiento para subir las pequeñas escaleras. No hacían falta los aplausos, pero igual los sentí. Sentí que desde la platea los asientos empezaron a moverse y se fue formando el coro que rompía en un canto, una escalada de sonidos ininterrumpidos mientras yo caminaba hacia tu cuerpo que permanecía inerte esperando mi llegada. Me mirabas con sigilo. Las

palabras no siempre son lo que hace falta. Tomé el saxofón y lo eché a un lado. Su música ya estaba en mis oídos. Entonces te abracé y los sonidos comenzaron a alzarse desde tu cuerpo. Besé tus labios y sentí que la piel se ensanchaba, que comenzaba a ondular debajo de mis manos una extraña melodía. Tú ofrecías cierta resistencia a este dejarse llevar y ser parte de la armonía construida por ti mismo encima de mi piel. Así llegamos al nirvana, una suerte de estar en otro sitio donde solo estamos tú y yo. Desnudando tu cuerpo —yo— y haciéndolo parte de mi boca mientras el coro gemía y las sopranos entonaban filosas notas y el bajo acolchonaba el aire para dejarnos caer y amamos libremente. Demasiada belleza junta. Demasiado licuar uno con otro y ser nuevamente uno y el otro y así irnos confundiendo, tus brazos y mis piernas, la música en la platea oscura y las luces que empezaron a aparecer como pequeños cocuyos, rayitos de sol, fulguraciones breves que hacían chispas desde nuestros cuerpos y hacia nosotros mismos. El coro, emocionado, comenzó un *crescendo* lúcido. Nosotros al centro y ellos con sus voces claras. ¡Santo Dios! ¡Cuánta belleza! Y de improviso: un silencio, como cuando ya no se puede más y es necesaria la pausa. Un respiro. Te apartaste de mi lado agarrando tu camisa y corriste al saxofón. Yo comencé a cantar. Sentí que venía un viento fuerte y las notas empezaron a batir, los bajos se confundían con los barítonos y tu saxo tenor gemía. Haciéndome sollozar en un solo único e irrepetible. Me has llevado al más allá de la gran realización: hacer algo superior a uno mismo. El coro comenzó el *diminuendo*, del *forte* al *mezzo* y luego un *piano*. Tu apenas melodía aún encendida en escena, se acercaba a mí. El coro en un compás de espera y tu solo milagroso, como un descenso, una hoja que cae lentamente y se deja seguir por la mirada de un niño que nunca ha visto el otoño. Yo perseguía el movimiento de tu boca, el recorrido de tu cuerpo que atravesaba el escenario hasta llegar a mí. Exhausta con tanta maravilla, cerré los ojos para caer en los acordes finales, esos que siempre se recuerdan. Desde el piso, me dejé tomar entre tus brazos. Recorrimos la sala y, en el último momento, alcé un tanto la cabeza para ver cómo el coro cerraba partituras y esperaba el movimiento final del director de orquesta. La antesala del aplauso. Y el aplauso final, sin casi ruido, un viento uniforme que zumba, bufff, a la salida de un teatro. Este es el amor sin más retórica. El gran misterio.

Llamé a Alejandro en la mañana para pedirle disculpas. Contestó

con voz de dormido y dije que su visita me había sido útil. Tuve un sueño revelador de muchas cosas. Me desperté delante de la máquina de escribir con el papel aún en blanco. Solo había una frase: “el amor, ese gran misterio...”. El agregó que si su visita me había servido para escribir una línea, le bastarían diez años para hacerme escribir una novela. Reí afirmando que había descubierto algo importante. Cuando estás en una crisis, lo fundamental es saber dilucidar las causas. A veces uno se confunde. Hay que andar adentro, hurgar, hurgar hasta el fondo y sacar a la luz el verdadero móvil. Del otro lado de la línea escuché que él asentía. Una pequeña frase escrita en toda la noche servía para descifrar mi verdadero problema capaz de desencadenar conflictos posteriores. Llegado a este punto es importante, además, determinar si la frase fue escrita antes o después. “¿Antes o después de qué?”, preguntó él y continué. “Antes o después de haber conciliado el sueño. Si la frase fue escrita en los primeros quince minutos, podemos considerar que los posteriores pensamientos pueden haber sido condicionados por la frase que permanece en nuestra conciencia y el sueño podría estar viciado por un residuo diurno. Habría entonces que entrar en un profundo análisis para pulir las imágenes y reconocer las verdaderas señales. Si por el contrario, la frase fue escrita después, viene a funcionar como conclusión, o sea, que podríamos considerarla como síntesis de todo un proceso de estados anímicos, la fuente del problema, quiero decir.” Ale se aclaró la garganta y preguntó si me había terminado el hachís. Contesté afirmativamente y escuché que sonreía invitándome a seguir durmiendo. Yo no tenía sueño y me molestó que no entendiera mi discurso. ¡Santo Dios!, es mucho más fácil no entender. Se disculpó y pidió que continuara. Continué. Solo quería contarle que gracias a un sueño había descubierto el motivo de mi crisis. Si no podía escribir era porque mi vida era un vacío total, un sin sentido: necesitaba enamorarme. La gente suele ver el amor como cosa simple, digno de grandes novelas y películas ganadoras del Oscar. Así, de tanto hacerlo ajeno, nos olvidamos incluso del amor hacia nosotros mismos, entonces comienza el caos. Yo ya no quería suicidarme porque no era capaz de escribir. Mi amigo sonrió felicitando las conclusiones y dijo que admiraba esa capacidad de autosolucionar mis crisis. Agradecí agregando que entonces quería suicidarme porque no estaba enamorada. Él suspiró y no quise molestarlo más. Colgué el teléfono y media hora más tarde ya me

había comido tres uñas de la mano izquierda.

Decidí, entonces, irme a la calle. Dar una vuelta. Sentarme en un parque. Admirar el equilibrio de los pájaros y los árboles. Contemplar el mar. Respirar el aire, profundamente respirar. Casi cayendo la tarde entré en un local. Compré el periódico y me senté a tomar un café. El café caliente y oscuro. Las noticias frías y claras. Entonces noté que alguien se sentaba a mi mesa. Levanté la vista y descubrí un rostro algo familiar.

—Te he seguido todo el día —dijo.

Yo lo miré extrañada. El bajó la cabeza e intentó sonreír.

—No te preocupes, no vengo a pedirte nada, yo... solo quería saber si estabas bien y decirte... me he pasado la vida soñando con dar un gran concierto, no entendía por qué la gente siempre se iba de la sala cuando yo tocaba y es que no toco bien, desafino, soy un desastre... he pasado la vida haciendo el ridículo sin aceptar que verdaderamente no nací para tocar el saxo, solo anoche lo comprendí, cuando todos se fueron y tú permaneciste, a pesar de que en otro sitio de la ciudad tocaba un jazzista famoso, te quedaste conmigo para que diera mi gran concierto, ¿entiendes?, fue muy importante y muy lindo, aunque luego, claro, pasó lo que pasó y me botaron del teatro y tengo que pagar una multa por escándalo público, porque bueno... —bajó la cabeza un tanto apenado— realmente eso de ponerse a hacer el amor en un escenario no es cosa común, pero no me importa, para mí fue una revelación, ¿ves?, ahora entiendo tantas cosas, he pasado la vida refugiado detrás del saxo, sucedáneo errado, uno no debería buscarse excusas para escapar de uno mismo, yo... ahora lo comprendo, la escapatoria no es más que una trampa, ahora me siento bien y solo quería saber si no te había soñado —sonrió— es increíble cómo una cosa que puede resultar casual te cambia el curso de la vida, te devuelve el curso de tu vida, es magnífico, solo quería saber si estabas bien y desearte buena suerte...

Sonrió levantándose y se marchó. Vi su espalda a través de la ventana e involuntariamente mi mano derecha se acercó a mi boca. Me mordí una uña y al momento escupí. Las uñas no tienen buen sabor. Me dio asco y aparté la mano bruscamente. La mano tropezó con la taza de café. La taza llegó al borde de la mesa. Cayó, cayó y se rompió en el piso.

Ganas de volar

Ellos piensan que no me doy cuenta. Creen que no he notado el cambio. Yo miro por la ventana y me muevo como si no pasara nada. Hago las cosas de siempre: riego las plantas y respiro, como si en realidad no pasara absolutamente nada. Disimulo y hasta de vez en cuando silbo una bonita canción mientras me rasco la barriga. Todo para que no descubran que desde hace semanas lo vengo notando: el techo ha cambiado de posición.

Sé que resultaría absurdo preguntarle a mi vecina si no ha advertido que el techo de su apartamento hoy está más bajo que ayer. Ella miraría a todos lados abriendo los ojos y diría que estoy loco. Cambiaría la vista y entraría deprisa a casa. Todo para no dejarme ver las gotas de sudor que corren por su rostro. Y podría jurar que, cinco minutos después de mi pregunta, mi vecina estará de rodillas ante su santo preferido, asustada y preguntándose por qué, ¡Dios!, ¿por qué el techo de su casa está disminuyendo? Claro que de su angustia no me dejará participar. Mejor hacer como si no pasara nada. Así hacen todos y piensan que yo no me doy cuenta.

El señor de los altos, por ejemplo, desde hace un tiempo no puede dormir bien. Lo sé porque siento pasos continuados durante toda la noche. Sospecho que no encuentra explicaciones lógicas y esto lo desconsuela. Debe ser terrible. El otro día tropezamos en la escalera y noté un morado en su frente. Pregunté si se había caído y dijo que no. Insistí preguntando y abrió los ojos con una expresión de desasosiego. Agregó que se había golpeado con la lámpara.

—¿La lámpara? —volví a preguntar—. ¿La lámpara del techo, quiere decir?

Entonces levantó la vista turbado. Casi estuvo a punto de hablar. Los ojos le brillaban, pero se tragó las palabras sonriendo nervioso.

—¿Qué dice usted?, ¿la lámpara del techo? Vamos joven, no se haga el idiota que no soy tan viejo.

Dio los buenos días y se alejó murmurando cosas entre dientes.

El no es tan viejo, es cierto, pero estoy convencido de que la lámpara del techo cada día está más cerca de su cabeza. Si no, no tuviera sentido la preocupación ni el rostro agitado. Tampoco tendría sentido su comportamiento, porque desde aquel día, el señor de los altos me evita. He notado cómo pasa corriendo junto a mi apartamento o cómo se detiene una vez que siente mi puerta que se abre. No quiere que lo vea. Seguramente sospecha que ya me di cuenta y quiero compartirlo. Quién sabe las cosas que será capaz de imaginar, pero yo, como si no pasara nada. Continúo silbando y regando las plantas.

El único problema es que el techo cada día disminuye un centímetro y comienzo a preocuparme. A veces tengo horribles pesadillas. Pienso que despierto con el techo a medio centímetro de mi nariz, que me falta el aire y ya no puedo respirar. Entre tanto, veo con ojos de espanto cómo la distancia se acorta y se acorta y despierto en el justo momento en que ya el techo y el piso se juntan para aplastarme. Me levanto sudando y con una tremenda sensación de asfixia. Dolores musculares y hasta escalofríos. Luego paso la noche sin dormir mirando para arriba. Imagino que si mi vista coincide con el momento exacto en que el techo baja, entonces todo estará resuelto; pero nunca sucede. Es simplemente un recurso que me invento para aplacar el miedo y poder dormir. Así voy cayendo despacito y al otro día despierto y, ¡zas! El techo está más bajo que la noche anterior.

Es preocupante. O más bien, es absolutamente sospechoso. Cada día el espacio se hará más limitado. Nuestros movimientos disminuirán. Cuando el techo alcance el nivel del escaparate, tendré que deshacerme de él. Luego yo, como consecuencia lógica, comenzaré a inclinarme, a caminar de rodillas, hasta arrastrarme por el piso. Mis funciones vitales seguramente se adaptarán a la nueva condición. El hombre es un animal de costumbres y, si me acostumbro a la idea, terminaré siendo un reptil.

Imagino la cara de la señora de al lado si me asomo al balcón para decirle: “buenos días, futura lagartija”. Sin dudas sería un espectáculo su rostro, pero ella haría como si no pasara nada. Como si no entendiera. Como si tuviera que quedarse así, tranquilamente esperando que el techo se le venga encima y la destruya.

En cuanto a mí, después de analizar el fenómeno y sus futuras consecuencias, he decidido salvarme. Sé perfectamente que mis explicaciones nadie querrá escucharlas. Y también sé que hay que

seguir como si no pasara nada. Entre tanto, iré preparando mi escapada. Me convertiré en pájaro. Justamente eso. Aprenderé a volar y todas las noches saldré a la ciudad, cada día haciendo un vuelo más lejano, fortaleciendo mis alas. De esta forma, cuando ocurra lo que tendrá que ocurrir, yo podré, en el último minuto, levantar mi cuerpo y escurrirme por una pequeña rendija. Si ellos no quieren darse cuenta de que el espacio disminuirá hasta que estallen, yo no me dejaré atrapar. Me convertiré en pájaro.

Así comencé mis prácticas de vuelos. En principio pasaba horas en el balcón, respirando profundamente, llenando el cuerpo de aire y alzando los brazos cada vez más hacia arriba. La vecina de al lado me observaba y corría a su santo. Luego, cuando descubrí que el aire formaba parte de mi hábitat, llegó el momento de subirme a la baranda. Con los ojos cerrados y en puntas de pie, hacía recorridos de un extremo a otro. Siempre con los brazos abiertos y balanceando el cuerpo armoniosamente. Ya para ese entonces, el techo había alcanzado la parte superior de las puertas y esto impedía cerrarlas.

En el edificio todas las puertas se mantenían abiertas y la gente entraba y salía como si no pasara nada. Hubo muchos que cambiaron sus costumbres. En lugar de esos enormes armarios llenos de gavetas, comenzaron a extender la ropa por el piso. Y en sustitución de esas grandes y horribles lámparas que cuelgan del techo, empezaron a usar velas. Era más bonito. O al menos eso dijo el señor de los altos la última vez que lo encontré en la escalera.

—¿Quiere que lo ayude?

Caminaba trabajosamente cargando una pesada bolsa. Cuando sintió mi voz hizo un brusco giro tratando de ocultar el rostro y la bolsa cayó al piso. De adentro salieron montones de velas. Me arrodillé para ayudarlo y pude ver los morados en la cara. No dije nada.

—Se lo agradezco, joven, le agradezco la ayuda, ¿sabe? Es que estoy viejo, estoy un poco viejo sí, ahora me ha dado por iluminarme con velas, es más bonito, ¿sabe?

Recogí la bolsa y no pude evitar preguntarle si se había caído, si había tenido algún accidente. El me miró con furia.

—¿Pero por qué se hace el idiota, jovencito? A mí no me ha pasado nada, ¿me entiende? ¡Nada! A mí no me ha pasado absolutamente nada.

Recogió sus cosas y apresuró el paso escaleras arriba

murmurando palabras entre dientes. Yo me quedé observándolo junto a la puerta de un apartamento abandonado. Allí vivía una pareja que, al parecer, había decidido abandonar el edificio. La gente cambia sus costumbres, es cierto, por eso mi nueva práctica nocturna no podía resultar extraña para nadie. O al menos eso pensaba yo. Visto que al colocarme encima de la baranda mi cabeza tropezaba con el balcón de los altos, puse una tabla en el borde. Una especie de trampolín al vacío, donde me podía balancear y entrenarme. Una noche, estando con los ojos cerrados, en puntas de pie, casi a un centímetro de levantar el cuerpo, sentí una voz que me llamaba.

—Sss, oye, muchacho, muchacho.

En un instante, mi concentración se rompió y tuve que recuperar el equilibrio para no caer. Giré el cuerpo y vi el rostro de la señora de al lado asomado a su puerta. Hacía días que no la veía porque evidentemente el nivel del techo era tan bajo que se le hacía incómodo salir al balcón. Ella miró a todas partes y habló casi susurrando.

—No lo hagas, muchacho, no vale la pena.

Me acerqué y también susurrando pregunté qué cosa no debía hacer.

—Tirarte, querías tirarte, ¿no?, pero no lo hagas, no vale la pena.

Sonreí imaginando que finalmente estaba decidida a conversar conmigo. Podíamos convertirnos en confidentes y buscar una solución. Yo hasta podría enseñarle los primeros pasos para aprender a volar. Y volaríamos juntos. Nos salvaríamos. Me recosté suspirando.

—No quería tirarme, señora, no se preocupe, es que también yo comienzo a impacientarme, ¿sabe? También a mí comienza a dolerme la espalda, y nos queda poco tiempo, ya ve usted el nivel que ha alcanzado el techo. Si no nos damos prisa estamos fritos. Dígame si tiene alguna solución y entonces le cuento la mía.

Ella me miró abriendo los ojos.

—¿De qué tú estás hablando, mijo? Si te duele la espalda ve al médico, pero déjate de hacer malabarismos en el balcón.

—Hablo del techo, señora, estoy hablando del techo.

—¡Ah!, haz lo que te dé la gana, no sé ni por qué me preocupo si ustedes los jóvenes siempre están inventando cosas raras. Hazme caso, ve al médico porque seguro ni siquiera tienes un santo, ¡ah!

Haz lo que te dé la gana, yo me voy a dormir...

Su cara se escurrió dentro del apartamento y quedé solo observando las estrellas. Sin dudas, tenía que apurarme. La evidencia de una reducción total del espacio provocaba en los otros un miedo exorbitante. Un terror que se instalaba condenando al mutismo. Me preguntaba por qué con la simple mención de la palabra techo, todos corrían espantados. Abrían los ojos y cambiaban la conversación haciéndome sentir idiota. Era como si la palabra hubiera sido excluida, como si la exclusión significara inexistencia del problema. Pero el problema crecía con las horas, o más bien, disminuía, porque el techo se iba haciendo cada vez más bajo.

Para mí, en esos momentos, lo más importante era aprender a volar. Aprovechar las horas y de una vez alzar el vuelo, aunque tuviera que hacerlo solo. El apartamento se había tomado incómodo y mi espalda comenzaba a resentirse; pero para volar se necesita estar en forma. Por eso comencé a hacer gimnasia. Salía todas las tardes a correr y hacía varios kilómetros hasta llegar al parque. Luego, una pausa para respirar dando salticos en la punta de los pies y regreso corriendo.

Los paseos resultaban interesantes, porque además de combatir el anquilosamiento de mi cuerpo, me permitían observar el estado de los techos ajenos. También descubrí que mucha gente había abandonado sus viviendas. En el parque vivían grupos enteros de personas. Tenían un montón de colchones tirados sobre la hierba y con líneas de piedras se dividían el espacio. Las casas estaban todas muy bajas y los edificios parecían panales de abejas, donde la gente caminaba inclinada y solo los del último piso tenían un balcón donde estirar la espalda. Era todo rarísimo. Como una casa de muñecas, solo que las muñecas no hablan, pero yo sí, y lo que resultaba más confuso era no encontrar un oído receptivo. Entonces me mostraba más prudente. Evitaba hablar con las personas y si alguien comenzaba una conversación, procuraba no mencionar el techo. Era mejor así.

—¿Te gusta el aire del parque, eh?

Cuando sentí la voz a mis espaldas di la vuelta y encontré el rostro de la muchacha que hacía un tiempo había abandonado mi edificio. Contesté que me gustaba respirar aire puro y hacer un poco de gimnasia, hacía bien al cuerpo y a la mente. Ella sonrió.

—Sí, te he visto, vienes todos los días... Nosotros ahora vivimos

aquí, se respira mejor y se puede ver el cielo, este gran techo colectivo...

Cuando escuché la palabra sentí que me estremecía. Ella volvió a sonreír y saludó a su pareja que acababa de acercarse. El muchacho me extendió la mano preguntando cómo andaba, qué tal iba el edificio, y los vecinos cómo estaban. Miré para todos lados acercándome un poco para susurrar.

—Cada día está más bajo, es terrible, ya andamos de rodillas, no sé cuánto tiempo nos queda. ¿Ustedes tienen algún plan?

Ellos intercambiaron miradas en silencio. El muchacho se aclaró la garganta, apartándose un poco.

—No podemos hablar de un plan, sino más bien de un proyecto. Proponemos una vida más cercana a la naturaleza, respetándola y cuidándola, por eso comenzamos por nosotros mismos. Venir a vivir a un parque es un modo de educar a la sociedad en total armonía con lo natural, las plantas, el aire puro, cosas así.

En principio no entendí muy bien y entonces volví a acercarme y susurrando dije que no era posible que todos se fueran a vivir a un parque, que eso no evitaba el problema, que de todas formas el techo seguiría disminuyendo. Volvieron a mirarse en silencio y él dio otro paso hacia atrás.

—Yo no te entiendo.

—¿Cómo que no me entiendes? —murmuré furibundo—. Ustedes se fueron del edificio en cuanto el techo empezó a disminuir; pero ahora te digo que ya andamos de rodillas, que no hay quien lo detenga, que morirán todos aplastados.

El hizo un gesto extraño con la boca y ella sonrió agregando:

—Nosotros nos mudamos porque pertenecemos a un grupo de amantes de la naturaleza. Yo tampoco entiendo de qué estás hablando, así es que mejor sigues con tu gimnasia, hace bien al cuerpo... y a la mente.

Me dieron la espalda y se alejaron conversando. Sentí una gran impotencia y comencé a correr. Tenía que entrenarme. Corría y daba grandes saltos. Tenía que aligerar el cuerpo, hacerlo flotar. Levantarlo y conducirlo hacia otro sitio. Debía escapar lo más pronto posible. Tenía que volar y conquistar el cielo: ese gran techo colectivo.

Cuando llegué a casa, advertí un gran murmullo. Voces que escapaban a través de los huecos cuadrados que alguna vez habían sido puertas. Yo estaba cansado y debía reposar un poco para las

prácticas nocturnas, así es que arrastré mis rodillas para entrar al apartamento. Entonces sentí a la vecina llamándome.

—Muchacho, muchacho, ¿estás ahí?

Desde el balcón era prácticamente imposible verla, entonces me coloqué en cuatro patas y caminé hacia el apartamento de al lado. Ella estaba recostada en un sofá estilo japonés.

—Entra, no tengas pena, la puerta está abierta...

Agradecí su amabilidad y me acerqué gateando.

—Ha sido una desgracia, ¡Dios mío! —dijo ella—. Tú no sabes nada porque no estabas en casa, pero el señor de los altos... una desgracia, ¡Dios mío!

—¿Qué pasó? —pregunté curioso.

—Hoy por la tarde se lo llevaron. Dicen que desde ayer está muerto, lo encontraron dos niños que estaban jugando en el pasillo. Dicen que estaba tirado en el piso de la sala, tieso como una estaca. Parece que se cayó, no sé, se dio algún golpe en la cabeza, ¿quién sabe?, es que era muy viejo ya.

Mi vecina tosió un poco y tomó una pastilla de su bolsillo. Pregunté si necesitaba un vaso de agua, pero dijo que no me preocupara. A ella le gustaba tenerlo todo a mano. Agarró el litro que había en el piso y bebió un poco de agua.

—Una desgracia, ¡Dios mío! Una desgracia, la gente vieja no debería vivir sola...

—Pero él no era tan viejo —dije molesto—. Quizá tropezó con algo, ¿no? Usted debe tener cuidado porque todos podemos tropezar, ¿no le parece?

—¡Ay, mijo! ¡Jesús, María y José! ¿Qué tú estás diciendo? —habló agitada y se tragó otra pastilla.

Sonreí dando las buenas tardes. Giré el cuerpo y a gatas regresé hacia mi apartamento. Antes de entrar, sentí su voz nuevamente.

—Deja la puerta abierta, mijo, a ver si entra un poco de aire...

Definitivamente quedaba poco tiempo. Mis vecinos irían consumiéndose y algunos pocos resistirían al final para ser aplastados. Yo aún no volaba y esto me aterrorizaba enormemente. No estaba seguro de nada. Temía quedarme dormido en el momento justo en que el techo alcanzara el piso. Por otra parte, irme al parque a vivir no me parecía una buena solución. Allí había mucha gente y poco a poco irían terminando las reservas naturales, las frutas de los árboles, el agua del lago. ¿Entonces qué harían? Además, la idea de irme con ellos y pensar que formaba parte de un

grupo ecologista me parecía demasiado estúpida. Todos sabían perfectamente lo que sucedía y se negaban absolutamente a reconocerlo. Casi daba risa.

Esa noche trabajé muy duro. Varias semanas atrás había abandonado el trampolín por imposibilidad de acceso. El balcón era prácticamente una caja cerrada con una pequeña rendija por donde entraba algo de luz. Mis prácticas habían sido trasladadas a la azotea. Claro que alcanzarla era también una labor fatigosa, y gracias a esto, se mantenía vacía. Yo debía subir las escaleras en cuclillas y, una vez allí, podía estirar el cuerpo y disponer de toda la baranda para hacer mis recorridos. Esa noche trabajé hasta el agotamiento. Mis brazos oscilaban en el aire cortándolo dulcemente. Con los ojos cerrados podía percibir el viento levantando los vellos de mi piel. Escuché el batir de las alas de algún pájaro vecino y sonreí imaginándome. Cuando quieres alcanzar alguna cosa, debes primero focalizarla. Construir las imágenes. Verte atravesando la ciudad desde la altura, desde tu cuerpo que flota y hace piruetas y sube y baja y nada lo detiene.

Fui muy feliz aquella noche y el tiempo transcurrió sin darme cuenta. Cuando abrí los ojos, ya era de día. Estaba parado en la baranda, solo que en el ángulo contrario de donde había comenzado. Miré a todas partes y empecé a reír como un loco. Como un verdadero demente comencé a dar brincos por la azotea y a besarme a mí mismo. Había volado. Era evidente que había levantado el vuelo. Mi cuerpo estaba listo para dejarse andar. Ahora solo faltaba abrir los ojos y trabajar con el sentido de orientación. No conozco los tráficos aéreos, así es que debía comenzar con vuelos de instrucción: paseos por el barrio, cortos recorridos, pero desde el aire. Esta sensación es imposible describirla. Yo era feliz.

Decidí entonces pasar el día descansando para recobrar fuerzas. El único problema fue que, cuando llegué a la puerta de la azotea, el espacio había disminuido más. De rodillas no conseguí meter mi cuerpo. Tuve que extenderme por el piso y, arrastrado, atravesé el pequeño agujero. El recorrido por la escalera fue angustioso. Debía apoyar bien los codos para no golpearme la barbilla. Sudaba y tragaba en seco; pero continuaba adelante. Cuando alcancé mi piso, pasé por delante del apartamento de la vecina.

—¡Señora! —grité—. ¡Señora! ¿Se siente bien?

Ella demoró varios minutos y entonces respondió.

—¿Qué quieres?

—Pregunto si se siente bien, señora...

—¿Y yo por qué me iba a sentir mal? Estaba muy bien hasta que me despertaste con tus gritos, estoy acostada, déjame hacer la siesta en paz, mijo...

No respondí y fatigado entré a mi apartamento. Visto que ya estaba extendido, solo tuve que voltear el cuerpo y respirar de alivio. El techo estaba a menos de un metro de mi nariz. No circulaba el aire y el agujero del balcón había sido completamente cubierto por el balcón de arriba. No entraba luz alguna. Eramos yo y mi terror a dormir y no despertar nunca. En los últimos tiempos había estado tan concentrado en mis progresos que no había percibido cómo la disminución del techo se había acelerado. Por fortuna, el agotamiento de mis piernas impedía que me vinieran ganas de correr o de estirarme. En ese instante, realmente lo único que quería era estar acostado, en silencio y en la oscuridad. Así estaba, pero mi piel revelaba una cierta inquietud. Una especie de claustrofobia encubierta. Mi corazón latía veloz y quise imaginar que sería la fatiga. No era la fatiga, no, era el miedo. Un terror muy grande.

Comencé a hacer ejercicios de relajación. Respiración profunda. Debía calmar mis instintos, porque la hora del vuelo definitivo estaba cerca y no podía permitirme cansancios excesivos. Así, pensando, cerré los ojos. Relajé los párpados. Distendí los músculos. Aflojé las tensiones. Me quedé dormido.

Desperté porque una mosca me hacía cosquillas en la frente. Tuve la lógica reacción de espantarla, pero al mover la mano me golpeé fuertemente. Traté de espabilarme y, aunque no veía nada, sentía la presencia del techo, casi su respiración encima de mi cara. Palpé con las manos y bastó poco más de cuarta para llegar arriba. Era el fin. Con mucho trabajo intenté voltear el cuerpo. Mis hombros chocaban y experimenté el pánico. No era posible que, después de tanta fatiga, me tocara morir aplastado. Morir como si no pasara nada, como si no me hubiera dado cuenta. Volví a respirar tratando de calmarme y me reduje al máximo. Encogí los hombros con gran esfuerzo hasta que logré ponerme boca abajo. Me arrastré a ciegas. No podía detenerme un solo segundo. Debía llegar a la azotea. Afuera tampoco se veía nada. Toqué la pared y descubrí que estaba frente al apartamento de al lado. Casi sin aliento, grité.

—¡Señora!, ¡Señora! Es el fin, el techo llegará al fondo...

Del lado de allá se percibía un murmullo. Mi vecina estaba

rezando.

—¡Señora! ¿No quiere volar conmigo? ¿No quiere salvarse?

Ella detuvo sus rezos y se aclaró la garganta.

—¿Volar?... Tú está loco, mijo, los únicos que vuelan son los ángeles... o los maricones...

Volvió a sus rezos y tuve ganas de reír, pero no podía perder tiempo. Apoyando los codos, comencé el ascenso. Las gotas de sudor resbalaban por mis brazos. La cabeza a veces tropezaba con el techo y sentía un retumbar enorme. Primero, se apoyan las manos y luego, se impulsa el cuerpo. Contaba los escalones uno a uno, resollando. Era la primera vez que la escalera resultaba tan larga, pero también sería la última. Luego venía la azotea y luego el cielo. Yo trataba de pensar y concentrarme. Intentaba mantenerme sereno aunque el pánico me gobernaba. Una mezcla de agobio y ansiedad. Y era precisamente eso: un agobio. Un escalonado túnel oscuro por donde debía transportarme como un reptil. Sonreí. Soy un reptil que se convertirá en mariposa.

Cuando llegué arriba, vi la luz que se colaba por la rendija y sentí un gran alivio. Apresuré mis movimientos, aunque los brazos me dolían. No quise mirar para no desesperarme. Empujé y empujé. Casi sin aliento, empujé y conseguí sacar la cabeza. El golpe de aire estremeció mi cara. Un último empujón y mi cuerpo salió de la penumbra. Me volteé y pude ver el cielo. Sentí el viento que secaba mi sudor. Extendí las manos. Tomé aliento unos minutos y le sonreí al cielo, a este nuestro gran techo colectivo.

Luego de relajarme un poco, me levanté. No podía perder tiempo. Tragué en seco, cerré los ojos y me subí en la baranda. En realidad, yo ya no estaba en la azotea. Bastaba un salto para alcanzar la calle, y eso me dio gracia. Alcé las manos y, parándome en puntas de pie, me hice ligero. Batí los brazos. Me volví ingrávido. Levanté, levanté, levanté. Abrí los ojos y ya estaba volando. Abajo quedaba el edificio. Quedaban mi vecina y su santo aplastado, el parque y los ecologistas. Yo escapaba. Sobrevolaba la ciudad y era como si siempre hubiera sido así. Como si nunca hubiera existido el techo. Como si los otros siempre hubieran tenido la razón. Como si no tuviera sentido preocuparse. Estaba a salvo hasta que me golpeé la cabeza y caí. El golpe me aturdió un poco y en principio no quise entender. Me incorporé mirando para arriba y casi involuntariamente sonreí. Rascándome la cabeza comencé a silbar, como si no pasara nada. En realidad acababa de notarlo.

Eché a reír a carcajadas. El cielo había cambiado de posición: disminuía.

Las notas falsas

Se você disser que eu
desafino amor...
Tom Jobim/Newton
Mendonça
(*Desafinado*)

No, no me molesta, puede permanecer sentado, por mí no se preocupe, de todas formas tengo que barrer el salón y lo hago todos los días, así es que figúrese usted si me voy a poner impertinente porque alguien decide permanecer en la butaca. Es cómoda, ¿no? ¡No! ¿Qué dice? Si me siento a acompañarlo, ¿quién hará este trabajo? ¡Qué va!, yo continúo con mi escoba y usted ahí acomodado hasta cuando le parezca. De todas formas, ya le dije, lo hago todas las noches, y aquí entre usted y yo, saberme en compañía no me viene mal. Disculpe si lo perturbo con mi cháchara, es que, ¿sabe? No es usual encontrar un alma a estas horas. La gente normalmente escapa cuando termina la función. Luego del *bis*, los saludos, los aplausos y todas esas cosas, se entran a codazos en el pasillo a ver quién sale primero. Yo siempre los miro y me orino de la risa, porque sé que en un santiamén el teatro quedará vacío. ¡Y mire qué cosa! Hoy resulta que está usted ahí sentadito sin ninguna prisa, por mí no tenga pena.

Nadie va a venir a botarlo, porque soy yo quien tiene las llaves, así es que disfrute. Yo lo entiendo, ¿sabe?, usted conoce el secreto de los sonidos. Me di cuenta porque cambió varias veces de asiento hasta llegar a esta fila, y como sé de los rincones de este lugar, le digo que en esa posición se escucha todo perfectamente. Así es que no hay problemas, puede terminar la función gozando del final que la gente suele perderse, y disculpe si hasta ahora lo he disturbado con mi perorata.

¡Ah!, ¿no lo disturbo? Bueno, hombre, pues me da usted un gran placer, que yo todas las noches suelo conversar con las butacas,

pero si por una vez las sustituyo por una persona, no está mal, ¿no? ¡Ah, qué gracioso! No, las butacas no se van a poner celosas, ellas nunca dicen nada, pero saben más de lo que usted y yo podemos imaginar. Figúrese que cuando nosotros nos vamos a la cama, ellas se quedan ahí, y durante las funciones, pueden asistir a los comentarios de todos los presentes, los cuchicheos al oído, los apretones de mano. A veces hasta las envidio, ¡sí señor! ¿Para qué decir una cosa por otra?

¿Desde cuándo? Hace dos años que estoy en este teatro y pienso permanecer por un buen tiempo. Antes trabajaba en la ópera, sí, en el teatro de la ópera, y no me iba tan mal. Ahí el público, usted sabe, algunos eran educados y otros aparentaban serlo, el caso es que el trabajo era más fácil, porque al menos no dejaban papelitos, ni cucuruchos arrugados por toda la alfombra. Yo en realidad terminaba de barrer en un segundo, pero no andaba bien. Aquí me siento mucho mejor, aunque la gente deje desperdicios por todas partes y los jóvenes no se preocupen porque sus zapatos estén llenos de fango.

No, no, de ninguna manera, mire que si algo me gustaba del teatro de la ópera era precisamente el espectáculo, ¡qué maravilla! La ópera es sublime, pero no es eso. Aquí se presenta un poco de todo: un grupo de rock, una cantante romántica, algún concertista o una agrupación con ritmos bailables, en fin, un poco para cada gusto. En la diversidad está lo interesante, y por ahí viene mi interés en este lugar. Piense que los artistas que se presentan no son todos del mismo nivel, algunos son menos profesionales, con menos experiencia, ¿me entiende? En la ópera, el espectáculo transcurría perfecto, unos más bravos que otros, pero casi siempre dentro de los límites de la majestuosidad. Era difícil para mí, digo, para desarrollar mi verdadero oficio, que algo tiene que ver con el hecho de barrer, pero no precisamente inmundicias. ¡Ah!, se sorprende. Le ruego que no piense mal de mi persona, no crea que trabajo para los servicios secretos de ningún país, ¿eh? Usted me inspira confianza, por eso puedo revelarle mi secreto, pero mejor me acerco un poco, no vaya a ser que alguna de las butacas luego se encargue de propagarlo. Yo soy el que barre las salas de los teatros cuando termina la función, pero en realidad lo que me interesa... y claro que esto lo hago con fines personales, nadie me lo ha pedido nunca, ni me pagan un salario, es, digamos, un oficio personal... yo soy quien recoge la notas falsas.

Sí, eso he dicho: las notas falsas. ¿Sabe? En palabras pobres: los gallos. El sonido que sale un semitono más bajo de la entonación, la cuerda mal presionada que provoca suciedad en la melodía, un Si bemol al puesto de un Si natural, una tercera mal colocada, una corchea con puntillo que no tiene en cuenta el puntillo, cosas así. ¿Me entiende?

No. Creo que no me entiende. No me mire con esa cara, hombre, que no soy un chiflado. Si le cuento es porque sé que usted podrá entenderlo, no piense que le estoy gastando una broma. De todas formas, disculpe si lo he perturbado, no era realmente mi intención. Quizá sea mejor que vuelva a la escoba en lugar de estarlo llenando de chácharas inútiles. Le ruego que me perdone.

¿Qué dice? ¿Está hablando en serio? ¿De veras le interesa? ¡Ah! Desde el principio usted me resultó simpático. ¿No le molestaría cambiarse de fila y así puedo barrer del otro lado mientras conversamos?

Pues sí, como le cuento, desde hace años vengo practicando el oficio de recolectar notas falsas. Ya sé que como ocupación no aparece en ningún registro, y por esto, es que debo enmascararme como barredor de salas, ¿comprende? Yo, como usted y como todos, tengo un sueño oculto. Y si me permite, prefiero decírselo al oído. Aspiro a construir una sinfonía con todas las notas que tengo en casa. Algo como el mundo, ¿se da cuenta? No, no, no tiene nada que ver con la música electroacústica, no me venga a decir que es usted de los que piensa que aquello no es música. ¡Ah!

Una broma, claro, no faltaría más. Sí, continúo, le estaba diciendo que pienso construir algún día una obra maestra con todas aquellas notas que la gente desecha, con las que provocan risa, las que son diferentes. En esos sonidos está el secreto del mundo. Le pongo un ejemplo: usted va por la calle y descubre a una mujer parada en una esquina. La mira y ella le corresponde. Usted sigue caminando y, antes de doblar, gira el rostro para contemplarla por última vez. Para usted todo será perfectamente coherente: la desconocida, la mirada y el recuerdo. Una perfecta escala mayor. Suponga entonces que la mujer no corresponde a su mirada, o que antes de doblar usted descubre a otro hombre que se le acerca. La secuencia inicial sufriría alteraciones, ¿no es así? Justamente una escala menor. Pero para seguir especulando, digamos que después de su mirada correspondida, en el justo momento en que gira el cuello por última vez, se percata de que la mujer corre a su

encuentro con los brazos abiertos. Usted, que seguramente no se cree un donjuán, quedará petrificado, ¿no es cierto? Nunca se le ocurriría pensar que una simple mirada por la calle podría traerle consecuencias similares, pero, ¿quién jura que no pueda suceder? Es simplemente una hipótesis, claro está, lo curioso es que usted no puede preverla, porque nada conoce de la mujer. Y seguramente nunca se ha detenido a considerar cuán importante es para ella todo cuanto le sucede. Usted es uno que pasa simplemente y seguirá pasando si no comienza a escuchar. ¿Me comprende? ¡Ah! Veo que no lo aburro, se está interesando, ¿eh? ¿Le molesta si nos volvemos a cambiar de fila?

Pues como le iba diciendo, en un caso similar, una persona cualquiera se limitará a pensar que la mujer está loca, y habrá incluso quien será capaz de darle un empujón antes de ser alcanzado por sus brazos. Lo que sí parece improbable es que la actitud de la mujer sea interpretada de forma natural. Ella está en la esquina simplemente esperando, y nadie querrá detenerse a pensar que quizá una mirada podrá salvarla de la espera. ¿Me sigue? Llevado a términos musicales, podemos interpretar su gesto como una nota falsa, algo que se escapa de la supuesta melodía. Desgraciadamente estas notas no son apreciadas por el gran público y, con frecuencia, créame, reciben a cambio chillidos, insultos y hasta tomates, si es época de cosecha. Algo similar a lo que ocurriría con la mujer si usted le diera la espalda. ¿Comprende?

¡Pero no hable así, hombre! Era tan solo un ejemplo, no me diga que ha perdido las ganas de mirar a las mujeres que se le cruzan por la calle. Es que, ¿sabe?, hay una gran diferencia entre mirar y observar, como entre oír y escuchar. Diría que estos verbos funcionan como notas inarmónicas, porque no me venga a decir que es lo mismo Do sostenido que Re bemol, eso un músico no lo permitiría nunca. Y así mismo ocurre con las personas. Yo, que desde hace tanto tiempo trabajo en el teatro, he descubierto que la gente ha tomado por costumbre oír. Oyen la música que sale del piano, la voz de la cantante, el estruendo de los aplausos, las palabras dedicadas al público, y solo alzan la cabeza cuando se escapa un *feedback* o alguna nota falsa. Entonces sí que se molestan. Cuando algo se sale de la norma, todos tienen un dedo listo para apuntar, o un improperio a mano, o toda una diatriba elaborada en casa. Solo entonces se atreven a escuchar. ¿Se da cuenta? ¿Usted nunca se ha preguntado adonde van a parar las malas notas?

No, no tenga pena de responderme. Sé que nunca se lo ha preguntado, y no lo juzgaré mal por eso. Se lo digo yo adonde van. Algunas se desvanecen en el aire. Otras van cayendo de rebote en rebote para terminar olvidadas bajo una butaca cualquiera. Hay de las que no pueden más y se suicidan lanzándose con furia contra las paredes del teatro. Otras, en cambio, llegan hasta la alfombra del pasillo y ahí se dejan arrastrar, van siendo aplastadas lentamente por todos los que pasan sin reparar en su presencia. Y qué decir de las más obstinadas, esas que resisten aferradas con violencia a las cortinas, o al terciopelo de las butacas, soportan con la esperanza de que cambie la tonalidad y su sonido no se pierda. ¿Quiere que continúe? Podría hacer todo un elenco de finales tristes, de notas a quienes no ha sido dedicada ninguna canción. Y todo ¿por qué? ¿Quiere que le diga el porqué? Sencillamente porque forman parte de otra melodía, sí señor, como le digo, no son mejores ni peores, sino diferentes.

¡Ah! Disculpe. Creo que lo he asustado. Me está mirando con una cara... No se alarme, por favor, disculpe si a veces me exalto un poco, yo no quería agredirlo. ¿Que no hay problemas? Muchas gracias, hombre, de cualquier forma le ruego otra vez que me disculpe, es que yo, ¿sabe?, llevo muchos años, son muchos años ya en este oficio.

¡Ah! Usted es muy simpático. ¿De veras quiere que continúe? Le confieso que no suelo hablar de estas cosas, ¿sabe?, lo primero que piensa la gente es: ¡ya está el viejo loco de la escoba dando palique! Ya lo dije antes, la gente prefiere oír y oír, en lugar de escuchar, por eso no acostumbro a desarrollar estas pláticas y mucho menos con desconocidos, pero usted es diferente. ¿Nos cambiamos otra vez de fila?

En verdad ahora sería muy difícil poder decirle exactamente cuándo fue que empecé. Por la cantidad de notas que conservo, calculo más de cuarenta años. Sí, visto desde su edad, podría decirse que es toda una vida. ¿Sabe? Tengo la teoría de que todas las personas vamos construyendo una obra sinfónica, sin casi proponérnoslo, la vida se va haciendo de etapas, movimientos que se abren y se cierran con dinámicas variables, diversas tonalidades, compases distintos. ¿Se imagina cuánto de notas falsas producimos diariamente? Lo más curioso es que al final, llega el momento de interpretar la sinfonía y suena íntegra, pura armonía, porque quién tiene derecho a decirle que su vida, y le hablo de toda una vida,

¿eh?, ha sido una sucesión de disonancias. ¿Quién puede jurar que la disonancia no es parte de la música?

¡Vaya! Saber que está de acuerdo me complace. No por el simple hecho de la aprobación, sino porque significa que me está escuchando, y el brillo en sus ojos demuestra su curiosidad. La curiosidad tiene mucho que ver con la observación, ¿sabe? Así es que si me acepta un elogio, le diré que ya usted tiene un gran camino recorrido, porque sabe escuchar y observar.

Quería saber y ya le dije que el comienzo justo no lo tengo claro, el porqué, bueno... tiene que ver con el amor. Al final el amor está en medio de todas las cosas, créame. Sí, sí, no tenga pena, no se limite a una sonrisa simplemente, puede reír todo lo que quiera, usted ahora es jovencito, pero algún día dará razón a las palabras de este viejo, que una vez no fue tan viejo, claro está.

No, no se preocupe, sé perfectamente que no se está riendo de mí, su interés me halaga, créame. Además, ¿para qué decirle una cosa por otra? Me agrada su compañía, y ya que al parecer la mía no le molesta, seguiré contando. Le decía que el por qué de mi oficio tiene que ver con el amor, yo una vez me enamoré. Ella era una muchacha muy hermosa, de esas que si usted encuentra por la calle, bien le darían ganas de que se le viniera encima para abrazarlo, sí señor, y además... era pianista, o es, porque aunque hace mucho que no sé de su vida, imagino que aún sigue recorriendo con sus dedos las teclas del piano, quizá no con la misma destreza de los primeros tiempos, pero seguramente con igual pasión. Era magnífica, créame, interpretaba a Chopin con la magnificencia de una diosa y yo me enamoré. Pasaba horas sentado en la butaca del teatro, así como está usted ahora, escuchando sus arrebatos y bondades mientras se preparaba para los conciertos. En aquella época yo no me dedicaba a barrer, ¿sabe? Era un joven esbelto y mi trabajo consistía en recoger las entradas en la puerta del teatro del barrio. Ella iba casi todas las tardes para practicar, y así fue cómo poco a poco comenzamos a saludarnos, hasta que finalmente aceptó mi puntual compañía desde la primera fila de la sala. ¡Ah! Usted no puede imaginar cuántos conciertos presencié, ¡cuánta maravilla! Yo de música no sabía casi nada, y fueron sus dedos, el vaivén de su espalda y aquella ¿cómo explicarle?, una especie de transmutación, como si el piano formara parte de su cuerpo y las teclas fueran una extensión de las manos, los pedales, el nexo con sus pies, un circuito cerrado, ¿me entiende? Fue

entonces cuando comencé a interesarme por negras y corcheas y empecé a utilizar los oídos mucho más allá de la involuntaria función física. Aprendí a escuchar. ¿Me comprende? La música es el arte de combinar los sonidos con el tiempo, piense en esta sala, por ejemplo. Usted está ahí sentado y si no pone atención puede perder una interpretación única, está la cadencia de mi voz y el rumor de la escoba. Cuando mis palabras alcanzan más intensidad, la escoba se acalla, yo dejo de barrer, claro está, pero ese no es el punto. Lo interesante es apreciar cómo se combinan estos ruidos, y si queremos ir aún más allá no puede perder de vista, o de oídas, el reloj en mi muñeca que, como un exacto metrónomo, va marcando su tiempo. Todo eso está sonando aquí, y qué decir si por casualidad entra el viento: las puertas comenzarán a batir, las cortinas sonaran un quieto murmullo y hasta crujirán los cucuruchos que aún están por el piso. ¿No le parece magnífico?

Genial, dice usted. No, yo no soy genial, o al menos no lo era para ella. Con el tiempo, usted sabe, las relaciones se van fortaleciendo, y yo pasé de ser un simple espectador a alguien más íntimo. Como confesar mi amor era algo que me provocaba vergüenza, entonces mi estrategia fue el acercamiento lento. Eran mis manos las que aplaudían cada interpretación y mis palabras las que consolaban su rabia cuando algún pasaje de la pieza no le salía bien. Para no permitir su agotamiento, comencé a llevarle meriendas y ella agradecía sonriendo. Era bellísima, no crea que exagero. Y yo era feliz, porque mientras descansaba tomándose un refresco, yo limpiaba el piano, pasaba un paño por las teclas bañadas de su sudor y hasta me permitía aventurarme con sugerencias, siempre positivas, claro está, porque ella era una magnífica pianista. Así, hasta que un día, visto que era tarde, propuse acompañarla a casa. ¿Y sabe qué? Aceptó. Usted pensará que soy un viejo loco, pero le juro que aquella primera vez, todos los árboles y pájaros del barrio se pusieron de acuerdo para ejecutar un nocturno fabuloso, sí señor. ¿Yo por qué le voy a decir una cosa por otra? Y como si fuera poco, el inicio se convirtió en costumbre. A partir de ese día, apenas cerraba el piano, yo sabía que tendría su compañía por un cuarto de hora de regreso a casa. Mi presencia la hacía sentirse segura, y aunque apenas hablábamos, porque después de tanta práctica ella estaba agotada, yo estaba allí. Caminaba junto a ella, ¿se da cuenta? Y no puede imaginar la de cosas que pasaban por mi mente.

Sí, sí, estaba recordando, disculpe si me he quedado callado. ¿Nos cambiamos de fila? No sé cuántos meses duró la maravilla. Una vez anunciaron el concierto de una orquesta de otro lugar, una orquesta importante, decían algunos. Aunque me hubiera gustado estar entre los espectadores, ya le dije, mi función era recoger las entradas y, por tanto, presencié el espectáculo desde la puerta del teatro. A ella no la vi llegar y tengo que confesarle que me sentí en culpa, imaginé que tal vez no tendría quien la acompañara y lamenté mil veces no tener la noche libre. Cuando terminó la función, me uní al público que comenzó a aglomerarse afuera para ver la salida de los músicos. A usted le parecerá una broma, pero cuando salió el director de la orquesta y todos comenzaron a aplaudir, ella iba de su lado. La gente comenzó a gritar "bravo" mientras él saludaba tratando de acercarse al carro que esperaba. Yo me sentí feliz por verla a ella, ¿me comprende? Estaba allí, y entonces me aproximé, quería saludarla, que me viera, que supiera que, aunque la noche fuera para la orquesta, ella era mi pianista preferida. Me acerqué y apenas la toqué por el brazo. Ella dio un brusco giro, mirándome con sorpresa. Dije: "¿cómo estás?, me alegra que hayas venido". En ese momento el director de la orquesta reparó en mi presencia y ella sonrió con embarazo. "Felicidades por el concierto, maestro", agregué yo y volviéndome hacia ella continué: "¿te acompaño a casa?" Ella sonrió sin mostrar los dientes y, moviendo ligeramente la cabeza de un lado a otro, giró la vista hacia su acompañante que también sonreía. El dio dos golpecitos en mi hombro, dijo gracias, tomó el brazo de la pianista y me dio la espalda. Yo no supe entender. Caminé siguiéndolos y fue entonces cuando sentí la voz de ella, un momento antes de entrar en el carro: "No hay de qué preocuparse, él es como un Mi sostenido". Ahí rompió la carcajada al unísono, que fue fotografiada por un periodista. El director de la orquesta y la pianista del barrio reían juntos antes de abandonar el lugar.

Yo permanecí de pie mientras la gente se alejaba. Luego volví al teatro. El viejo que barría aún trabajaba, así es que tuve tiempo de atravesar la sala y dirigirme al escenario donde estaba el piano. Abrí la tapa y comencé a tocar. No sé si usted conoce la disposición de las teclas, es muy sencillo: las blancas son los sonidos naturales, las negras las alteraciones. Do, Do sostenido, Re, Re sostenido, Mi... Fa. Entre el Mi y el Fa no hay ninguna tecla negra. Yo era para ella una tecla inexistente, en el sentido físico, quiero decir. Yo no

estaba, no contaba para nada, no existía. ¿Se da cuenta?

¿Alguna vez se ha puesto a pensar en la tristeza que deben sentir un Mi o un Si? Todas las teclas del piano tienen su correspondiente tecla negra, con un diferente sonido. ¿Se ha fijado? Todas excepto el Mi y el Si. Para lograr un Si sostenido, por ejemplo, debemos tocar el Do. ¿No le parece terrible? Por no renunciar a la normalidad, el Si está obligado a traicionar su propia naturaleza. Y todo para respetar las tonalidades y armaduras de claves, porque, de no hacerlo, entonces vienen los chiflidos. ¿No se había percatado de esto? Pues yo tampoco, hasta el día en que ella dijo que yo era el Mi sostenido del piano.

Usted seguramente pensará que lo que acabo de contarle es una historia triste. Sí, mire la cara que ha puesto. Posiblemente dirá: "¡pobre viejo! Se enamoró de la mujer equivocada y mira cuánto se ha trastornado". Y si le digo que no es como piensa, ¿me cree? Hace muchísimos años, diría, casi instantáneamente comprendí que era la mujer equivocada. Supe desde ese día que la escala de mi amor andaba en un solo sentido, y ella no hacía más que aprovechar mi buena disposición. Además, ya que estamos en confianza y que yo de música entiendo bastante, puedo confesarle que como pianista no era gran cosa. Era mi amor quien la convertía en maravilla, porque el amor, bien se sabe, tiene el don de hacer brillar las cosas. Yo abandoné aquel teatro y luego supe que ella se casó con el director de orquesta y se fueron a otro sitio. Pero no es una historia triste, no señor, no me crea un diletante. Yo no era un joven apuesto, no era músico, era un don nadie, uno más entre las tantas personas que pueblan este mundo, pero puedo decirle que este hecho me hizo reflexionar. ¿Cómo explicarle? Entendí lo importante que era mi vida. Yo no era un Do natural cualquiera, era un Mi sostenido, y sin sostenidos no hay música, no señor. A partir de ese momento comencé a observar, y de ahí viene mi oficio de recoger las notas falsas.

¡Ah! ¡Qué bonita sonrisa! Cuando la gente sonríe es como si una flauta comenzara a sonar. Pues hágalo, hombre, no tenga pena, usted sonríe y quién sabe si me está entendiendo. ¿Ah, sí? ¿Que me entiende perfectamente? Pues de veras que es usted una persona agradable. ¿Sabe? A veces me pongo a pensar qué sería del mundo si todos fuéramos notas naturales. Un poco aburrido, digo yo. ¿Y para qué decirle una cosa por otra? ¿No?

Después de aquella experiencia comencé a reconocer el mundo

con otros ojos. Basta simplemente salir a la calle: mirar los rostros, ver la gente que camina, tratar de observar, ir más allá de la simple ojeada. Todos esconden una sinfonía personal, y a veces basta colocar el dedo en la primera nota para que se desate el concierto. Es como el ejemplo de la mujer que esperaba en la esquina. ¿Recuerda? Yo no sé si usted piensa de igual modo, pero vea, toda esa gente llena de complejos, los que se sienten solos, los suicidas, la gente simple, ¿me entiende? Todos los que, en lugar de aplausos, reciben chiflidos, prescripciones médicas o burlas, como yo o como usted, seguramente, aunque no se atreva a confesarlo. Toda esa gente es como las notas falsas.

¿Que tengo razón? De veras usted me halaga. Un día de estos, si quiere, claro está, puedo invitarlo a casa. Allí verá mi colección de notas. Tengo un estante abarrotado, todas clasificadas, con fecha, lugar y hora de la recogida. Es mi tesoro. Los días se la pasan reposando y apenas entro a casa comienzan a sonar.

Sinceramente creo que usted merece este espectáculo. Ellas van construyendo melodías, acaso demasiado anárquicas, no sé, van entretejiendo sonidos y saltan de un lugar a otro. Las corcheas juegan a los escondidos mientras las blancas, cansadas como siempre, alargan los tiempos y enloquecen al metrónomo. Yo las dejo hacer y equivocarse y volver a empezar, y sé que un día, seguramente cuando ya no me quede tiempo para más, asistiré al gran concierto. La última gran sinfonía de las notas falsas. Pobrecitas notas escapadas de una melodía cualquiera. Porque, al final, yo le pregunto a usted, ¿acaso no es con esas mismas notas que se construyen las obras maestras?

Sobre el autor y la obra

Con este libro de relatos estructurado a la manera de una sinfonía cosmopolita y desordenada, Karla Suárez reafirma su lugar muy destacado en el de panorama de la joven narrativa cubana. Economía de medios, lenguaje sobrio y profunda penetración en las motivaciones de sus personajes, convierten a esta obra en un paradigma de eficacia narrativa expresada también en la originalidad de unas historias siempre sugerentes y cautivadoras por su autenticidad y universalidad. Hombres y mujeres en búsqueda incesante de sí mismos y de su realización personal atraviesan estas páginas de impresionante pulcritud. De ellas se desprende el aliento de una genuina aprehensión de lo contemporáneo.

Karla Suárez (La Habana, 1968) Narradora. Se graduó de Ingeniería Eléctrica en la Universidad de La Habana y continúa ejerciendo esta profesión. Reside actualmente en París, Francia, y ha publicado en Cuba el libro de cuentos *Espuma* (1999) y la novela *Silencios* (Premio Lengua de Trapo en 1999). Dichos volúmenes han sido editados también en otros países. Es autora igualmente de otra novela: *La Viajera* (2005) y los libros *Cuba les chemins du hasard y Lézardes* en colaboración con los fotógrafos Francesco Gattoni e Ivon Lambert respectivamente. Muchos de sus relatos han aparecido en antologías y revistas de diversos países. *Carroza para actores* fue puesto en circulación en España en 2001.